

Vinculo de Sangre

Alexa Wels

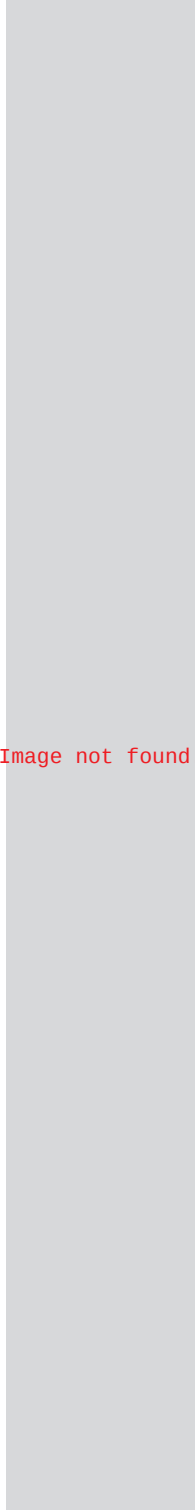


Image not found.

Capítulo 1

Primera Parte

El amor es paciente, es bondadoso.

El amor no es envidioso, ni jactancioso.

No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor.

El amor no se deleita en la maldad sino que se regocija con la verdad.

Todo lo disculpa.

Todo lo cree.

Todo lo espera.

Todo lo soporta.

1 Corintios 13:4-7

1. Secretos. Revelaciones

Nací el 20 de Enero de 1994 a las 5 a.m. La cuna que nos contenía a mi hermano mellizo y a mí estaba repleta de los más finos y caros diamantes, piedras preciosas y oro de todo tipo.

Las sábanas que nos cubrían estaban hechas de la seda más fina y hermosa de toda Europa. cuando apenas éramos unas criaturas, nuestra permanencia era en una habitación del diámetro de una mansión, repleta de millones de regalos lujosos con los que nos había recibido nuestro pueblo. Teníamos más nodrizas de las que podemos recordar, aunque solo buscábamos la atención de nuestra madre, que se quedaba con nosotros amamantándonos y cuidándonos todo el tiempo posible para una reina.

Nacimos en la más alta nobleza, nuestra madre era reina, lo que nos convirtió en príncipes. Ella no gobernaba ningún país de Europa. No, ella era la majestuosa reina vampiro del reino de Oulu, la soberana con mayor gloria hasta ahora en la historia de los vampiros y del mundo, superando a su antecesor, nuestro abuelo.

Sus majestuosos poderes únicos, su inteligencia y su fortaleza natural eran lo que maravillaba a todo Oulu y la adoraban y la privilegiaban, más de lo que cualquier otro rey en la historia de los vampiros fue adorado, privilegiado y honrado. Sophia Orcelo era palabra santa y de honor entre

los vampiros.

Nos criamos carentes de una imagen paterna. Nunca supimos el real motivo de la ausencia de nuestro padre; nuestra madre tampoco quiso darnos muchas explicaciones al respecto. Trataba de conformarnos con decirnos que murió y luego se negaba a darnos más detalles...

La ausencia de un padre, más la inactividad de nuestra madre frente a nuestras dudas, representó un problema, que yo padecí mucho más que mi hermano, tal vez por mi personalidad o por esa fuerte necesidad de una imagen paterna que me torturaba. No lograba sacarme la idea de mi padre de la cabeza. El amor de mi madre no era suficiente. Yo lo necesitaba también a él.

Me pasaba horas en silencio, llorando, pensándolo por las noches hasta dormirme. Imaginaba cómo era, que hacía, cómo se vestía, cómo se conoció con nuestra madre, si nos amaba... Tantas cosas pasaban por mi mente cada insoportable noche...

Así transcurrieron diez años en los que tuve que aprender a convivir con eso.

La angustia pasó, convirtiéndose en un resentimiento mudo, a la vez que empecé a notar algo en mí que me perturbaba. Mi hermano y yo no éramos vampiros. Nuestra sangre era humana y pertenecíamos a esa especie.

Nuestra madre nos explicó la causa: es normal en los que son de la familia real, sucede en su familia como en la de los McCruin. El virus v5 que almacenábamos en nuestros organismos se manifestaría al llegar a la preadolescencia y que, entonces, nos convertiríamos en vampiros al igual que ella.

Esa explicación no era suficiente para mí y me sentía muy molesto por la situación, viendo a los demás niños mucho más fuertes y poderosos, y yo, tan vulnerable y frágil. El sentirme tan diferente me fastidiaba cada vez más, creando en mí un odio incontrolable.

Odiaba a mi madre y me odiaba a mí mismo por ser lo que era. Desde entonces me dediqué a hacerle siempre la vida imposible; me volví un niño totalmente incorregible, insoportable. Todo el tiempo estaba ocasionándole problemas. Si debía acompañarla a una fiesta o a un baile de la realeza, me encargaba de que ese evento fracasara con mis berrinches, pataletas y travesuras; todo era para fastidiarla, para arruinar el momento. Así era como me podía sentir mejor frente a un interior de dolor y de resentimiento.

Con el paso de los días mi conducta empeoraba. Empecé a gritar, patear, llorar, romper toda cosa que se cruzara en mi camino. Tenía esa actitud todos los días, cuanto más podía y sin motivo. Nadie podía controlarme. Era imposible. Algo me dolía mucho en lo profundo de mi corazón. Estaba pidiendo auxilio.

Mi madre vio sobrepasada su energía, fuerza y voluntad y percibió que ya no cumplía con eficiencia sus deberes de reina, notando un significativo avance de parte de los *licántropos* ruines, quienes se habían cobrado vidas y la esclavitud de miles de vampiros y vampiresas moroi, a causa de la negligencia de la soberana de Oulu. Los *licántropos* volvieron a ser una amenaza.

Fue entonces cuando mi madre entendió por fin que lo que me perturbaba era que sufría la falta de una imagen paterna, sumada a la repugnancia que me generaba tener que pertenecer a una especie tan débil y tan inferior a mis semejantes: la especie humana. Entonces le pidió a su único mejor amigo, el rey de Helsinki, Christian, que viniera a nuestro palacio y fuera mi tutor y el de mi hermano Germán, así podría ayudarla a criarnos, al menos hasta que cumpliéramos dieciocho años.

Pero había un problema: para Christian era una verdadera molestia tener que salir de su país, Escocia, cargando con sus dos hijos adoptivos, dejar a la esposa y venir a pasar siete años de su vida en un país extranjero para criar a dos niños más que no eran suyos. Todo por el capricho de su amiga.

Luego de varias discusiones, por teléfono, él le dejó muy claro a mi insistente madre que no iba a ceder a sus caprichos. No estaba dispuesto a dejar su palacio, su país y a su esposa y, además, afectar a su nuevo hijo después de todo lo que pasó. La respuesta era "no". Pero ella era tan persistente que seguía insistiéndole con quejas, reproches, comentarios y amenazas. Esa mala actitud hacia su persona era imposible de disimular. Se ponía insoportable e incluso lo amenazaba con poner fin a su amistad y a la alianza que los unía si él no cumplía con su pedido.

Con el paso del tiempo la situación entre ellos era más tensa. Cada vez más próxima a una disputa. Eso afectaba su cumplimiento de las tareas reales ya que, al trabajar juntos, no lograban ponerse de acuerdo en la toma de decisiones. Eso perjudicó a los reinos y los *licántropos* seguían ganando más y más terrenos. Finalmente, a Christian no le quedó más remedio que ceder ante los caprichos de su amiga.

Lo vi llegar a nuestro palacio una tarde de verano, bajando de su lujoso carruaje rodeado de millones de escoltas, caballos cargados con toneladas de oro y toda la majestad digna de un poderoso rey, mientras mi hermano y yo jugábamos a la mancha en nuestro jardín de kilómetros de

extensión.

Bajó del carruaje con un bebé en brazos y un niño de nuestra edad muy parecido a él prendido de su pierna. Mi madre salió a recibirlos con una sonrisa en el rostro. Christian estaba tieso; la molestia que le causaba tal situación era notable.

Esa noche vi la puerta entreabierta de una de nuestras salas. Espié por detrás de la puerta y, con cuidado, me asomé a la estancia por la abertura. Vi a Christian y a mi mamá en una situación tensa, enojados el uno con el otro. Él apoyaba un codo en la ventana, cerca del cuadro de mi abuelo, frunciendo el ceño molesto, mientras mi madre permanecía sentada en una silla frente a una pequeña y lujosa mesa. Giraba la cabeza para mirarlo de vez en cuando con expresión de serenidad, tal vez para restarle importancia al asunto. Christian empezó a hablar arrebatado, sin mirarla.

–Nadie te impuso ser madre soltera. Tomaste ese camino sabiendo las consecuencias que te podría ocasionar esa decisión. Me impusiste quedarme en tu palacio para ayudarte a criar unos niños que no son míos –la observaba de reojo y frunciendo el ceño–. Yo tenía una vida en Finlandia. Vine con mis hijos, dejé a mi esposa y todo por ti, ¡porque tú sola no puedes con tu propio hijo! –le gritó señalándola con el dedo.

Mamá giró los ojos tomando unos mechones de cabello entre sus dedos, esbozó un suspiro de hastío, se paró y caminó hacia la ventana.

–Tu sobrino no sufrirá. Rápidamente hará amistad con mis hijos y así dejará de ser tímido y miedoso. En cuanto al bebé, no tiene conciencia y tu esposa... –giró y lo miró esbozando una risa burlona– como se trata de una relación de apariencias no importa si debes dejarla por cuestiones de mayor importancia.

Mi madre se echó a reír, lo que molestó a Christian quien, chistando, se dio vuelta y la miró de perfil con el ceño fruncido y los hombros levantados.

–Al menos Gisele durante muchos años ha sabido cuidarme, amarme y ocuparse de mí, mucho mejor de lo que tú lo has hecho en décadas.

Christian la miró directamente a los ojos expresando sus reproches, cuestiones que solo ellos entenderían. Mamá se mordió el labio inferior, levantó las cejas y, con los brazos cruzados, se sentó donde estaba, puso los codos sobre la mesa, levantó la vista y lo observó.

–Christian, yo he hecho muchas cosas por ti y por tu reino. En las situaciones más difíciles estuve a tu lado y te ayudé en las peores circunstancias. No merezco tus quejas. Me debes este favor –le respondió

en tono de reproche, cerrando los puños.

ÉL se dio vuelta y, abriendo los ojos, contestó:

_ Ni setenta años son los que estuviste a mi lado y muchos cientos los que sufrí tu abandono

_ Es verdad Christian, te abandone ¿pero que son setenta años para nosotros los vampiros?- pregunto mama algo risueña. Se levanto extendiendo las manos a los costados, se dirigió a paso lento hasta Christian- Absolutamente nada. Pero tranquilízate mi amigo esto también terminara por beneficiarte también a ti pues tu sobrino se criara con mis hijos. El contacto con los otros lo ayudara a que pueda dejar atrás los traumas psicológicos que sufre desde aquel día

Christian permaneció mirándola fijo, como si le estuviera tomando el pelo.

-Hijo... Lo rescaté y lo adopté cuando ya no le quedaba nada ni nadie.

Mamá giró los ojos en un suspiro.

-Por favor, Christian, no te engañes. Esos pequeños, no son tuyos -le dijo risueña-. Al volver a ver a Luciano, ahora sin todas esas heridas y esos golpes que desfiguraban su rostro el día que lo encontramos, me impresionó el parecido que tiene a tu hermano Helio. Todos dirían que salió igualito a ti.

_ ¡Bastai Vez como eres, no pasa ni quince minutos y ya me estas humillando- chillo- ¡No me gusta que hables así de mi y menos que menciones el echo! ¡Lucio olvidara su pasado y todo lo que ocurrió entonces y yo también lo olvidare. En cuanto a Mili... ¡no lo sabra nunca!

Mi madre permaneció parada y rígida observándolo con una expresión neutral, sin decir nada, meditando sobre sus palabras.

Me di vuelta pasmado, reflexionando sobre lo que había escuchado. Sabía que Lucio no podía ser adoptado. El parecido con Christian era evidente. Su piel blanca, transparente, pecosa alrededor de la nariz y de las mejillas; su cabello negro que caía como una seda lacia a los costados; sus ojos verde botella, grandes y redondos; sus labios carnosos. Incluso hasta sus gestos y su forma de hablar eran como los de Christian.

Impresionaba verlos juntos. Eran idénticos. No sabía quién fue su padre, pues al parecer Luciano y Milagros no eran hijos adoptivos de Christian, sino... ¿sus sobrinos?

–No eres la misma de antes. Incumples tus obligaciones reales –empezó a decirle Christian, mirándola con preocupación–. No desarrollas con empeño y con excelencia tus deberes –movió las manos de un lado al otro frunciendo el ceño, cada vez más atareado–. La eficacia y el empeño que te caracterizaban se difuminaron este último tiempo. Los vampiros lo notaron y los *licántropos* sacaron su provecho.

–Lo sé, Christian, lo sé –hizo una pausa, se tocó las sienes con la punta de los dedos y cerró los ojos agobiada–. Sé lo que pasa. Las cosas están mal porque no he podido ocuparme, pero ahora estás tú. Debemos pasar este mal momento. Lo resolveremos juntos.

Christian meneó apenas la cabeza mientras mamá continuaba frotándose la frente y frunciendo el ceño como si le doliera mucho.

–No me molesta tanto tu ineptitud presente como el hecho de lo mucho que me perjudicaste –le dijo Christian, mordiéndose el labio–. ¡Hubo muchas pérdidas en Helsinki! Las manadas de *licántropos* aumentaron su poder, por eso, mañana le informaré al pueblo sobre los cambios futuros.

–Sí –esbozó ella como para conformarlo, mientras se sentaba a una mesa–. Oulu también sufrió pérdidas, todos sufrimos... Eso no es lo que más me preocupa, sino que los *licántropos* puedan entrar al palacio. Sé que ellos saben la condición especial que tiene Derick y buscarán la oportunidad para matarlo. Eso me aterra, me preocupa, me quita el sueño cada noche.

Mamá se tapó el rostro con ambas manos. Christian bajó la mirada, observándola fijo. Sus ojos se perdieron en ella. Se le acercó lentamente, arrastrando con suavidad una silla y, sin dejar de mirarla, se sentó a su lado, le frotó una mano por la espalda y luego trató de tomar su mano mientras le susurraba:

–Sophi... lo sé. Estoy aquí, nunca te dejaré sola.

Mamá se levantó y lo miró con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

–No necesito tu protección –le dio la espalda caminando hacia el cuadro gigante de mi abuelo–. Soy la reina Sophia. Sé cuidar muy bien de mí, de mis hijos y de mi pueblo. No necesito de nadie.

–Pues no has sabido cuidar muy bien de tu hijo si necesitas que esté aquí –le respondió.

Mamá se dio vuelta y le clavó una mirada maliciosa.

–¿Cómo has dicho?!

–Lo que sucede es... –Christian bajó la cabeza, suspiró y la volvió a levantar–. Hace tanto que no estamos juntos, desde antes de que nacieran tus hijos y hasta que cumplieron los tres años, solíamos pasar las noches enteras, hasta que... –subió los hombros y suspiró– nada, todo se redujo a nada. Nunca más volvimos a estar juntos. ¿Por qué? –se levantó dirigiéndose a mamá–. Extraño tanto tu piel sobre la mía, tu aliento en mi garganta, tu olor, tus rizos marrones sobre mi rostro. Anhele observar y tocar tu hermoso cuerpo.

Se acercó tanto a ella que sus labios no se rozaron por milímetros. Podía verse cuánto se deseaban. Él acarició sus hombros con las manos, susurrándole:

–Te necesito, Sophia. Eres la única vampiresa que amé y amaré en la vida.

–Esas son aguas pasadas, Christian.

–No pasaron –su mirada triste se cruzó con la mirada vacía de mi madre. Tomó su mano derecha y la besó–. Nunca pasaron, ni siquiera cuando éramos niños.

–Pero... yo ya no te quiero, Christian –le respondió con indiferencia.

Él levantó la cabeza alzando las cejas. Le soltó la mano y caminó dándole la espalda. Se paró al lado de un cuadro, en un rincón. Apoyó su mano derecha sobre una silla y la otra sobre la pared, meneando la cabeza.

Pensé que debía sentirse muy herido y decepcionado. Jamás creí que había algo entre Christian y ella, siempre los había visto como amigos. Era tan raro... Menos mal que estaba allí.

–No te sientas mal, Christian. Cuando éramos niños yo sentí por ti algo que en su momento supuse que era amor... –se justificó mamá–, pero el tiempo pasó y me reveló la inocencia de mis pasiones al conjeturar por amor lo que solo eran vanas emociones... Jamás sentí amor por ti.

–¿De que estas hablando?– dijo Christian algo horrorizado– ¡Oh, Claro, vanas emociones! ¡Estuvimos casados, tuvimos un hijo Sophia ¿o es que ya lo olvidaste? ¡es que a ti no te importaba! ¡Ahora tampoco a mi me va a importarme. No creas que eras la única que no tenía amor por el matrimonio, admito que también te usaba para evitar la soledad. Después de todo, tu en aquella época te acostabas con.... Cualquiera ¡a veces pensaba que no pasabas de ser una meretriz!

¿Quién se cree que es ese Christian para llamar así a mi madre? en momentos como este debería tener 18 para darle su merecido al muy sin vergüenza

—¿Pero quien te crees que eres, imbécil? ¡para venir a mi palacio y llamarme meretriz! ¡exijo respeto!

—¿Como quieres que te respete, si ni tu te respetas, no puedo olvidar lo desfachatada que eras aun casada, te entregabas a los brazos de cualquier noble, miles de amantes, me convertiste en el rey de los cornudos, el más cornudo entre los vampiros. Si nunca me amaste, no hubieras aceptado el matrimonio que nos arreglaron nuestros padres, para casarte y seguir comportándote como una ramera te hubieras quedado de solterona, al menos así pensaría que eres menos puta de lo que ya pienso que eres

Mamá se transformó en un monstruo. De pronto, un líquido azul le salió por la boca, sus colmillos crecieron casi veinte centímetros, sus uñas se transformaron en garras. De un salto estampó a Christian contra la pared rompiendo un montón de cosas. Él también se transformó en el mismo monstruo que ella. Se mordieron, se rasguñaron, se patearon y se arrancaron la ropa a pedazos con garras y con dientes.

Yo tenía mucho miedo, estaba temblando y no sabía qué hacer. Temía que me descubrieran detrás de la puerta.

—No te conviene esto. Recuerda que tu reinado depende también de mí
—rechinó mi madre entre dientes.

—Estas demente Sophia Órcelo— susurro Christian mientras se recomponía acomodándose los retazos de tela harapienta

La pelea los dejó como pordioseros, llenos de rasguños por todo el cuerpo, con todos los pelos parados y la ropa hecha un asco.

¿De qué hablaban? ¿Cómo que estuvieron casados y tuvieron un hijo?
¿Tenía un hermano? Lo que estaba pasando me asustaba demasiado.

Mamá se dio vuelta. Luego de cinco minutos de silencio, esbozó una gran sonrisa victoriosa.

Para tu información señor exesposo, debo decir que yo acepté casarme con usted no porque le quería, fue solo y únicamente por co-n-ve-ni-e-n-cia —dijo, pronunciando cada palabra con esmero— nunca fue ni será mi intención ni será jamás quererlo. Solo deseaba la unión de ambos reinos en un heredero común, ese era todo mi interés. En cuanto a mis infidelidades, es claro, me conoces, sabes lo lujuriosa y sensual que era en esa época, era la reina, porque no iba a hacer de mis caprichos

amorosos ¿porque estaba casada?, por favor... Acéptalo Christian, eres inferior. No tienes ni la mitad del poder ni la buena fama que me precede –ronroneó muy satisfecha–, yo fui quien disminuyó a un número muy bajo las manadas de licántropos, yo he hecho muchas más obras que tú, mi querido exesposo –extendiendo sus brazos y sus palmas al techo sonrió de oreja a oreja–. ¿Y sabes qué más? Ellos me rinden honor a mí –dijo señalando la ventana–. A mi lado no eres nadie. Lo único por lo que vales la pena es por tu don de orador.

No entendía qué estaba sucediendo entre ambos... Ella quería humillarlo y esa actitud a él lo enfurecía.

En ese momento supe que entre ellos hubo mucho más que una amistad, pero... la gran pregunta era si habían estado juntos antes de que mi hermano y yo nacióramos y hasta que cumplimos tres años, entonces... ¿qué lugar ocupó mi padre? ¿Dónde estaba ese hijo que tuvieron? No lograba comprender. Era demasiado para un niño de once años. Se me estaba quemando la cabeza. ¿Y por qué los *licántropos* querrían matarme? ¿Qué tenía que me hacía tan especial?

Yo creía no conocer a mi madre ni mi pasado, pero no me esperaba tanto.

–Ahora vete... –dijo ella sentándose en una silla con las piernas apoyadas en la mesa, reboleando la mano, como echando a un sirviente–. No vale la pena seguir discutiendo contigo, eres tonto. Y si me acuesto con quien se me da la gana, a ti que te importa. Ya no eres mi marido, ni siquiera mi amante... ahora vete- dijo sacudiendo la palma

Sophia reía a carcajadas de una manera burlona. Él se mordió los labios con fuerza y la miró con todo el odio del mundo apretando los puños. Desde una punta de la habitación, le tiraba fuego con la mirada. Ella, desde el otro extremo, golpeó la mesa con los puños, mirándolo de la misma forma.

–He di-cho fue-ra. ¿O además de tonto y de estúpido eres sordo? Pedazo de imbécil, bueno para nada...

Christian se dirigió hacia la puerta, manteniendo esa expresión de bronca. Pero justo cuando estaba entre la puerta y el pasillo, se dio vuelta, la miró otra vez, cerró la puerta y, señalándola con el dedo, le dijo:

–Tu no te cansas de maltratarme y humillarme y yo no me canso de tenerte tanta paciencia, egocéntrica y malcriada, sigues siendo la misma niña, prepotente y vanidosa que conocí tanto tiempo atras, te conozco, Sophia, más de lo que podría haberte conocido nadie. Puedo percibir cada uno de tus pensamientos. Sé lo que estás pensando... Crees que eres superior a mí, pero te equivocas. Somos iguales y lo sabes. Sabes que me

necesitas tanto como yo te necesito a ti. Tratas de ser más fuerte que yo, pero no puedes guardar secretos a la persona que más te conoce en todo el mundo. Actuando como siempre en tu propia autonomía, te ha hecho fracasar esta vez. Yo te lo advertí que no era necesario casarte con Gabriel, hacerlo pasar por Helio, todo eso fue un circo tremendo de mentiras, chantajes y engaños que te mandaste, llenaste de dudas a ese pobre niño con ese misterio con respecto a su padre. Podrías haber seguido casada conmigo y tenerlos con ese humano que escogiste, ellos jamás hubieran sospechado que yo no era su verdadero padre. Hubiera sido lo mejor para todos. Pero no...

Ella se mantuvo sentada, tan seria que asustaba. Con esa mirada de odio parecía que en cualquier momento le iba a saltar encima como unos minutos antes.

–Te conozco, Sophia, más de lo que podría haberte conocido nadie. Puedo percibir cada uno de tus pensamientos. Sé lo que estás pensando... Crees que eres superior a mí, pero te equivocas. Somos iguales y lo sabes. Sabes que me necesitas tanto como yo te necesito a ti. Tratas de ser más fuerte que yo, pero no puedes guardar secretos conmigo porque sé todo sobre ti. Pretendes actuar siempre sola y así es como fracasas y fracasas... Todos tus fracasos y mis fracasos fueron por eso. No era necesario casarte con Gabriel y todo el circo que armaste. Podrías haberte casado conmigo y tenerlos con ese humano que escogiste. ¿Y cuál era el problema?

Mamá titubeó y meditó unos segundos. Luego se paró y, caminando en diagonal, refutó:

–Una sola frase explica mis acciones: El fin justifica los medios.

Christian la mira tieso y con la boca abierta

–Eres mala Sophia, ¿nunca le dirás a Derick que su padre era un hombre humano al que tu dejaste morir?

–No, ni ahora ni nunca. Jamás lo sabrán.

La sangre se me heló y me pareció que dejaba de respirar. Los pelos de mis brazos se me erizaron. Sentí los latidos de mi corazón haciendo pum-pum en mi garganta. Una mezcla de horror y de espanto corrió por mis venas. ¿Qué? ¿Cómo que ella, mi madre, había dejado morir a mi padre? Eso no era posible. Se me revolvía el estómago con solo imaginarlo. Quería irme de allí. Eso no podía ser... No, no... ¿Qué era eso? No podía ser cierto. Hice un esfuerzo por no desmayarme. Pensé que todo era un error.

–Lo lamentaré por ellos. Pero humanos y vampiros no pueden relacionarse. Gabriel fue mi instrumento para llegar a ellos. Debía morir antes de que los vampiros descubrieran la verdad que el muchacho con el que me case y tuve a mis hijos no era tu hermano Helio, en ese momento desaparecido, sino un príncipe Alemán y humano

¿Humanos? Nunca había visto uno. Solo sabía de ellos por lo que me habían hablado. Que eran criaturas horribles e inmundas. Pero yo eramos humanos. Se me revolvía el estómago. Horrorizado, di unos pasos atrás hasta chocar contra la pared. Mis palpitaciones se aceleraron a mil. Temblaba compulsivamente y no podía parar. Muchas cosas pasaban por mi mente en este momento.

Siempre había sabido que mi madre tenía un lado oscuro, porque nadie que fuera vampiro conoce lo que es asesinar. Su frialdad ante los demás, sus ataques de cólera, su porte imponente y la soberbia de sus palabras, daban claros indicios de que podía llegar más allá. Jamás había imaginado que habría sido capaz de matar al padre de sus hijos. Y todo lo que me había enterado ese día, que nunca me dijo.

¿Qué era ella? Era un monstruo. No conocía a esa persona. Ella no era mi madre, no era la vampiresa cálida y buena que conocía hace once años. Era un monstruo.

Salí corriendo, aterrado. No quería saber más nada con respecto a ella y a Christian. Atravesé el enorme pasillo del palacio, mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas cayendo como gotas al piso. El vacío del frío palacio recorría mi cuerpo. Mis gemidos resonaban como un eco. Estaba solo, era de madrugada. Todos en el palacio dormían.

Me tiré boca abajo al piso, sentí el frío suelo de mármol en mi cuerpo, mis quejidos, mi dolor. Los fantasmas me rodeaban. Estaba solo y dolorido. Revolvándome en el suelo llorando mares de lágrimas, destruido.

Mi madre era lo que yo más amaba y ese día la había visto convertirse delante de mis ojos en algo que no conocía... Sabía que mi vida jamás volvería a ser la misma después de eso.

Podría haberle perdonado cualquier cosa, incluso el decirme que tuvo un hijo al que luego abandonó, pero jamás que había matado a mi padre. ¿Por qué lo hizo? Porque era humano... Y si los humanos y los vampiros no podían relacionarse, ¿por qué nos tuvo con él?

Me dolía saber la verdad. Esa verdad laceraba mi alma y mi espíritu de una manera irreparable. Parecía que mis lágrimas inundaban mis ojos y relajaban mis músculos. Caí en un profundo sueño.

Me levanté agitado, con el cuerpo sudado en el medio del jardín principal. Un sonido extraño y agudo se escuchaba en el aire. Me adormecía como si hubiese una sustancia tóxica en el aire. Sentí una bruma en mi rostro que me hizo entrecerrar los ojos. Cabeceé tres veces hasta abrirlos por completo. El panorama estaba borroso, pero había algo más que me inquietaba...

El pasto estaba amarillento, opaco, sin vida. Desde el fondo de la tierra nacía un vapor que subía hacia el cielo que presentaba un extraño tono violeta azulado, como si el día y la noche se mezclaran generando ese color antinatural. El sol se escondía bajo la colina y su cálido resplandor me ennegecía.

No había nada en mi horizonte, solo el pasto, el firmamento y ese vapor de tierra que parecía ser el responsable de ese sonido y de mi adormecimiento.

La sustancia que nacía debajo de la tierra me impedía pararme, pese a mis intentos. Me costaba mantener los ojos abiertos, pero hacía el esfuerzo para no dormirme.

Pasaron unos minutos hasta que visualicé a lo lejos una figura femenina; parecía ser una niña-vampiro trotando y dando vueltas por el jardín. Aparentaba tener mi edad; era menuda, de test blanca y de cabello largo y ondulado. Sus ropas ennegrecidas y desgredadas demostraban su condición de plebeya.

Hice fuerza tratando de reincorporarme para ir hacia ella, pero mi cuerpo no respondió. No podía moverme, estaba paralizado. Mi corazón empezó a latir muy rápido y entré en pánico. ¡¿Qué le pasaba a mi cuerpo?!

La misteriosa damita comenzó a acercarse hasta que la tuve frente a mí. Las órbitas de mis ojos se abrieron, mi corazón latía como queriendo salirse de mi pecho. "¡Oh, no! ¿Y si es un fantasma, un espectro?", pensé.

Su belleza me dejó estupefacto. Espectro o no, tenía ojos almendrados y enormes, que parecían dos hermosos faroles celeste agua en un cutis blanquísimo, perfecto como la porcelana, nariz recta y labios carnosos, rosados seductores a pesar de su corta edad. Nunca había visto algo tan hermoso, ni siquiera entre las *morois*. Esta debía ser un ángel.

De repente, mi cuerpo se reanimó. Pude incorporarme y me paré frente a ella. No lograba despegar mis ojos de los suyos, jamás había contemplado tanta belleza en un solo ser. Ante su hermosura me había transformado en un tonto que no dejaba de suspirar. El latido acelerado de mi corazón

no cesaba. Me olvidé de todo lo que había sucedido ese día.

Quería preguntarle su nombre, pero solo tartamudeaba. Ella sonrió mostrando unos dientes perfectos. El tiempo y el mundo se paralizaron. Me puse más nervioso, como si me hubiera enamorado perdidamente.

Ella extendió su mano y yo la seguí. Entrelazamos nuestros dedos. Fue como si una corriente eléctrica pasara por la palma de mi mano. Cada vez que miraba sus ojos el tiempo se detenía, los problemas se acababan, la paz y el gozo invadían mi interior. Jamás había sentido algo así. Era tan hermoso que no quería que se acabara. Pero entonces, de repente, esa misteriosa damita desapareció y comencé a caer en un pozo. Caí de cola; con dolor me incorporé gritando, desconcertado, no entendía lo sucedido.

–¡Auxilio, sáquenme de aquí! ¡Sáquenme de aquí! –grité, agitando mis manos y saltando sin sentido.

Nadie me escuchaba. No había nadie alrededor mío. Cansado de vociferar me tiré al piso y comencé a llorar. Sentía entonces la voz de mi madre que salía de la boca del pozo.

–No puedo sacarte aunque lo deseo. Lo siento, hijo. Debes aprender a salir solo.

–¿Mamá...? –pregunté atónito mirando hacia arriba.

¿Qué hacía ella ahí y por qué me decía eso?

Traté de subir agarrándome de raíces y de pedazos de roca que sobresalían de las paredes de la fosa. Cuando estaba a punto de llegar a la superficie no vi a mi madre. Físicamente no estaba allí.

Mi pie resbaló y caí nuevamente. Me froté los muslos, los codos, los brazos y las rodillas raspadas con las palmas de las manos, gimiendo por el profundo dolor que me produjo la caída. Mis rulos estaban revueltos; mi cara y mis ropas, sucias.

El pozo era muy oscuro, sombrío, sucio. Había bichos alrededor mío. Sentí una cucaracha pasando por mi bota, di una patada y lancé un gemido, tirándome hacia atrás. Entonces recordé a mi madre y lo que me había hecho.

–¡Eres una mentirosa! ¡Nunca me quisiste, por eso no quieres sacarme!
–grité y mis ojos se llenaron de lágrimas, mientras advertía mi profundo resentimiento hacia ella–. ¿Cómo pudiste matar a mi padre? ¡Te escuché decírselo a Christian hoy! ¡Mentirosa, víbora! ¡Te odio, mamá, te odio con

toda mi alma!

Apreté mi mandíbula y las palmas de mis manos. Estrujé la tierra. Mis lágrimas recorrieron mis mejillas coloradas hasta llegar al suelo. Su presencia me producía dolor en el pecho y en el alma, destrozaba mi corazón en mil pedazos.

–Aún eres muy pequeño y no entiendes las cosas que te sucederán, pero cuando seas mayor recordarás este sueño. Entonces comprenderás...

Fruncí las cejas, atónito. ¿Qué comprendería? Ella había matado a mi padre. No había mucho que comprender.

La tierra que me rodeaba se abrió. De pronto me encontré cayendo en un abismo infinito que me arrastraba hacia el vacío. El paisaje alrededor mío se alteraba continuamente; era de noche y de día a la vez. El sol, las estrellas, la luna... todos estaban en un mismo espacio y se alternaban los lugares a cada segundo. Personas conocidas y desconocidas y objetos aparecían y desaparecían continuamente entre la nada. Me acusaban, gritándome:

–¡ASESINO! ¡ASESINO! ¡ASESINO!

Se me acercaban y me tocaban. No me dejaban en paz, me atormentaban.

Apreté los brazos sobre mi rostro y junté las rodillas hacia mi pecho, haciéndome una pelotita. Estaba agonizando. Frunciendo la cara, bramé con desesperación:

–¡¡Bastaaaaaa...!! ¡¡Ayúdame...!! –solo se me ocurría acudir a la ayuda de alguien, suplicando con todas mis fuerzas–. ¡¡Papááááá...!!
¡¡Dioooooooooos!!

De pronto, todo se detuvo. Me encontraba parado en una enorme habitación sin ventanas ni puertas, con las paredes, el piso y el techo completamente blancos como la nieve. Ojeé todo el lugar, con el corazón palpitando en mi pecho. No sabía qué hacía ahí ni qué más podía suceder. Estaba perdido, aturdido y tenía miedo.

Un hombre apareció de la nada en una esquina de la habitación. Era muy alto, rubio, de pelo ondulado, piel blanca, con grandes y redondos ojos verde agua. Su gran parecido a mi hermano Germán, me hizo suponer que estaba observando cómo sería en su adultez.

Lo miré fijo, aún con el corazón palpitándome del susto. Rápidamente esa persona misteriosa señaló hacia el horizonte. Miré hacia allí y vi un espejo de pie contra la esquina opuesta. Despacio caminé hasta llegar frente al

espejo. Mi imagen no se reflejaba en él. ¿Qué sucedía? ¿Por qué se veía todo negro? Esto me daba mucho miedo, pero no era capaz de largarme corriendo. Una imagen masculina empezó a acercarse desde la oscuridad, hasta que vislumbré su rostro. Era un vampiro radiante en belleza, adulto joven. Sus rulos dorados brillantes caían sobre su piel tan blanca y pálida como la de mi madre; sus labios carnosos eran rojos como la sangre, pero lo que más me impresionó no fue su rostro, sino su mirada. Esos ojos violetas, púrpuras, rasgados, me miraban como una bestia mira a su presa, con profundo odio y con resentimiento. Era una mirada diabólica. La mirada de un asesino, dueño y víctima de un poder tan inmenso como jamás podría imaginarlo, ni comprenderlo que superaba en gran medida a mi madre.

En sus ojos cargaba un secreto y una gran responsabilidad, pero en sus ojos se lo veía muy lejos de la felicidad

Ese vampiro, además de verse maléfico, era increíblemente parecido a mi madre.

Grité desaforadamente, como nunca. Ese vampiro era yo.

Alguien me sacudía. Abrí los ojos y vi la cara de mi hermano sobre la mía, mirándome con sus enormes ojos verdes. Ambos gritamos. Movido por el impulso lo empujé apartándolo de encima de mí.

2. Vínculo de mellizos

–¿Qué ideas tan extrañas y trastornadas son las tuyas?! Hace horas que te estaba buscando. ¿Qué hacías durmiendo en el piso? –me gritó histérico mientras se incorporaba del empujón que le di.

Me paré apoyando las manos en el piso, mientras jadeaba. El corazón palpitaba en mi pecho como si fuera a salirse de mi cuerpo. Estaba aturdido. Nunca había tenido un sueño tan real e impresionante.

Me toqué el pecho y luego me agarré la cabeza con ambas manos.

–¡Oh, Dios mío! –dije en un suspiro apretando mis cabellos.

Vi que Germán corría su cabeza de mí, levantando una ceja y cruzándose de brazos. Parado me observaba con suspicacia.

Recuperándome del aturdimiento del sueño, sumado a todo lo oído el día anterior, me puse en cuclillas y lo miré de reojo.

Conocía a mi hermano como a la palma de mi mano. Entendía lo que me quería decir con ese gesto. Él sabía que no se trataba de sonambulismo. Quería que le explicara mi comportamiento tan inaceptable para un noble,

menos aún para un príncipe, como el que acababa de tener. Dormir en el piso, como la plebe o como los animales, es totalmente inaceptable para alguien de mi linaje, impensable. Y no estaba dispuesto a moverse hasta que le diera cada detalle de todo lo que había pasado.

Era muy difícil de explicar. Tampoco estaba preparado para confesarle sobre la clase de madre que teníamos, si es que después de todo de lo que me había enterado, podría llamársela madre.

–Anoche escuché... –empecé a hablar entre tartamudeos y moviendo las manos frenéticamente–. Mamá hablaba con Christian; dijeron cosas terribles y... ella le dijo algo que me horrorizó... –el recuerdo de todo lo que había oído deformó mi rostro en una mueca de espanto y entrecortaba mi voz– entonces salí corriendo. Después te diré lo que escuché, ahora no es el momento.

Germán dio un paso atrás. Volvió a cruzarse de brazos y me observó ceñudo, como si mi explicación no le fuera suficiente. Lo miré con la boca abierta, tartamudeando como zonzo, le dije:

–¡Soñé cosas fe-e-e-a-a-a-as... También estabas en ese sueño, pero no eras tú, sino tú adulto!

–¡Basta! –me paró en seco extendiendo la mano abierta–. No pienso escuchar más de todas estas sandeces que parloteas. Tu comportamiento inaceptable no justifica todas esas boberías... –se tapó los ojos avergonzándose de mí–. ¿Qué escuchaste, qué sueño y qué yo adulto? Derick, por favor, ¡eres un príncipe! ¡Qué vergüenza, párate del piso! ¡Qué vergüenza me das!

Germán me extendió la mano. La tomé y me reincorporé. Me miraba disconforme, meneando la cabeza. Sabía lo que estaba pensando. Se avergonzaba de mis actos. Todos sabemos que ningún príncipe que se respete haría las cosas que había hecho yo.

Somos mellizos, nacidos de la misma matriz en diferentes bolsas, pero no nos parecemos. Yo soy muy parecido a mi madre. Mi cabello también es enrulado y heredé sus ojos grandes y almendrados, su nariz recta, sus labios carnosos y la forma ovalada de su cara. En cambio Germán, no se parece a nadie. Nuestras formas de ser también son muy opuestas. Él es serio y cortés, parece más maduro para la edad que tiene; en cambio yo soy bullicioso y descontrolado. Es él quien siempre me reta cuando hago algo indebido, como buen hermano mayor. Pienso que es imposible que seamos tan diferentes, pues somos gemelos.

–No hay tiempo que perder, Derick... Todos nos afligimos porque no estabas en nuestra habitación, pensando lo peor. Hasta mamá me pidió que saliera a buscarte en su desesperación por no saber nada de ti. Y

ahora Christian debe hablarle al pueblo debido a los sucesos ocurridos últimamente, pero nadie pronunciará una palabra hasta que tú aparezcas... sano y salvo.

Diciendo estas palabras Germán apretó mi muñeca conduciéndome por el pasillo a las corridas. Me llevaba al balcón principal, donde nos detuvimos. Christian iba a hablarle al pueblo, por él o por mi madre, pero yo no quería ir. Después de todo lo que había pasado, solo deseaba escapar. No quería saber nada del monstruo de esa que alguna vez había sido mi madre, la odiaba.

Solté a Germán y me paré con firmeza segundos antes de subir la escalera. Él se volteó mirándome con las cejas extendidas.

–¿Qué haces? ¡Vamos!

–¡No!

Frunció el ceño y trató de agarrarme otra vez de la muñeca para llevarme a la fuerza, pero me resistí.

–Nooo, no, no voy a ir... No quiero ir, no quiero volver a verla nunca más –se me empezaron a llenar los ojos de lágrimas–. ¡Ella no es nuestra madre, mató a papa! ¡Quiero irme, quiero escapar de ese monstruo!

Me escabullí corriendo entre lágrimas de desesperación. Germán me retuvo dificultosamente con sus brazos, pero yo quería escapar. Ambos caímos al suelo. Me abrazó por detrás, sujetando mis brazos para que no pueda moverme.

–¡Basta, basta, Derick! ¡Eso que dices no es cierto!

–¡Es verdad! ¡La escuché! ¡La escuché mientras hablaba con Christian! ¡Dijo que lo dejó morir! ¡Que lo hizo porque era humano!

Me recosté entre sus brazos suspirando. De mis ojos caían lágrimas de profundo dolor.

En vez de horrorizarse, Germán se quedó estupefacto acariciando la coronilla de mi cabeza con la vista al horizonte y la mirada penosa. Algo en su actitud me decía que ya lo sospechaba.

–Todos sabemos que vampiros y humanos no pueden relacionarse –murmuraba en un tono tan bajo y penoso que no lo hubiera escuchado de no estar bajo su boca–. Mucho menos casarse y menos aún tener hijos. Esa es la única ley entre nosotros que está penada con la muerte, vigente incluso entre nobles y entre reyes. Si los vampiros hubieran sabido que nuestro padre era humano, seguro la hubieran matado a ella y también a

nosotros, aunque se tratara de la reina Sophia y de su heredero.

Me quedé mudo, suspirando. Claro... Esa era la razón. El debía morir, no había otra opción. Lo que hizo fue algo de lo más asqueroso e inmundado que existe entre nosotros. Es como si un humano se casara con un cerdo y tuviera hijos con él.

Los humanos son considerados inferiores a las bestias. Criaturas de las más inmundas que existen, pero le sirven de alimento a nuestra especie. Por eso relacionarse con ellos es el único crimen que está penado con la muerte.

Es la similitud que hay entre ellos y nosotros lo que los hacen tan despreciables. Son como nosotros, tienen un alma donde habitan las emociones y los sentimientos, un espíritu donde habita el amor y un cuerpo como el nuestro. Son trinos como nosotros, pero mucho más débiles, feos, limitados e imperfectos. Son la burla a nuestra especie.

Cualquier vampiro que se relacione con ellos sería considerado despreciable a nuestros ojos por rebajarse a sí mismo al nivel de infra animal, por lo tanto rebaja también a nuestra especie.

Esto era extraño para mí. Me sentía incómodo al hablar de nosotros. Somos humanos aunque en nuestros genes seamos vampiros en potencia.

Son como nosotros, y esto es lo que los hace tan despreciables. El celo por la superioridad de nuestra especie es lo que genera este odio tan profundo e irracional por la raza humana.

–Pero... ¿por qué lo hizo? ¿Por qué se casó con un humano y tuvo hijos con él a sabiendas de que cometía un crimen mortal? No lo comprendo.

–Yo tampoco lo entiendo... –respondió Germán, reflexivo, con la vista en el horizonte. Nos quedamos callados unos momentos, pensando–. Después habrá tiempo para hablar. Ahora tenemos que ir al tercer balcón real y todavía nos queda mucho por recorrer.

Sin decir más nada Germán me sujetó tomó de la mano y seguimos hacia allí. Luego de correr quince minutos sin parar me sentía exhausto, pero Germán aún me tenía agarrado muy fuerte. Traté de gritarle y de decirle que estaba cansado y que quería parar, pero era como si no me escuchara. Corría como poseído, con la mirada fija en el horizonte.

Conozco bien a mi hermano. Sabía lo impotente y lo frustrado que se sentía por lo que le había contado. Sabía lo mucho que amaba a nuestra madre, al igual que yo, solo que él se resignaba a sus maldades sin comprenderlas, con la única excusa de la seguridad del amor que ella

sentía por nosotros. Con eso le bastaba Germán para seguir aceptándola, porque al final de cuentas ella era nuestra madre, lo único que teníamos en todo el mundo, aunque resignarse lo lastimara mucho.

Percibía su dolor y su impotencia en su mirada. Eso me lastimaba.

Somos mellizos. Aunque seamos distintos en nuestro aspecto y en nuestras formas de ser, hay entre nosotros un vínculo especial que nos une y nos hace darnos cuenta de lo que siente e incluso de lo que piensa el otro con solo mirarnos a los ojos. Esto nos ha acercado mucho. Necesito a Germán con todas las fuerzas de mi ser. Sin él yo estaría solo, abandonado, perdido; lo necesito como él me necesita a mí. Él es el único que me comprende.

Corrimos por la escalera, hasta llegar al pasillo que nos conducirá al tercer balcón real. Vi un grupo numeroso de personas a lo lejos. Supe que estábamos a punto de llegar.

Las escaleras de mármol nos condujeron hacia el balcón blanco. Me apoyé sobre el respaldo también de mármol con incrustaciones de piedras preciosas. Noté a mi madre en el primer balcón. Sus brazos rodeaban la cintura de Christian. Su semblante denotaba preocupación.

–¡Salúdala! ¡Hazle saber que estás bien! –me gritó Germán por atrás, mientras luchaba para pasar entre medio de la multitud y llegar a mí.

Germán es bajito y de contextura pequeña. La gente lo apretujaba, lo aplastaba sin dejarlo salir. Como si fuera una persona cualquiera y no su príncipe. Cuando estaba nuestra madre esas cosas no pasan, al contrario. ¡Sinvergüenzas, aprovechadores!

–¡Mamá! –grité y ella movió la cabeza hacia mi dirección. Como era vampiro, a pesar de estar a casi un kilómetro de distancia, sus instintos están sumamente agudizados.

Extendí una mano saludándola. Ella se limitó a mirarme fijo, como meditando. Se dio vuelta y Christian avanzó apoyando sus manos en las barandillas del balcón. Comenzó a dar su discurso al pueblo.

Germán logró zafarse de la opresión de la multitud y jadeando se paró a mi lado. Fijó la vista en nuestra madre, mirándola con una mezcla de pasión, amor, decepción y rencor. Ni siquiera yo pude descifrar lo que pensaba cuando la miró así, pero imaginé la lucha en sus pensamientos.

Nosotros la amábamos y sabíamos que ella nos amaba, pero nos había defraudado. Al descubrir la verdad nos dimos cuenta de lo mala que era. Le temíamos y debíamos cuidarnos de ella, pues no sabíamos hasta dónde podría llegar, cuánto más podría lastimarnos. Eran sentimientos

contradictorios y confusos para nosotros.

Después de diez minutos de aburrido discurso de Christian, vi a mi hermano tirarse al piso chillando de dolor. Cerró los ojos y se los tapó con los brazos. Su piel había comenzado a extinguirse.

–iiiAh... el sol me quema!!!

Chillando con desesperación lo arrastré hacia dentro del palacio. Había mucha gente alrededor, pero a nadie parecía importarle lo que pasaba.

Yo sudaba profusamente y temblaba. Estaba desesperado y preocupado por Germán. Lo ocurrido unos segundos antes no era una casualidad o una anomalía de su piel. Mi hermano estaba pasando por la proceso de la transformación de humano a vampiro.

Lo primero que sucede es la inmunidad a la luz del sol que nos quema, luego un sueño profundo que nos deja en un estado de coma por días y, por último, la transformación de nuestros aspectos a una apariencia más hermosa.

El hecho de ser Germán el primero de los dos en transformarse lo convertía en el heredero de la corona. Mientras que yo solo sería un mestizo, mitad humano y mitad vampiro, y mi rol en el palacio sería acompañarlo, aconsejarlo y serle de ayuda en todas las cuestiones del reino.

Me maravillé ante la precocidad de su transformación. A él le pasó a los diez años, cuando lo normal es alrededor de los diecisiete, pero no perdí tiempo en pensar en eso.

Germán estaba muy herido. Tenía quemaduras en las mejillas, las manos y los brazos. Seguramente, se habría quemado gran parte del cuerpo. Cabeceaba entrecerrando los ojos. Estaba muy mal. Se había quedado dormido, inconsciente.

Giré la cabeza y todos los vampiros que nos rodeaban habían desaparecido ni bien Germán se puso a gritar. No sabía por qué.

Lo miré y comencé a llorar con profundo dolor. Lo observé detenidamente y hasta pude oír las fuertes palpitaciones en mi garganta.

No me quedaba más opción que ir a buscar a mamá y dejarlo allí, corriendo el riesgo de que pudiera pasarle cualquier cosa. ¡Oh, Dios! ¡Cómo me hubiera gustado estar yo en su lugar! ¡Cómo hubiera querido ser el que pasara por eso y evitar que le suceda a él! Daría la vida por Germán. Es lo que más amo en el mundo. Jamás me perdonaría si algo le

pasaba en mi ausencia.

Lo recosté contra la pared y salí corriendo por el pasillo mientras sentía mi corazón como un tambor en mi pecho. Las lágrimas caían por mis mejillas sin parar. El viento soplaba en mi rostro.

Empecé a bajar la primera escalera. La adrenalina que recorría mi cuerpo no me dejaba pensar. Choqué con las personas que se cruzaban en mi camino. Estaba tan nervioso y desesperado que mi vista se nubló y apenas podía distinguir lo que pasaba frente a mí.

En mi cabeza tenía una sola imagen: la mirada de Germán cuando lo dejé solo. Una expresión de seguridad, de que todo saldría bien.

Recorrí uno de los salones reales hasta llegar a la segunda escalera. Pasaron quince minutos. Estaba muy cansado de tanto correr sin parar. Las rodillas me dolían. Los pies ya no me respondían, pero debía seguir corriendo porque la vida de Germán estaba en juego.

Me quedaba por subir una última escalera para llegar a donde estaba mi madre. Sabía que podría gritarle y ella me escucharía por más que estuviera a muchos metros de distancia y rodeada de gente que le hablara. Pero cuando estaba en la mitad de la escalera trastabillé y caí de boca. Me mordí la lengua al chocar mi pera con la escalinata. Comencé a rodar golpeándome la espalda, la cabeza, los muslos y la cadera. Traté de sostenerme con las manos, pero no pude y seguí cayendo. Hasta que, sin darme cuenta, terminé tendido en el piso. Mi cuerpo dolorido temblaba compulsivamente; apenas podía apoyar mis palmas doloridas contra el suelo.

Sentí un horrible sabor a sangre en la boca. Me mordí la lengua y los labios varias veces al punto de arrancarme pedazos de carne mientras caía. Tuve tremendas náuseas. Incliné mi cuerpo y escupí y vomité chorros de sangre con saliva que formaron un enorme charco de bilis, de coágulos, con dientes, con pedazos de carne de mis labios y de mi lengua.

Apoyé mi rodilla derecha en el piso. Sentí cómo mi pantalón se pegoteaba con la sangre de mi herida. Traté de incorporarme, pero me costaba. Por fin me levanté y di unos pasos tambaleantes hasta toparme con el sofá más cercano; me tiré en él mientras comenzó a nublarse todo. Mi respiración se iba debilitando, mi cuerpo ya no me respondía.

Sentía la cabeza pesada. De mi boca continuaba saliendo sangre y saliva que manchaban mi traje. Tenía una herida abierta en mi costado, los huesos rotos, hematomas. El respaldo del sofá se manchó de sangre. Estaba muriendo desangrado. Ya no me quedaban fuerzas para gritar. Solo tenía una cosa fija en mi cabeza segundos antes de morir: la imagen

de Germán. Rogué a Dios con mis últimas fuerzas que lo encontraran rápido. No me importaba morir mientras a él no le sucediera lo mismo.

Pensé en mi madre otros segundos más, en cuanto la había amado y en el dolor incurable que mi muerte le producirá. Y pensé en mi papá. Cómo hubiera querido que él estuviera a mi lado.

Cerré los ojos y sentí que mi espíritu comenzaba a despojarse de mi cuerpo ya sin vida. Salí de él y contemplé mi cuerpo destruido. En el piso había una gran mancha de sangre. Mi piel, que siempre había sido sonrosada, estaba pálida como la muerte; mis ojos permanecían cerrados y en mi boca solo se distinguían sangre con pedazos de dientes.

Una tremenda angustia recorrió mi espíritu y lloré. Miré al cielo y le pregunté a Dios por qué tenía que morir de esa manera a los diez años. No le encontraba sentido, no quería morir.

En ese preciso momento una lágrima tocó el suelo. Bajé la mirada. Un espíritu con una túnica blanca brillante pasó sobre mí, atravesándome. Su cabello rubio ceniza era ondulado. Su tez era blanca y perfecta. Era el hombre que había soñado, el que era idéntico a Germán. Él se arrojó encima de mi cuerpo ya muerto, abrazándolo muy fuerte. Sentí un amor tan grande e incomprensible que sobrepasaba todo entendimiento. De sus brazos nacía una luz cegadora, más brillante que el sol que llenó la habitación en cuestión de segundos. Apreté los ojos y me tapé la cara con los brazos inmediatamente. Al segundo siguiente, los abrí y gemí con espanto. Otra vez estaba en mi cuerpo, totalmente sano. Las heridas, los huesos rotos y los hematomas que me había producido al caer girando desde lo alto de la escalera habían desaparecido, como la sangre que chorreaba por mis piernas, mi costado, mi boca y mis labios. Todo desapareció. Estaba totalmente sano.

Me levanté, caminé unos pasos. Ni siquiera los huesos me dolían. Estaba en shock. No podía creer lo que acaba de pasar y empecé a sospechar que todo había sido un sueño. Pero no, no podía ser un sueño. Lo que había sucedido era muy real.

De lejos escuché los gritos desesperados de mi madre, seguidos de los pasos de una multitud, corriendo hacia mí, chillando mi nombre a los cuatro vientos. Cerré los ojos y caí desmayado antes de que pudieran atajarme.

3. Ataque de *licántropos*

Me levanté de golpe. “¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?”, susurraba en mi mente acongojado mirando para todos lados.

Alguien me había desnudado, puesto un pijama de seda y me había acostado en una cama que no era la mía.

La luz estaba apagada y tenía miedo. No se veía absolutamente nada, pero supuse que era de noche. No sabía dónde estaba.

Recordé lo que había pasado el día anterior. Todo había sucedido tan rápido y era tan real y extraño a la vez. Mi mente seguía en blanco. Traté de observar detenidamente cada rincón, pero no veía nada.

“¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que me desmayé? ¿Días, horas, meses? ¿Quién habrá sido el que me rescató, el que me hizo volver a la vida? El hombre de mi sueño. ¿Será mi ángel guardián?”, pensé.

Algo se movió a un costado de mi cama. Era como si una persona se despareciera.

–Hijo... –susurró–. Despertaste... ¿Cómo estás, mi amor?

Su voz sonaba tan maternal y dulce como la mano que recorría mi rodilla, pasando por mi cabeza, mis rizos, terminando por apoyarse tiernamente en mi mejilla derecha. Me hizo sentir más seguro. Ya no tenía miedo, pero no estaba todo bien.

La miré fijamente en el medio de la oscuridad. Sentía el pecho oprimido. El vacío y el dolor inundaban mi interior. No soportaba tenerla enfrente de mí. Mi tierna y cariñosa madre, la misma que me había dado a luz. La que me cuidó, me amó y me protegió durante once años. A la que le debía todo. La misma que dio muerte a mi padre privándome de él.

No tenía sentido. ¿Cómo podía ser? Saber eso no me permitía amarla más, pero tampoco podía odiarla.

Una voz dentro de mí me decía que no tenía sentido sufrir por algo que no podía comprender. Las mismas palabras que me había dicho ella en mi sueño

Retiré su mano suavemente de mi mejilla, mientras susurré un “Sí” casi inaudible.

La observé fijamente unos segundos más. No podía odiar a esa vampiresa, aunque luchara por odiarla la seguiría amando. Era mi madre. Entonces recordé un pasaje de la Biblia: “El amor todo lo cree, todo lo espera. Todo lo sufre, todo lo soporta”. Y repetí: “Todo lo soporta”. Y pensé: “Todo... es todo”.

Bajé la cabeza fijando los ojos en la nada y medité: “¿Puede ser alguien capaz de perdonar cualquier cosa solo por amor?”. Suponía que había

límites. En este caso yo solo era un niño pequeño que necesitaba demasiado a mi madre. Estaba luchando contra cosas que no podía comprender.

De repente, sentí que alguien le dio una patada a la puerta y entró atropelladamente al lugar. Me tapé la cabeza con las sábanas. Mi corazón empezó a latir sobresaltado como si hubiera entrado un delincuente. Él corrió hasta donde estaba mi madre y la tomó llevándola hasta un rincón muy alejado de mí, o al menos eso me parecía entre tanta oscuridad. Pasaron unos segundos antes de que me diera cuenta de que todo estaba bien.

Despacito asomé la vista entre medio de las sábanas. Parecía que esa persona desconocida y mi madre discutían.

“¿Qué estará pasando? ¿Qué será lo que le está diciendo esa persona que no puedo distinguir debido a la oscuridad? ¿Por qué entro así?”, me preguntaba.

–Mi amor...

Susurró mi madre cerca de mí. Me apretó la mano muy fuerte. Estaba temblando. Nunca la había notado tan alarmada. Empecé a preocuparme.

–¿Qué pasa, mami?

–Debo ir a resolver unos asuntos –susurró acariciándome la cabeza–. No te muevas de aquí. Volveré en menos de media hora.

¿A resolver unos asuntos? ¿Qué asuntos?

Tenía miedo. No quería que me dejara solo. Además estaba muy traumatizado con todo lo que había pasado. Necesitaba estar con ella y con Germán. ¿Dónde estaba Germán? ¿Qué le había sucedido?

–¡No quiero que te vayas y me dejes aquí solo... ¿A dónde vas y por qué? ¿Y Germán, dónde está Germán? –le pregunté algo histérico, apretándole la mano.

–Sh... –susurró–. ¡Te quedas aquí! ¡No quiero más problemas, Frederick!

–Pero ¿y Germán? –interrumpí ansioso.

Me preocupaba mucho mi hermano. Somos uno. No podríamos vivir el uno sin el otro. Por eso el verlo tan mal me había roto el alma, dejándome deshecho.

Aunque en mi interior tenía la certeza de que ya se encontraba bien, no me sentiría tranquilo hasta verlo sano y salvo.

–Sh... Germán está durmiendo ahora, cosa que deberías hacer tú también... –murmuró muy tranquila, acariciándome la cabeza y acercándose un poquito más–. Te quedas aquí. Sucedió un inconveniente que debo solucionar. Volveré en unos minutos. Espérame y cuando regrese te llevaré donde está tu hermano para que los dos se queden juntos.

Ni bien terminó de decir estas palabras se fue con el desconocido, dejándome con mi temor, mis dudas y mis propios suspiros de consternación.

No pensaba quedarme ahí solo, con miedo y sin saber nada más de mi hermano, más que unas palabras reconfortantes de que estaba bien. Debía ir a verlo. “¿Dónde estará? ¿Cómo estará? ¿Me extrañará?”, pensaba.

Mamá no me había dicho en qué habitación se encontraba, solo dijo que me llevaría cuando regresara.

Necesitaba encontrar a mi hermano. No me importaba desobedecer a mi madre o pasarme horas descubriendo y palpando cada puerta para saber en qué habitación del palacio estaba.

Me levanté de la cama y salí caminando descalzo con mi pijama blanco bordado de seda fina.

El pasillo estaba tan oscuro como la habitación. Apenas podía distinguir por donde caminaba, palpando con las manos para no chocarme con las cosas.

Los candelabros y las velas que iluminaban el palacio se apagaban durante la noche. Así lo había ordenado mi madre cuando nosotros cumplimos los cuatro años y empezamos a caminar por todas partes. La explicación a eso había sido: “La noche se hizo para dormir. Nadie debe andar deambulando por las noches, está mal y es peligroso. Por eso a las ocho los dos se van a la cama. Todo el palacio queda en una profunda tiniebla desde esa hora”.

Era una vampiresa muy misteriosa. Debía esconder muchísimos secretos.

No sabía a dónde me dirigía. Todo estaba demasiado oscuro. Palpando una pared encontré una perilla de puerta. Sin saber a dónde me metía la abrí y vi frente a mí una ventana abierta de par en par, con las cortinas transparentes y blancas volando como hojas por la fuerte ventisca diurna. Debajo de la ventana abierta había una cama en la que me pareció que

había una persona chiquita durmiendo.

Entré a la habitación sigilosamente, muy despacio, procurando no despertar a quien estaba durmiendo. Ni siquiera el fuerte y helado viento que a mí me estaba haciendo morir de frío parecía molestarla.

Me acerqué a ese bulto sobre las sábanas. El cuerpito no era de alguien mayor a mí. Me pregunté quién sería el que dormía en esa gran habitación, con una ventana soplando ráfagas sobre sí.

Empecé a acariciar su cabeza. Tenía rulos. Pasé las yemas de mis dedos por encima de su piel suave. Palpé sus ojos, su nariz, sus pómulos, su pera.

¡Era Germán! ¡Era Germán el que estaba durmiendo en esa habitación! Todas sus quemaduras habían desaparecido como por arte de magia. ¡Era un milagro! ¡Pero no despertaba!

–¡Germán! ¡Germán!

No despertaba. Parecía como si estuviera muerto, pero no lo estaba.

Los que nacemos con el gen v5, dormiremos durante días cuando llegue el momento de nuestra transformación, mientras nuestros cuerpos se alteran convirtiéndonos en estos nuevos seres vampiros mestizos o sangre azul, herederos.

Germán pronto se convertirá en un fuerte e imponente vampiro sangre azul niño, estimado como la sangre azul más joven de toda la historia, prevalente, el más poderoso, el más sublime heredero al trono. Mientras que yo seré el pequeño príncipe Derick, el débil e indefenso en su imperfecta forma humana y luego semivampiro.

Me espera una vida reducida a mantenerme bajo la sombra y el ala de mi hermano. Mi misión en este mundo se limitará a prestarle mi ayuda; eso será todo.

Esa es la misión de nosotros, los mestizos: ser la mano derecha de nuestros hermanos primogénitos. Cuando se trata del gemelo o del mellizo del sangre azul esto se intensifica, porque, según dice la leyenda, cuando un vampiro sangre azul nace con un hermano múltiple es porque necesita mucho de ese hermano, al punto de que su vida dependa de él.

¡Cielos! ¡Yo soy un desastre! Soy distraído y torpe. Muchos dicen que nunca puedo tomarme nada en serio y tampoco me considero una persona muy inteligente. No sé hacer nada bien y tampoco sé cómo podré

ayudar a Germán.

Cuando él estuvo en peligro, no supe qué hacer más que ponerme muy nervioso y salir corriendo a buscar a mamá. Gracias a mi increíble torpeza caí por las escaleras, di muchas vueltas golpeándome por todas partes. Estuve a punto de morir, pero me salvé milagrosamente porque un ser celestial me rescató, no sé cómo ni por qué.

Y ahora Germán está a salvo, no gracias a mí.

Si no pude manejar esa pequeña situación, si no pude actuar con sensatez y el verlo sufrir me trastorna, salgo corriendo, pierdo el juicio, ¿cómo podré ayudarlo el futuro, cuando se encuentre ante dificultades mayores y su vida realmente esté en peligro, cuando lo ataquen, cuando deba luchar con él por su vida, por el reino y por la familia? ¿Cómo podré cuidarlo si ni siquiera soy capaz de cuidar de mí?

De pronto, una gran angustia se apoderó de mi ser, un nudo se atoró en mi garganta. Quería llorar, pero llorar no serviría de nada y me contuve.

Necesitaba salir al patio, despejarme y pensar. Pensar en todo lo que había pasado. No importaba que fueran las 4 de la mañana, que soplara una ventisca de locos afuera y que la temperatura no superara los dos o tres grados bajo cero.

Yo necesitaba salir, pensar en todo lo que me esperaba, en cómo haría para madurar, para cambiar, para cumplir mi destino de ser el que ayudara a Germán.

Tomé la enorme cobija que sobresalía del borde de la cama y me tapé desde la cabeza hasta los pies, como un poncho. Encorvado y con la cabeza tapada subí a la cama, me paré arriba de la espalda de Germán y comencé a trepar por la ventana ya abierta. Primero un pie, luego el otro, agarrándome de los bordes hacía balances con las manos; miré hacia afuera. Estaba todo oscuro y un viento helado como de un huracán me dio fuerte en la cara. Las orejas me empezaron a doler del frío. La cara y todo mi cuerpo empezaron a congelarse.

Afuera estaba terrible, sin contar el peligro que corría deambulando a esas horas de la noche solo, pues podría aparecer algún canalla que buscara hacerme daño. De todas formas, decidí hacerlo, iba a salir y no me importaba que fuera una locura.

Salté al piso y caí en cuatro patas. Me levanté, me sacudí. Hacía mucho frío y la frazada estaba en la tierra sucia. La levanté y me acurruqué en ella otra vez, apretándola con mucha fuerza, aunque era inútil ya que de

todas formas estaba congelado.

Pisaba descalzo el pasto frío y húmedo. Había escarcha. Comenzaron a congelarse los dedos de mis pies lo que me provocaba dolor. Entonces me senté y me envolví con la frazada como una bolita.

Mis ojos se nublaban, mis orejas ardían de dolor y mis dedos, mis manos y mi cara estaban congelados. Solo podía escuchar el rechinar de mis dientes y el soplo de las ventisca sobre mi cara. Estaba muriéndome de frío. Salir había sido una estupidez. "¿Para qué lo hice?", me preguntaba, pero ni siquiera podía pensar porque estaba entumecido.

Podría haber ido a cualquier lugar del palacio si necesitaba pensar, pero se me ocurrió salir en plena noche, con una ventisca de morirse, con la posibilidad de que alguien pudiera hacerme algo, congelándome... Solo los locos o los estúpidos hacían cosas como esas. Por este tipo de cosas siempre me sale todo mal.

Todo eso no tenía sentido, por lo que decidí regresar a la cama antes de que apareciera mamá y, al comprobar mi ausencia, se enfadara conmigo y tuviera problemas.

En el momento en que me incorporaba vi un bulto negro entre los árboles que se acercaba. Me derribó a una velocidad tal que apenas pude distinguir el lobo extremadamente gigante estrellándome de un zarpazo contra un árbol. Hubiera podido matarme de un solo golpe, mas alguien se interpuso en su camino.

Mi cara chocó de costado sobre la corteza del tronco. Mi rostro y mi cuerpo ardían de dolor. Había sido un golpe tremendo.

Mi nariz sangraba. Me incliné para escupir sangre y pedazos de carne de mi lengua mordida. Apoyé mis palmas temblorosas sobre el suelo y con mucha dificultad me di vuelta ya que mis piernas y rodillas apenas me respondían. Levanté la mirada. Christian estaba frente a mí peleando con un *licántropo* mucho más grande y robusto de lo que alguna vez imaginé que podrían ser. Su apariencia era tan horrible que comencé a temblar despavorido.

Tenía unos diabólicos ojos rojos brillantes como luciérnagas. De la boca le salía abundante y espesa baba blanca fosforescente. Sus patas traseras eran chuecas. De su espalda sobresalía una joroba. Su torso era tan escuálido que también podía ver sus costillas. Las garras enormes y amarillentas se clavaban en la tierra. El pelaje y las orejas presentaban un aspecto sarnoso y de color negro chamuscado. Era simplemente horroroso. Un espanto. Parecía sacado de un cuento de terror.

Christian usaba su poder de telequinesis sobre el *licántropo* y, mirándolo fijamente hacía que se retorciera de dolor como un gusano en el anzuelo, pero la bestia de vez en cuando lograba escabullirse de su tomento defendiéndose con mordiscos o con rasguños que debilitaban a Christian. Finalmente, Christian ganó la batalla fulminando al monstruo en una pelea de menos de cinco minutos, pero que, de todas formas, lo dejó muy exhausto y debilitado.

Christian se arrodilló jadeando. Su traje real estaba rasguñado y roto. La vehemente lucha lo había dejado en harapos, lleno de arañazos, bañado en sangre y golpeado.

Giró su cabeza y me dirigió una mirada de bronca. Se acercó rápidamente gritándome exaltado:

–¡Demonios! ¿Qué haces aquí? ¡¿Eres idiota o que te pasa?!

–No –murmuré con mis brazos sobre la cara tratando de ponerme en posición fetal.

–¡¿Quieres que te maten los *licántropos*?! ¿Eso es lo que quieres, niño tonto y malcriado?

–¡No!

–Entonces ¿qué demonios haces aquí? Tu madre te dijo que no salgas, que te quedes quietecito en la cama. ¡Maldición! Pero que terco eres, parece como si estuvieras buscando que te acontezca alguna tragedia

–Aaay...

Christian me apretó tan fuerte los brazos que empezaron a dolerme mucho.

–¡Me tienes hartos! ¡Problemas y problemas! ¡Es lo único que sabes hacer!

Zarandeé mi cuerpo usando todas mis fuerzas hasta que logré zafarme del ataque de Christian. Ni bien me soltó salí corriendo sin rumbo fijo como si me estuviera persiguiendo una bestia.

Nadie me siguió. Christian me salvó de ese *licántropo*, pero también me puso en peligro permitiendo que huyera corriendo a las 4 de la mañana. Podía impedírmelo, pero me soltó a propósito en el frío y peligroso jardín. Si huía sería culpa mía; después de todo, solo era un pequeño niño asustado.

Pensar que mamá lo había llamado para que la ayudara a cuidar de nosotros. Menudo error. Christian solo sabía cuidar de sus hijos adoptivos.

No confiaba en él. No lo conocía, pero me parecía malo.

Agotado, me tiré de cola al pasto escarchado mojándome los glúteos, las piernas y las manos. Me dolía todo el cuerpo por el golpe que me había dado ese maldito *licántropo*, más el cansancio por correr tanto. Sentía que no podía más.

La adrenalina del susto que me había producido el *licántropo*, Christian y todo lo que corrí me agotaron. No podía pararme y tenía mucho frío.

Deseé no haber salido del palacio ni haber visto ese aterrador monstruo. No podría borrar esa terrorífica imagen de mi mente ni en años.

Mamá siempre nos hablaba de esas bestias horrorosas, pero nunca había creído que fueran tan monstruosas.

Los *licántropos* son los enemigos naturales de los vampiros. Son mucho más numerosos y aborrecibles que sus hijas, las *snefedis*. Mitad lobo, mitad bestias, viven en las selvas y en las profundidades de las cuevas. Se alimentan de cadáveres humanos y animales. Viven escondidos de la humanidad, buscando atacar a nuestra raza para destruirnos y llevarse cautivas a las vampiresas *morois*. Son terriblemente poderosos. Junto con la raza de los *varacolaci*, son las más fuertes de todas las razas de vampiros. Tienen menos agilidad y velocidad que los vampiros de sangre azul y los *strigois*. Con la diferencia de que los sangre azul dominan todos los poderes físicos o síquicos como ninguna otra raza puede hacerlo. La familia de Christian domina los poderes síquicos; la mía, los poderes físicos. Es una capacidad que los pone por encima de todas las razas existentes. Siendo la más poderosa, aun así un sangre azul muy fuerte podría acabar con dos *licántropos* gigantes a la vez y vivir para contarlo, ya que sus poderes funcionan levemente con ellos.

El primer hijo de la familia real Órcelo y Helsinki nació sangre azul. Solo dos son los afortunados en cada generación.

Me levanté cuando vi venir a lo lejos dos bultos semejantes a los lobos, pero mucho más grandes. Se abalanzaron sobre mí en un segundo, cuando algo se puso entre los tres, sacándolos del medio instantáneamente.

Me hice un ovillo sobre el suelo. Estaba débil y sentía pánico. Mi corazón latía muy fuerte y no quería levantar la vista para ver qué era lo que pasaba. Tomé valor y levanté, apenas, mi codo tembloroso. Desde el huequito de mi codo raspado y el piso observé a mi madre con sus palmas abiertas, arrojando al vacío a cada uno de los *licántropos* que se acercaba con solo mover los brazos hacia arriba una y otra vez sin parar. Centenares de *licántropos* corrían a atacarla, pero ella los levantaba al infinito uno por uno. Con su poder, los elevaba en el aire como si fueran

pulgas.

Mis ojos no reconocían lo que veían. ¿Estaría soñando? No podía creer que un vampiro llegara a tener tanto poder.

Christian apenas había logrado derrotar a un *licántropo*. Ella sola, en cambio, parecía capaz de acabar con toda esa especie. Su poder funcionaba perfectamente con todos ellos. Jamás se había visto algo así.

Entendí entonces por qué su nombre era tan estimado por el pueblo sobre todos los demás gobernantes que existieron. Era Sophia Órcelo ¿Qué ocultaba bajo esos poderes sobrenaturales? ¿Cómo podía ser así?

La pelea terminó. Mamá se arrodilló estrechándome entre sus brazos muy fuerte, como si temiera perderme. Yo, en cambio, no me inmuté. Permanecí duro y con los ojos bien abiertos, estupefacto por lo que acababa de presenciar.

–Mi amor, ¿por qué me haces esto? Debías quedarte en la cama, yo iba a volver al rato

Su tono entre preocupado y angustiado me dio a entender lo mucho que la afligía que me encontrara en peligro. La había desobedecido, pero no estaba molesta conmigo. Ella podía ser muy tierna cuando se lo proponía.

No pude contestarle pues seguía en estado de shock, pensando en lo que había pasado.

Mamá giró su cabeza a la derecha, me soltó precipitadamente y fue al encuentro de Christian. Lo empujó y, tomándolo de los codos, lo zamarreó como él lo había hecho conmigo. Comenzó a gritarle:

–¡Idiota! ¡Dejaste que se fuera en vez de llevarlo adentro! ¡Imbécil!
¡Podrían haber matado a mi hijo por tu culpa!

–¡Él es muy desobediente, pequeño y frágil! No hace otra cosa más que causar problemas a ti y a todo en este bendito palacio. ¡Tu mocoso se esta volviendo en un dolor de cabeza y una desgracia para todos!

Ella lo estrelló contra un árbol.

–¡No te permito que hables así de mi chiquito! ¡Vuelve a ponerlo en riesgo otra vez y verás lo que sucede!

Christian frunció la cara y apretó los hombros, como preparándose para recibir una golpiza. Pero algo detuvo a mi madre, giró la cabeza mirando hacia todos lados como buscando algo y frunció la nariz como si percibiera un olor nauseabundo. Algo olía. Su olfato desarrollado mucho más que el

de las otras razas percibía un particular hedor. Lo soltó y ambos empezaron a olisquear el lugar en puntitas de pie con el ceño fruncido, como buscando no llamar la atención de alguien que podría estar escondido, moviendo la cabeza y los ojos en todas las direcciones.

Cuando de repente, Christian saltó sobre mamá gritando:

–¡Las *snefedis*! ¡Volvieron para atacarnos!

En ese preciso momento, mamá giró la cabeza, miró a Christian y, tomándose de la mano derecha desaparecieron como por arte de magia. Nuevamente me quedé solo en este enorme, oscuro y frío jardín.

Mi madre se había ido con Christian. No comprendía cómo hicieron para desaparecer ni me interesaba pensarlo, con todo lo que ya había pasado ese día.

Lo último que le escuché gritar a Christian era que las *snefedis*, nos atacaban.

Las *snefedis*... Mamá también nos había hablado de esas criaturas. Son vampiresas, pero no son de nuestro reino. Engendradas por la unión forzada entre vampiresas *moroi* y *licántropos*. Solo nacen de sexo femenino, al igual que sus primas, las vampiresas *boathsiht*, creadas por la unión entre vampiresas *moroi* y los *varacolacis*. Ambas comparten muchas características.

Pero no son iguales, las vampiresas Boath sit y los vampiros varacolacis sirven a mi madre la reina de Oulu en batalla, son parte del reino de Oulu, sus tribus conformadas por vampiresas Boath sit, vampiros y vampiresas varacolaci y un líder varacolaci con su esposa moroi, forman parte del 80 por ciento de las tropas de mi madre

La única razón de que esta raza pueda existir es que algunos *licántropos* se las rebuscan para lograr capturar vampiresas *moroi*. Ellas, una vez apresadas, son sometidas a la esclavitud sexual por su opresor *licántropo* y obligadas a engendrar vampiresas *snefedis* hasta la muerte. Esas crías son separadas de sus madres al momento de nacer y llevadas al cuidado de la familia, por eso forman parte de la manada. La familia de *licántropos* las adopta y, por supuesto, pelean con ellos como si fueran un hijo más.

Dicen que la belleza de las vampiresas *snefedis* y la de las *boathsith* es deslumbrante. Cuerpos totalmente curvilíneos capaces de hacer desmayar a cualquiera, tostadas o morenas, de abundantes cabelleras rojas o morenas con las que tapan su desnudez. Tienen colmillos al igual que todo vampiro y grandes bocas de labios carnosos; sus ojos son de un color transparente y su alimento es la sangre animal. Poseen alas en la espalda para poder volar. Pueden hacerse invisibles, conjurar hechizos,

además de poseer dos poderes síquicos, heredados de sus madres *moroi*.

Estas vampiresas escasean en número y son mucho más peligrosas que los *licántropos*, pues sus hechizos y sus conjuros pueden hacer desaparecer y aparecer, destruir, matar y hasta cambiar a cualquiera.

¡Uh...! Empecé a sentir mucho miedo de solo pensar que alguna *snefedis* pudiera estar paseándose por ese lugar, planeando atacarme, matarme...

Mi respiración se agitó, comencé a temblar. Miraba hacia todos lados pensando que en algún lugar del jardín debía estar alguna escondida planeando el momento de su ataque.

No me importaba lo sucedido con mamá y con Christian, adónde hubieran ido, si habían desaparecido para protegerme o no. Solo sabía que debía irme de allí en ese momento. Me levanté y corrí hasta la ventana por donde había salido. Me tomé de sus bordes con ambas manos, apoyé la punta de mis pies y me preparé para saltar hacia adentro para poner fin a esa extraña y peligrosa aventura. Entonces sentí dos brazos que me envolvían por detrás, arrastrándome hacia el fondo. Traté de defenderme, gritando y pataleando, pero era inútil; mis brazos estaban fuertemente sujetos contra los de mi opresor, que también me tapó la boca impidiéndome gritar. Mis chillidos y mis patadas no sirvieron de nada. Comencé a desesperarme. Me sentí desvanecer.

Abrí los ojos. ¡Oh, no! ¡Siempre lo mismo! Caí por las escaleras, me golpearon contra un árbol, trataron de asesinarme. Ataron mis muñecas a una columna blanca de mármol de estilo medieval. “¿Qué otras desgracias más le podrían acontecer al pobre y desahuciado Derick? ¿Qué sigue?”, pensé.

La habitación donde me encontraba también era toda blanca como la nieve de invierno. Carecía de ventanas y de puertas. Era exactamente igual a la habitación que había soñado, solo que estaba vacía; no había espejos ni se encontraba en ella ninguna persona.

Me llamó la atención. ¿Podía ser que todo tuviera relación con mi sueño? Pensándolo bien, lo que me había sucedido esos últimos dos días era tan extraño y loco que ya no sabía qué pensar al respecto.

Observé a mí alrededor tratando de desatarme usando la fuerza de mis brazos, pero no lo conseguía. ¿Quién me había atado a esa columna? ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado allí?

Entre forcejeos y gritos guturales, un rostro femenino, emergió de la nada, tan cerca de mí que casi sentía el roce de su nariz contra la mía. Tanta belleza era propia solo de los dioses. Esa sonrisa sutil de labios carnosos, más rojos que la sangre, no expresaba nada. Los hermosos ojos

almendrados eran del color de los manantiales, estaban clavados en los míos, como exigiendo una explicación de algo que yo desconocía.

Exhalé un suspiro y mis ojos se ensancharon revelando mi susto. Ella levantó las comisuras de sus labios y lentamente retrocedió. Logré observar todo su cuerpo. ¡Oh, por Dios, era una *snefedis*! A eso se debía tanta belleza.

Me sentía turbado. Zarandee mis brazos e incliné mi cuerpo. Con todas mis fuerzas comencé a gritar y a llorar desesperado.

–¡Maaamááá, maaamááá, maaamááá, maaamááá!

–¡Calla! Tu madre no puede oírte.

Ella se dio vuelta dejando ver todo el esplendor de sus espeluznantes alas de murciélago, su cuerpo femenino y escultural tapado solo por una abundante cabellera ondulada y roja como el fuego le llegaba hasta los pies en unos graciosos rizos.

Dejó de moverme por unos instantes. Sentí mi corazón en la garganta junto a una angustia que me desgarraba el alma. Entonces, entre la blancura de las paredes, emergió un enorme lobo, un *licántropo*, caminando en cuatro patas hacia el otro extremo de la habitación. La deformidad de su aspecto me aterró y se acrecentó el pánico que sentía.

Este superaba lo horroroso de los otros *licántropos* que había visto. Su cara y su cuerpo eran deformes.

Se detuvo a unos metros de distancia, giró su cabeza y me observó con esos ojos rojos brillantes de párpados caídos muy separados uno del otro, desproporcionados y deformes. Yo dudaba que con ellos pudiera ver.

Colgajos de carne roja le caían por los lados de su rostro. Su cuerpo estaba desecho y la mandíbula dejaba al descubierto los colmillos amarillentos y rotos repletos de baba y de sangre por la falta de labios. Su nariz, su pelo y sus orejas estaban cortadas. Todo su ser parecía que había sido pasado por el fuego y por la muerte. Parecía el mismo Satanás.

El pánico se apoderó de mí por completo. Grité desesperado, pero a nadie le importaba y seguí gritando y pataleando mientras esa enorme bestia venía hacia mí. Entonces rompí en llanto. Caí gritando, rendido. Solo pensaba en mi madre, en lo mucho que desearía que ella estuviera allí. Hubiera dado cualquier cosa por tenerla devuelta en ese momento; ella era la única que podía salvarme. Todo lo demás ya no importaba.

–¡Ja, ja, ja, ja! –se rio el monstruo con una carcajada que retumbó en las paredes–. ¿Este pequeño niño será el salvador de toda su raza, el exterminador de nuestra generación con sus propias manos? Debe ser un chiste, ¿no, Zira?

–Por ahora es un pequeño niño humano e indefenso, pero cuando se transforme y crezca, será el vampiro más fuerte y poderoso de todos y logrará cosas que ni su madre se atrevería a pensar –respondió Zira, cruzada de brazos y mirándome de costado, como si fuera una amenaza.

–¿Qué? –respondí perplejo.

–Son tantas las cosas que tu madre te ha ocultado, que no conoces acerca de mi mediahermana Sophia, como el extraño origen de tu hermano y el tuyo –dijo, esbozando una sonrisa con sus ojos clavados en mí.

Dejé caer la mandíbula atónito. No lograba entender por qué me decían estas cosas? Germán quizás salvaría a nuestra raza, pues era el heredero, no yo. Comenzó a aproximarse con los brazos cruzados y una actitud frívola.

–No es pura casualidad genética ese parecido físico al de mi hermana –agregó arrodillada frente a mí, observándome fijamente.

Mi parecido a mi madre era impresionante, lo que consideraba algo natural dado que soy su hijo, pero... ¿por qué la llamaba “mi hermana”?, ¿acaso era mi tía?

Y esos ojos... esos ojos violetas, púrpuras brillantes... imposibles en cualquier otro vampiro...

–Seguro no entiendes ni una palabra de todo lo que estoy parloteando. No te preocupes, sobrino, dicen que todas las preguntas se responden cuando mueres –dijo mirando al horizonte, esbozando nuevamente una sonrisa de satisfacción–. Debo decir que nos hiciste todo el trabajo mucho más fácil, ya que no hubiéramos podido atraparte de no haber sido porque desobedeciste a tu madre escapándote del palacio.

Me dio una puntada en el pecho. Tenía razón. Todo era mi culpa; siempre fue mi culpa. Había caído por las escaleras y casi muero, gracias a mi propia torpeza y mi falta de autocontrol.

En ese momento estaba allí por haberme escapado al jardín, sin razón, ignorando lo peligroso que era... Por jugar con fuego busqué mi propia muerte, por ser tan torpe y estúpido. Christian tenía razón. Yo era una desgracia.

Bajé la cabeza, lloriqueando.

–Sí, mi niño, así es... –murmuró tranquila sentada sobre una pared–. Es tu culpa. Sacrificamos la mitad de nuestras manadas, una parte viniendo aquí y otra por vengarnos de Sophia. Solo para acabar con el que estaba destinado a terminar con nosotros no hubiéramos tomado semejante riesgo de no saber que el heredero es lo suficientemente estúpido como para dejarnos el trabajo servido en bandeja de oro. Puede que seas muy similar a tu madre físicamente, pero por dentro tienes la misma debilidad, la falta de inteligencia y la torpeza que encuentro en cualquier humano. Seguro tu padre era así. Hijo de un humano, jamás hubieras podido ser un buen rey para tu pueblo.

“¿De qué estaban hablando?”, me pregunté. No era a mí a quien buscaban.

–Yo no soy el heredero, se equivocan. A quien buscan es a Germán, no a mí.

–No, pequeño, nosotros jamás cometeríamos semejante error. Es a ti a quien buscamos, al príncipe Frederick. Tú eres el heredero, no Germán.

Abrí los ojos como platos. “Entonces soy yo”, pensé.

–No perdamos más tiempo con palabrería vana. Hemos desperdiciado demasiado tiempo valioso.

La *snefedis* dio una gran risotada diabólica mostrando sus enormes y afilados colmillos blancos. Acto seguido, el *licántropo* deforme que siempre se mantuvo detrás de ella saltó encima de mí.

Hubiera muerto en ese momento, pero otro suceso sobrenatural me rescató. Una energía extraña detuvo el ataque. Al segundo siguiente extendí mis manos sujetando los colmillos del monstruo que rodeaban mi cabeza y mi cuello. Una sensación de adrenalina invadió todo mi pequeño cuerpo, mis músculos se tensaron, mis dientes se alargaron afinándose en la punta y de mis encías empezó a salir un líquido espeso como de sangre con plasma.

Volteé al *licántropo* de cabeza al suelo con una zancada y extendiendo mis brazos rompí su mandíbula en dos partes, todo en menos de cinco segundos. Entonces advertí que ya no era el mismo.

De repente estaba parado en cuatro patas sobre el cadáver de un *licántropo*, sin un solo rasguño y mostrando los colmillos en una mueca de rugido, dueño de una fuerza monstruosa, desconocida hasta ese

momento.

Acabar con Zira fue un poquito más difícil, pues ella se teletransportaba de un lugar a otro tratando de escapar. Cada dos segundos, pasando de Europa al Polo Sur, de allí a África, y así pasamos por ocho lugares distintos hasta que la atrapé en las profundidades del Océano Atlántico. Adherí mis dientes a su cuello como una sanguijuela, chupé su sangre mientras ella chillaba y se retorció del dolor y de la desesperación y, al romperle el cuello, murió.

Parecía que todo era una ilusión producto de una mente enferma.

Aparecí en el jardín principal, a unos metros de distancia estaban mamá y Christian parados uno al lado del otro. Ya no luchaban contra los *licántropos*, solo me observaban paralizados, atónitos, con la boca abierta. Ninguno me dirigió la palabra.

En los hermosos ojos grises de mi madre vi reflejado un niño de rizos tan rubios como el oro en posición de defensa, preparado para atacar en cualquier momento. Sus ojos eran de un violeta tan brillante como el sol, como faroles en el medio de la oscuridad. Su boca abierta dejaba ver unos colmillos afilados repletos de un líquido azul que caía al suelo constantemente. Ese niño estaba muerto de miedo, más asustado que una libre. La criatura que distinguí en esos ojos ya no era más un inocente niño, sino un depredador sediento de sangre, de venganza, de muerte, listo para atacar.

Ella se acercó despacio, dando pasos lentos, cortos. Empezó a extender su brazo derecho como para tocarme, pero su pie tropezó haciendo chasquear una hoja. Yo, como un gato asustado, salí corriendo. Pasé por Hungría, por Austria y por Alemania hasta llegar a los mares de Bélgica. En cuatro horas había anochecido. La costa no me dejó seguir y traté de rodearla, cuando una mano femenina sujetó mi muñeca obligándome a voltear a su lado de un tirón. La tensión de su mano en mi muñeca revelaba su inmensa furia.

El agua helada me llegaba hasta la cintura, a ella apenas hasta la rodilla. La noche en Bélgica era todavía más fría que en Rumania. Lloviznaba y estaba tan nublado que apenas podía distinguir a mi madre. Ambos teníamos mucho frío. Yo temblaba, pero no me estaba congelando como cuando era humano.

—¡Basta! —gritó.

—¡No! ¡Me escaparé! Me iré a un lugar donde no puedas encontrarme ni tú ni nadie. ¡No quiero estar aquí!

–Te entiendo, estás asustado, pero déjame cuidarte. Recuerda que esto no hubiera pasado si no me hubieras desobedecido, Derick.

La miré de reojo. Ella solo me llama Frederick cuando estaba molesta o cuando me ordenaba algo que debía cumplir para que no se enojara. Pero esa vez solo me llamó “Derick”. Eso significaba que todo estaba bien, que no estaba enfadada y que podríamos conversar.

–¡Una madre no mataría al padre de sus hijos!

Me libré de sus brazos. Mirándola a la cara con todo el dolor del mundo, le pregunté:

–¿Por qué? –me quebré y rompí a llorar–. Yo quería encontrarlo, conocerlo. Yo necesitaba a papá... y tú lo dejaste morir ¿Cómo pudiste hacerme eso?

Bajé la cabeza inclinándome, casi rozando mi nariz con el agua. Mis lágrimas caían haciéndose parte del mar.

Mi madre enmudeció por unos segundos. Imaginé que no esperaba que lo supiera, que para ella resultaban pasmosas mis palabras como para mí lastimosas.

–¿Cómo lo supiste? –preguntó perturbada–. ¡¿Quién te lo dijo?! –gritó intranquila.

–Los escuché a ti y a Christian discutiendo la noche que llegó al palacio. Escuché cuando él te dijo que no tenías que casarte con Gabriel para que Germán y yo naciéramos, que podrías haber seguido casada con él para que yo jamás tuviera curiosidad sobre mi padre, porque siempre creería que Christian era mi padre –la congoja desfiguraba mi cara en una mueca de sufrimiento, una opresión invadió mi pecho aumentando con cada recuerdo y con cada palabra que salía de mi boca–. Tú le dijiste que el fin justifica los medios, también dijiste que nunca nos dirías quién fue en realidad nuestro padre ¿cómo pudiste mamá?... –la congoja me provocaba dolor en la garganta impidiéndome hablar–. Luego... le dijiste que lo lamentabas, que Gabriel fue tu instrumento, que lo mataste antes de que se sepa...

Mamá guardó silencio. Mis ojos, cansados de tanto llorar, se achicharon. Mi corazón estaba destruido después de las muchas decepciones sufridas. Sentía que ya no tenía nada dentro del pecho.

–Mi amor, lamento que haya tenido que ser así –murmuró y, rodeándome con sus brazos, me elevó y entrecruzó mis piernas en su tórax, alzándome como cuando era más niño–, pero entiende que no había otra opción. Si Gabriel no moría y los vampiros se enteraban de que el padre de mis hijos

no era quien había afirmado ser, sino un humano, nos matarían a mí, a él, a Germán y a ti. ¿Sabes cuál es el mayor decreto de los vampiros, ese que nadie, ni siquiera la reina más poderosa y maravillosa que exista podrá anular? El que ningún vampiro establecerá contacto ni lazos de amistad y mucho menos mantendrá un romance con humanos. Caso contrario, la pena es la muerte, sea cual fuere su condición. Se lo ejecutará, sin excepciones. Nunca, nadie, sea quien sea, podrá cambiar esa ley. Es imposible.

–Pero... ¿por qué tuviste hijos con un humano? ¡¿Para matarlo luego?!

–Desearía explicarte las razones que me llevaron a hacer lo que hice –murmuró con una voz tan dulce como tranquila–. Si tú me dejas...

Mamá me apretó muy fuerte y yo también la estrujé con mis brazos sintiendo su cuerpo y mi corazón al lado del suyo. Cerré los ojos. Empezó a caminar y salimos del agua con la ropa empapada. Tenía mucho frío, pero igual me sentía tan bien y tan cómodo en sus brazos...

Se detuvo en un pequeño matorral que había frente al mar, lleno de ramas, árboles caídos, verdín, enredaderas y muchos insectos y me bajó. Nos sentamos frente a frente en el tronco de un árbol caído, lleno de verdín.

–Me casé con Christian en 1885, a la edad de treinta años humanos. Mi madre y tu abuela desaparecieron cuando yo era una pequeña de apenas doce años, se dice que a manos de las manadas *licántropas*. Mi padre era entonces de edad avanzada, pero eso no viene al caso... Él me dejó el reino a la edad de diecinueve años; el padre de Christian se lo entregó a los veintiocho. Yo llevaba muchos años de reinado. Sola reduje los ataques *licántropos* a un nivel mínimo, cosas que nadie había logrado...

Dejó de hablar. Hamacándose un poquito miró la nada, como recordando.

–Nuestro casamiento pretendía ser el inicio de una nueva era. Jamás se habían juntado dos vampiros sangre azul en matrimonio y el fruto de esa unión desembocaría en un heredero que sería poseedor de los poderes de ambas familias, síquicos, físicos; una fuerza, una inteligencia y una habilidad titánica. Tendría tanto poder que sería capaz de terminar con toda la población de *licántropos* y de *snefedis* del mundo y así los vampiros podrían alcanzar la paz siendo libres al fin de sus ataques. El 20 de diciembre de 1889 nació Ladislao. Era el niño más hermoso que vi en mi vida; su piel tan suavecita era blanca y delicada como porcelana, su pelo negro tan suave. Y esos ojos, esos encantadores ojos grises, como los míos, me derretían. Era como su padre, pero aún más hermoso que Christian. Él era mi debilidad... –se quedó unos segundos tildada, con la mirada embobada–. Falleció de muerte súbita a los dos años. Quedé devastada, Christian también. Por eso, él trató de quitarse la vida tantas

veces... Todos estábamos destruidos. Lo peor era que, sin un heredero a la corona vampiro de raza sangre azul, nuestra especie se extinguiría a manos de los *licántropos*, así que solo nos quedaba esperar nuestra ruina. Pero yo no iba a darme por vencida y durante veinte años me interné en una cabaña desolada, en Rusia, alejada de todo. Busqué la manera de hacer nacer un segundo sangre azul y, analizando mi ADN, descubrí que las capacidades de nuestra raza se pueden potenciar mediante unir los lazos sangineos. Nuestra raza descende de dos humanos que se transformaron porque poseían en su interior un gen que les dio las cualidades que ahora poseemos, el gen v5 que nos hace vampiros sangre azul. Lo que yo necesitaba era un descendiente directo de Jacqueline, la primera vampiresa sangre azul con poderes físicos. Encontré a Gabriel, un príncipe alemán de dieciocho años, el único descendiente de Jacqueline en el mundo. Tenía el ADN ideal para cumplir mi plan. Me casé a escondidas y encerre en la torre mas alta del palacio alejado de todo contacto de persona alguna, solo permiti que lo visiten, por un corto periodo de tiempo, hasta que tu y German cumplieron tres años . Nadie supo cómo me las arreglé para hacer nacer otro sangre azul, pero tu ADN decía que lo eras, solo había un problema... tu ADN y el de Germán eran transgénicos, no eran un ADN normal... –inclinándose se mojó los labios y suspiró–. Que tú hayas nacido sangre azul hubiera sido imposible de todas maneras si yo no modificaba tu genoma desde el laboratorio incorporándote una versión aumentada del gen v5. Lo que les hice les traerá grandes complicaciones en el futuro, más a ti, por ser el que nació en tu condición de sangre azul, pero eso debo contártelo luego, cuando cumplas catorce años. Te he revelado toda la verdad. Ahora no te oculto nada. Está en ti perdonarme o no.

Me incliné hacia atrás, apoyando la mano en mi frente, suspirando. Traté de pensar, de asimilar toda esa nueva información. Descubrir que había tenido un hermano que murió y que ella había estado casada con Christian... cosas que jamás hubiera sospechado de mi madre. Mi ADN y el de Germán tenían modificaciones genéticas que nos provocarían complicaciones en el futuro. Claro... a eso se debía seguramente mi color de ojos...

Ahora todo lo dicho por aquella *snefedis* tenía sentido. No podía negar el gran amor y la valentía de mi madre al internarse veinte años en una cabaña en ruinas; luego, encontrar al humano perfecto para que a través de él pudiera nacer otro hijo sangre azul para tomar el lugar del niño que había perdido y así lograr salvarnos.

Levanté la cara posando mis ojos tranquilos en los de ella. Me miró mordiéndose los labios, deseando que la perdonara. Todos los argumentos que tenía para odiar a mi madre habían desaparecido ante su mirada llena de amor por mí.

No tenía nada en su contra.

Arrugué la frente y, con voz casi llorosa, gimoteé:

–Mamá... te amo.

Me abrazó muy fuerte, envolviéndome con sus brazos. Pude sentir su respiración en mi oreja.

–Yo te amo mucho más, hijo. Te amo. Daría todo por protegerte, porque seas feliz. Eres lo que más amo en la vida. Perdóname, perdóname si algún día te hago daño –susurró en mi oído con voz llorosa y suplicante.

Y así fue como todo el resentimiento que guardaba y las cosas que me pasaban desaparecieron en ese abrazo.

Valoré que ella abriera su corazón para contarme su historia, así podríamos seguir nuestras vidas en armonía, paz y amor como siempre fue.

Segunda Parte

Después de un tiempo aprenderás que el sol quema si te expones demasiado.

Aceptaras incluso que las personas buenas podrán herirte alguna vez y necesitarás perdonarlas.

Aprenderás que hablar pude aliviar los dolores del alma... descubrirás que lleva años construir confianza y apenas unos segundos destruirla y que tú también podrás hacer cosas de las que te arrepentirás el resto de tu vida.

William Shakespeare

4. A través de sus ojos

Al día siguiente de lo sucedido, decidí olvidarme de todo e ir a ver a Germán.

Mamá no se encontraba para acompañarme. Estaba ocupada con los asuntos del reino. Una súbdita me acompañó hasta su recámara.

Entré y vi a mi hermano sentado en la cama con un libro entre sus piernas. Ya se encontraba bien, en perfecto estado, pero convertido en un medio vampiro, un mestizo. Yo era un vampiro sangre azul precoz a la edad de solo once años. Ni bien ingresé levantó la vista, me sonrió y me

observó risueño.

Me asusté al comprobar que podía leer sus pensamientos mirándolo a los ojos. Sabía que iba a venir a esta hora. En el camino desde mi habitación hasta la suya, pensé: "¿Por qué mi transformación fue de golpe, casi como forzada por la situación, cuando no debería haber sido así? ¿Esa sería una parte de las modificaciones genéticas que llevaba dentro? ¿Qué otras cosas podían conllevar ser así?".

–Derick, tranquilo... –me dijo serio–. Sé lo que piensas. Estás consternado por el modo en el que te transformaste. Debo decirte que no fue por tu voluntad... El espíritu de papá desencadenó tu transformación para que te salves.

Lo miré fijo con la boca abierta. Pensé que lo que me había dicho era broma, pero lo descarté. No lo era.

–¿Qué? –pregunté con cara de asustado y confundido–. Hum... –me rasqué la cabeza en señal de nerviosismo meditando mis próximas palabras–. Primero, ¿cómo sabías que me preocupaba la manera en la que me transformé...? Ni siquiera miraste mis ojos. Y, segundo, ¿qué dijiste...?, ¿qué papá qué...?

Germán movió la cabeza para un costado mirándome con aire de arrogancia, emitió una risita pícaro seguida de una risotada un tanto altanera.

–Primero, desde ayer puedo leer los pensamientos de las personas, no necesariamente mirando a los ojos y, segundo, anoche soñé con papá y vi cómo se metía dentro de ti provocando esa transformación de humano en vampiro para que pudieras salvar tu vida. Él jamás se fue de tu lado. Desde que murió te acompaña a todas partes procurando que estés bien y me dijo que lo seguirá haciéndolo hasta que seas mayor. Él fue quien te volvió a la vida cuando caíste por las escaleras.

Abrí más los ojos y la boca, aún más pasmado, totalmente aterrorizado, confundido, atónito. ¿Cómo podía ser que de repente Germán se convirtiera en todo un sabio de la noche a la mañana? Ya no preguntaba por mamá cada cinco segundos y me miraba con desdén. Parecía una persona madura y llena de paz. En sus ojos solo había tranquilidad.

Supo con exactitud lo que me acontecía: la muerte me perseguía queriendo atraparme y fue nuestro padre quien siempre me había salvado. Ese era mi ángel.

Me dirigí hacia la jarra con agua para tomar un poco, cuando recordé que ya era un vampiro y que el agua, como cualquier bebida o comestible, me

harían vomitar y me detuve.

Suspirando, acerqué una silla a su cama y me senté frente a él, pero con la mirada baja, para no verlo a los ojos.

–¿Tan asustado estás? –preguntó.

Despacio fui posando los ojos en su cara, mirándolo alarmado. No estaba asustado exactamente, pero él no parecía tomar conciencia de lo que pasaba.

–No es que me asuste, Germán... –desvié los ojos–, es que estas cosas que están sucediendo no son normales y no entiendo cómo puedes tomarlas tan a la ligera –hice una pausa–. No es posible que puedas leer las mentes, ese poder solo lo tienen unos pocos *vampiros morois* afortunados y los vampiros sangre azul de la casa de Helsinki. Y tú... se supone no eres de sangre azul ni de la casa de Helsinki... Eres un mestizo... pero supiste con solo verme pasar por esa puerta todo lo que me preocupaba y resolviste en un minuto el conflicto que yo llevaba con mi progenitor, pues no sabía si esa persona que soñé y que me salvó la vida cuando caí por las escaleras era él, o un ángel, o qué cosa... Mírate, estás ahí acostado, tan tranquilo, no eres el mocoso que conocí corriendo a las faldas de mamá... Cambiaste demasiado, Germán.

Seguí mirándolo fijo con expresiones de terror y de decepción en mi rostro. Ese no era mi hermano, el que yo conocía. Había cambiado demasiado en un día y aún no sabía si me gustaba o no el nuevo Germán.

–Lo siento, Frederick, pero ya no soy un humano como antes. Ahora soy un medio vampiro, un mestizo y tú eres un vampiro. Debemos aprender a vivir como tales... Nada será normal ahora y no pasarán ni dos días hasta que te des cuenta de cuánto has cambiado también. Los humanos cambian con el tiempo y con los hechos que les acontecen a sus vidas. En nosotros, ese cambio es más radical...

Meneé la cabeza positivamente, aún con cara de susto.

–Ah... y otra cosa más... Puedo leer las mentes. Puedo leerlas incluso a kilómetros de distancia, solo pensando en la persona. Christian puede leer las mentes de los vampiros en ocasiones; a mamá solo pudo leérsela una vez. Con algunos *morois* pasa lo mismo. Solo en mí funciona al cien por ciento.

–¿Te das cuenta de que no somos un sangre azul y un mestizo normales? Tenemos modificaciones genéticas, toleramos acontecimientos en nuestro ser totalmente atípicos en cualquier semi vampiro y vampiro sangre azul y

nuestro padre es humano.

Germán me amarró del cuello poniendo su axila en mi nuca.

–Nunca más repitas eso en voz alta, ¿entendiste? –me dijo al oído, mientras me seguía apretando.

Traté de no hacer ningún movimiento para no lastimarlo, pues todavía no era capaz de controlar mi terrible fuerza.

–Si te llegan a escuchar nos matarán a todos... –dijo frunciendo el ceño–. No puedo saber las complicaciones que esto nos traerá en el futuro, más a ti que a mí. Mamá puso una barrera en su mente para que yo no pueda leérsela.

Abrí los ojos y levanté los hombros admirado.

–¿Cómo puede? Su poder es alucinante.

–Ella tiene mucho más poder e inteligencia del que podamos imaginar, Derick. Se las arregló para engañar al pueblo y para procrear un segundo sangre azul... Es tan inteligente y tiene muchísimo poder.

Bajé la mirada. No podía sacarme de la cabeza la imagen de mamá luchando contra esos millones de *licántropos* con tanta valentía, poder y gloria. Era fabulosa.

–¡Guau! ¡Cómo desearía poder ser como ella, tan valiente y tan poderoso!

–Siempre creí que tú ibas a ser tú el heredero al trono. Pensar que podría ser yo... –se me escapó una risotada– me parecía ridículo e imposible.

Germán alzó las cejas.

–Yo creo que era evidente –me miró a los ojos con seguridad–. Quien más se parezca a mamá, quien presente más pruebas visibles y tenga mutaciones genéticas. Eres como un diamante en bruto, solo que ahora no lo ves, pero ya lo verás... Las dificultades y los defectos no importan. Todos los tenemos. También tienes una vida entera para mejorar lo que haya que cambiar.

Solo iba a decir que, además de torpe, distraído y poco inteligente, no tengo personalidad de príncipe, pero seguro que lo estaría leyendo en mi mente y en ese momento se sentía perturbado por mis pensamientos.

“¿Qué hubiera pasado si Germán hubiera sido el que nació sangre azul?

Que Germán fuera el heredero hubiera tenido más sentido”, pensé.

No cero ser un buen rey y, además, ni siquiera sé si tengo deseos de serlo algún día. Había vivido con la idea de que ese puesto le correspondería a Germán.

Empecé a sentir cómo mi hermano se molestaba y se frustraba por mis pensamientos tan pesimistas y eso me asustó. No solo podía leer su mente mirándolo a los ojos, sino que también podía sentir sus estados de ánimo.

Germán había deseado ser rey y, al igual que yo, pensó que lo sería. Pero jamás jugó con la idea de ser mejor que yo, ver cómo me auto saboteara creyendo que no merecía el privilegio de ser rey. Eso lo molestaba mucho.

Cambié mis pensamientos y Germán modificó su estado de ánimo algo incómodo y apático por uno un poco mejor, haciéndome una sonrisa penosa, como para cortar tensiones. Se inclinó y me interrogó:

–¿Te preguntas lo mismo que yo? ¿De dónde viene esta conexión?

–¿No lo sabes?

Apretando los labios y mirándome fijo a los ojos meneó la cabeza.

–No... ¿Podría ser nuestro secreto?

Tomé su mano con fuerza y me acerqué a él. En voz baja, le dije:

–Sí –puse mi otra mano arriba de la suya y, sin dejar de mirarnos a los ojos, me acerqué más–. Es nuestro secreto.

Germán sonrió tirándose en mis brazos. Lo abracé con todas mis fuerzas. Ya no solo era mi hermano y mi compañero. Había una conexión, un vínculo espiritual y mental muy fuerte que nos unía todavía más. No podíamos comprenderlo, pero sería nuestro mayor secreto.

Como predijo Germán, mi vida cambió desde el día en que me convertí en vampiro. La nueva comida no era lo mismo. La sangre de los venados que cazaba con mamá me tranquilizaban por dentro, pero también me generaba la adicción de tener que salir a cazar uno cada dos días y a la misma hora. Ya no sentía de deseos de comportarme mal todo el tiempo. Me quedaba calmado y quieto; era muy extraño. No entendía qué me había pasado.

Pero los verdaderos cambios no llegaron sino hasta la semana siguiente, cuando comencé a entrenarme con mi madre en el arte de los poderes

físicos, dos o tres horas después de mis lecciones. Eso se tornó bastante pesado para mí después de un tiempo, pues mi madre era muy exigente y yo salía de estudiar cansado.

Luego de un par de meses, ni bien cumplí los doce, comencé a entrarme con Christian en el arte de los poderes síquicos una hora después de cenar.

Terminaba el día cansado, totalmente exhausto. No solo debía iniciarme en el entrenamiento a una edad demasiado temprana, sino que a mis doce años estaba haciendo las cosas que un vampiro sangre azul normal hacía a los dieciocho. Era un peso demasiado grande sobre mis espaldas.

Lo único positivo fue que, desde entonces, comencé a ver a Christian con otros ojos. Me di cuenta de que en realidad es una increíble persona. Sabía tanto sobre la psiquis humana y sobre la de los vampiros, control mental, filosofía. La manera en que exponía sus poderes, mucho más sofisticado que mi madre, más paciente, exigente, pero no tirano. Como maestro era espectacular, como si hubiera nacido para eso. Como persona, excelente.

Ahora no me desagradaba Christian, todo lo contrario. Nos hicimos buenos amigos y empezamos a pasar bastante tiempo juntos. Para mí era casi como el padre que no había podido tener.

En ese tiempo también conocí a su hijo adoptivo, Luciano, a quien familiarmente le llamábamos Lucio, como a mí me llaman Derick y no Frederick, mi nombre de pila. Era un *strigoi* un año y medio mayor que nosotros. Al principio se mostraba como un muchacho tímido, temeroso y retraído. Con el tiempo, primero se hizo muy amigo de Germán, capaz porque veía en él un apoyo; después también entabló amistad conmigo. Los tres llegamos a ser inseparables. Él nos reveló muchas cosas terribles de su pasado, hechos que nunca le había contado a nadie. Entonces comprendimos por qué era tan tímido.

Cuando tenía nueve años y su hermana unos días de nacida, un *strigoi* los atacó en una calle de Gran Bretaña, decapitó a sus padres y lo transformó a él, que era humano, en un *strigoi*. Luego de eso vivieron tres meses como vagabundos en la calle, con hambre y con frío, hasta que Christian los encontró. Él los llevó al palacio y los cuidó. Estaban solos, pues el resto de sus familiares se habían desentendido de ellos. Christian los amó como a sus propios hijos e, incluso, los adoptó legalmente para que pudieran tener todos los privilegios correspondientes a los hijos de un rey.

—De no ser por Christian, mi hermana y yo estaríamos muertos. No queremos que Milagros sufra las consecuencias de un pasado tan duro, con Christian. Creemos que la mejor opción es que viva creyendo que

somos adoptados y nada más. Ella nunca puede saber que en realidad Christian es nuestro tío.

Dejando ver su madurez terminó de relatar la historia triste y desgarradora de lo que sufrieron y pasaron él y hermana. Se nos rompió el corazón y el alma se nos caía al suelo cuando escuchábamos pasmados por lo que habían pasado siendo tan pequeños.

Seguí entrenando y desarrollando todo mi poder y mi capacidad. A los trece años poseía la fuerza y el poder que mi madre había tenido a los dieciséis y que cualquier vampiro sangre azul normal alcanzaba a los dieciocho. La noticia de mi fuerza y de mi poder se corría y así aumentaba mi buena fama entre los vampiros y hacía temblar a los *licántropos*.

Solo había un problema: no sabía controlarlos. Para asimilar la técnica era malísimo. Me faltaban muchísima disciplina, paciencia, control y dominio propio. En mis movimientos era torpe. No importaba cuántas veces me dijeran a los gritos o cuantas veces me mostrara Christian con paciencia cómo hacerlo. El verdadero desafío no era sacar todo el potencial que había en mí, sino hacerme una persona disciplinada. Asimilar la técnica no era nada fácil y muchas veces me tomaba el entrenamiento a la ligera, no como algo serio. Ese era el problema.

Así pasó el tiempo. Germán y yo cumplimos catorce años y decidimos festejarlo en grande. No teníamos muchos amigos porque no salíamos nunca del palacio. A veces podíamos vernos con los hijos y con los sobrinos de los representantes de las razas *moroi* y *strigoi* que, de vez en cuando, nos visitaban para charlar.

Entre ellos, mi hermano Germán decidió invitar a las sobrinas de los representantes *moroi*, Lucía, Keila, Riley y su hija Clara, que había vuelto de su viaje a España hacía un año.

La recordaba. Había sido mi amiga hasta que su padre decidió llevarla un tiempo a España, misión que le encomendó Christian... Podría haberla llamado y así seguir en contacto con ella, pero había decidido aprovechar la oportunidad para distanciarme. Suena malo y egoísta, pero el problema radicaba en que Clara era demasiado parecida físicamente y mucho más en su interior a la niña que había soñado una vez, dos años y medio atrás. La diferencia más notable es que Clara tiene ojos color miel y la damita de mis sueños celestes, como el mar; pero nada más. Desde entonces, recordaba a esa niña de mis sueños cada vez que veía a Clara, porque pensaba que era ella.

Eso me perturbaba. Sospechaba estar enamorándome poco a poco de Clara. Trataba de frenar lo que sentía, pero parecía más fuerte que yo y me estaba volviendo loco. Debía cortar esa amistad, pero ¿cómo decirle a una amiga que quieres mucho que ya no puedes verla más? No podía. El

hecho de que se alejara fue mi oportunidad para cortar por lo sano con todo aquello

Pero verla después de dos años y medio me hacía dudar sobre qué pensaría ella de mi descuido y de mi abandono. ¿Qué pasaría al volver a verla? Eso me ponía muy nervioso. No pude dormir tres noches seguidas. Todos me notaban raro.

Nadie sabía el motivo de mis desvelos, excepto mi hermano, a quien no le importaba mi inquietud y había decidido invitarla de todos modos.

Temía que pudiera pasar lo peor si volvía a verla... Sentía miedo de enamorarme.

5. El hechizo

Empezó la fiesta de cumpleaños, en el salón real destinado a esos eventos, al ser el único que daba al más bello de los cinco jardines del palacio.

A las 9 de la noche llegaron nuestros pocos parientes, a los que no conocíamos: Melisa, tía de mamá y madre de Christian; Ariadna, hermana de Christian, y su esposo Jasón.

Me quedé con Christian y con Lucio en un rincón del salón, mientras mi hermano estaba con mamá y el resto de la familia.

Oír los discursos filosóficos de Christian acerca de la virtud, la razón y otras cuestiones, podía llegar a ser interesante, era digno de admiración la pasión con la que tocaba esos temas, de los que él sabía tanto, pero en otras ocasiones podía resultar cansador, especialmente tratándose de dos adolescentes de catorce y quince años. Hacía media hora que estaba hablando. En nuestras caras se veía el hastío. Cualquiera podría darse cuenta de nuestra embolia menos Christian.

Gracias a Dios se le ocurrió una mejor idea.

–La noche parece prometedora. ¿Qué les parece si salimos un rato al jardín, a tomar aire fresco? –propuso Christian. Lucio y yo nos miramos y luego asentimos con la cabeza.

Caminamos hasta llegar a una banca blanca que estaba debajo de un pino grande y robusto, cerca de la cascada artificial. Christian se sentó en el medio y Lucio y yo a cada lado. Era una noche fría como lo son habitualmente en Rumania, muy estrellada, con una luna llena grande, amarilla y redonda. Era una noche muy romántica.

Durante cinco largos minutos nadie habló. Lucio y yo empezamos a sospechar las razones por las que Christian nos llevó allí.

–Luciano, ¿qué sucedió ayer a la noche? ¿Por qué no estabas en el palacio? –preguntó Christian.

Alcé las cejas. Debía imaginarlo. Iba a sermonearlo.

Lucio se le había ido de las manos a Christian cuando cumplió quince años. Se había vuelto un joven muy rebelde, desafiante, atrevido. Se escapaba del palacio durante la noche. Cuando Christian trató de reprenderlo, él le gritó. No le importaban las personas que estaban alrededor. Se había descontrolado. Lo peor no era que fuese maleducado y desobediente, sino que pasara las noches en las calles, haciendo quién sabe qué cosas.

El palacio dejó de ser lo que era antes. Escuchar los gritos entre Christian y Lucio se volvió una cosa semanal.

–Mira, puedo explicarlo.

–No –lo interrumpió Christian... Llegar a las cinco de la mañana del otro día no tiene ninguna excusa satisfactoria. Temo que deberé castigarte. Lo siento, hijo mío, pero temo mucho por tu futuro viendo el curso desventurado que está llevando tu vida.

–¡Ay!, siempre la misma pavada, tantas cosas debo soportar y tu siempre vienes con esas manías de querer castigar. Si yo no le hice daño a nadie, entré al palacio sigilosamente, papá. Tú siempre estás desvelado vigilando la hora de mi llegada, solo para molestar. ¿Por qué mejor no me dejas libre, hacer mi vida?

Christian frunce el ceño haciendo una mueca de desentendimiento.

–¿Qué es esa manera de hablarle a tu padre? Me debes respeto Luciano. ¿Libre? ¿Qué vida quieres hacer, tienes 15 años, ridículo? Soy tu padre Luciano, debo educarte para que llegues a ser una persona de bien, y ese comportamiento tuyo es inaceptable.

–Pero si Sophia te trata como si fueras cualquier cosa. ¿Cómo quieres que te respete si tú no muestras respeto papá? Sophia se la pasa el día entero humillándote, descalificándote. Te maltrata e incluso te insulta aun delante de nosotros y aun así sigues haciéndole caso como un perrito faldero. Pienso que no tienes ni una gota de orgullo ni dignidad, ni amor propio, difícilmente encuentre otro vampiro más pollerudo que tú, papá.

—¡Suficiente! –interrumpe Christian con su cara roja de la vergüenza, que seguro debe estar sintiendo. Lucio es un chico como se diría sin pelos en

la lengua y tuvo el coraje como para llamar a Christian perrito faldero y pollerudo. Algo que muchos pensamos, pero que solo Lucio sería capaz de decírselo en la cara, de esa forma, sin recibir un sopapo por semejante atrevimiento –en la relación que llevo con Sophia tú no tienes nada que ver, y no es excusa para ser desobediente y maleducado, esto es lo que haré para que aprendas a respetar a tu padre y no vuelvas a fijarte en lo que sucede entre Sophia y yo. Hoy ordenaré que más centinelas rodeen tu habitación. Así se acabarán de una vez por todas esas andadas tuyas.

–¡No! ¡Tú no sabes el martirio que debo aguantar cada día! Los vampiros *morois* me insultan, me ultrajan, me denigran cada vez que me ven porque soy *sortigois* y conocen mi pasado... Me lastiman... ¡Por eso salgo por las noches a romper cosas! ¡Para no tener que matarlos!

Christian le dedicó una profunda mirada de tristeza mezclada con preocupación.

–Pero esa no es una solución.

Lucio apretó los puños en la banca y tensó la mandíbula con bronca. Christian pasó su brazo por encima de la espalda de Lucio, acercándose más a su cara.

–Todo ese enojo y esa ira que estás guardando en tu interior, hijo, te está haciendo mal... ¿Por qué no hablas conmigo? Dime quiénes te están molestando y actuare conforme a tu palabra, sabes que cualquiera que osa proferir una ofensa en contra de un príncipe es castigado con la muerte.

–¿Qué muerte?, yo no quiero que nadie muera, además todos lo dicen... y tienen razón –chilla.

–Tú eres mi hijo, un príncipe. Mi pueblo te debe honor y respeto como me lo deben a mí, aunque seas o no adoptado, de raza *strigois*. Te deben respeto.

Lucio siguió sin decir nada. Una lágrima cayó por su mejilla. Christian lo abrazó muy fuerte mientras Lucio continuaba inmóvil.

–Los *morois* no quieren respetar y honrar a un *strigois*. Ellos odian a los que son de mi raza –dijo, mientras se despegaba de Christian y se paraba–. Era lógico que esto fuera a pasar. Ellos jamás me querrán –continuó Lucio y se marchó con lágrimas en los ojos.

Cristian lo miró alejarse entre la tenue luz de los faros con preocupación y con tristeza.

–Ay... –suspiró derrotado–. ¡Qué difícil es ser padre! –dijo para sí, mirando al horizonte.

Sus ojos giraron lentamente hacia mí.

–Derick... ¿Ya no eres un problema para Sophia, no?

–Eh... –balbuceé.

La pregunta me agarró desprevenido. Hacía tiempo que había dejado de ser un problema para mi madre. Esa pregunta la hizo para auto compensarse. Él no entendía por qué Lucio se comportaba así.

Es cierto que criar adolescentes a veces puede ser difícil, pero creo que era la mochila con la que cargaba Lucio la que lo hace comportarse de esa forma. Despreciado por su pueblo y por su familia, huérfano de madre y de padre a los nueve años...

Christian sonrió y me dijo:

–¡Distraído! ¿Qué te anda pasando, hijo?

Sus suaves y tiernas palabras me paralizaron. Rojo de vergüenza, pensé que no quería que me descubriera. Christian era muy astuto.

Lo miré con los ojos muy abiertos. Él advirtió mi incomodidad y se rió.

–¡Dios santo! Si no te conociera diría que estás muy preocupado o muy enamorado... o ambas cosas –volvió a mirarme de reojo con una sonrisita pícar.

Nervioso, abrí la boca y los ojos. Mi corazón empezó a latir con fuerza. De la nada me resbalé de la banca y caí torpemente de cola al suelo. El porrazo no me dolió, pero me hizo sentir muy avergonzado. Escuché de lejos las carcajadas burlonas de Lucio. Incliné la cabeza hacia delante y vi a Lucio y a Germán caminando unos pasos delante de mí. Lucio se tapó la boca con las dos manos observándome risueño; en cambio, Germán levantó la cabeza mirándome de reojo con el ceño fruncido y los brazos cruzados, casi como si estuviera molesto conmigo. Me sacudí el polvo de la cola.

–¿Qué te pasa, Lucio? ¿De qué te ríes, tonto?

–¿Yo, tonto? Te pasas el día en Babia, lelo y olvidadizo. Te he visto permanecer horas sentado en silencio, estático y con el ceño fruncido mirando la nada como si no estuvieras en este mundo... Estás demasiado

raro, Derick. Asustas.

–Lo siento... –murmuré ido, mirado al horizonte.

Lucio se enrabieta:

–¡Ni siquiera estás prestando atención! ¡Deja de estar en la luna!

Un brazo vigoroso apretó mi muñeca arrastrándome a su lado.

–¿Qué te pasa?

–¿Qué estás mirando? ¿Por qué no puedes prestar atención nunca?

Estaba a punto de comenzar una pelea feroz con Lucio. No porque fuera pendenciero, sino porque él ya venía provocándome desde que llego con Germán riéndose a carcajadas de mí cuando Christian se interpuso entre los dos, separándonos.

–¡Oigan, basta! ¡Basta, Lucio!

–Él empezó. Me llamó tonto.

–¡No me importa quién comenzó!

Lucio le dedicó una mirada feroz a su padre antes de irse corriendo.

–Lo siento –dijo Germán.

–No se preocupen. Lo entiendo. Lucio aun no olvidó la muerte de sus verdaderos padres, ni lo sucedido el día que lo encontré con tu madre, ustedes pueden ayudarlo, háblenle, ténganle paciencia. Tú Derick, tenle paciencia. Recuerden, Lucio no es como ustedes dos, que nunca sufrieron en la vida...

Yo soy amigo de Lucio, no tan íntimo como es él con Germán, pero también nos llevamos bien. Solo que a veces me choca su manera burlona, pendenciera e intrigante que tiene de ser. También debo aceptar sentir algo de celos con respecto a mi hermano, pero ese es otro tema.

Corrimos hasta la arboleda donde estaba Lucio. Allí estaba muy iluminado por las luces de los faroles. Entre otras muchachitas, me crucé con un ángel. Su imagen me paralizó inevitablemente, como si ejerciera un poder sobre mí. Era preciosa, con sus mejillas rellenas, su pelo largo hasta la cintura, totalmente lacio y negro como el carbón, con ojos color miel, grandes y redondos.

Me quedé con la boca abierta, mudo. Nunca había visto algo tan hermoso y, aunque no se parecía exactamente a la niña con la que había soñado unos años atrás, en mi corazón sentía estar contemplándola.

Me acerqué sin darme cuenta de lo que hacía. Hasta que me encontré con ella frente a frente.

Clara era aún más bella de lo que la recordaba. Estaba cruzada de brazos con la mirada confusa. Nunca había notado lo hermosos que eran sus labios, sus ojos y su cabello negro. Después de tres años lo tenía más abundante y largo; caía a los costados de su cuerpo como una manta hasta la cola. Su piel blanca con pecas graciosas alrededor de la nariz. Clara era tan encantadora.

–¡Clara! –le grité.

Ella frunció el ceño y, enojada, se marchó corriendo.

No entendía qué le pasaba, por qué huía de mí. ¿Estaría ofendida porque no le había escrito ni llamado ni visto estos últimos tres años? Abrí bien grandes los ojos. Seguro era por eso.

–Espera, Clara –dije, mientras corría a su encuentro.

Corrí sin parar durante quince minutos hasta llegar a ella. Estaba arrodillada al lado de la ventana del salón de baile. La luz de la luna y la lámpara la iluminaban.

¡Cielos! Verla sufrir me hacía sentir culpable. ¿Tanto mal le había ocasionado? ¿Tanto la herí? Fui un bruto al abandonarla, no pensé que podría lastimarla tanto.

–Clara, ¿por qué estás llorando?

Ella levantó la cabeza mirándome de reojo aún con lágrimas en los ojos.

–Porque nunca me buscaste ni me enviaste una carta y cuando volví de mi viaje tampoco fuiste a verme ni una vez. ¿Por qué, Derick? Yo pensaba que era tu amiga.

–Eres mi amiga.

–Entonces, ¿por qué no volviste a hablarme en dos años?

No tenía palabras para responder. Clara se levantó decidida a irse, entonces me di cuenta de que había llegado el momento de ser franco.

–Porque te amo, Clara –le dije. Ella se dio vuelta mirándome con el ceño fruncido–. Te amo. Esa fue la razón por la que no te busqué en todo este tiempo... Tenía miedo de las cosas que estaba sintiendo, por eso quise alejarme... pero ahora que te tengo frente a mi, me doy cuenta de que fue un error muy estúpido.

Clara se quedó muda, mirándome con la boca abierta.

–Yo también te amo, Derick... y todo este tiempo que pasó sufrí mucho por tu ausencia. No pasó un solo día en que no te recordara y te extrañé. Te amé desde el primer día en que te vi, sentía vergüenza en confesarte mis sentimientos por miedo a que me rechaces.

Entonces comprendí que ella siempre estuvo enamorada de mí en secreto. Éramos los mejores amigos y teníamos los mismos miedos que nos habían alejado. Quería besarla. La miré a los ojos y, sin decirnos una palabra, nos acercamos hasta que nuestros labios se unieron. De pronto, me empujó enojada.

–No, así no puede ser... Ya está. A ti no te importó cómo me sentía en ese momento... Ni siquiera me visitaste con Germán cuando ya había vuelto a Rumania, ni una sola vez...

–No fue porque no me importaras. Ya te lo expliqué, Clara.

–Sí que lo fue. No te importo y ahora crees que puedes tontear conmigo. Pues estás equivocado.

–¡Clara, escúchame!

–¿Qué? –volteó a mirarme sollozando antes de irse–. Derick, no te preocupes por mí... Seguro que hay muchas otras con las cuales podrás jugar. Yo ya no puedo ser ni tu amiga. Me heriste, Derick. Desde que te conocí a los siete años me enamoré de ti. Creía que tal vez, de grades, podríamos mirarnos con otros ojos... Ahora me doy cuenta de que no podrá ser así.

La voz de Clara sonaba emotiva, como si aún le doliera mi indiferencia pasada. Me sentí mal por ella. Era la vampiresa más perfecta y bonita que vi y yo la perdí por ser un tonto. Después de dos años de indiferencia era lógico que se sintiera mal. Que mal, mi primera ilusión y terminó en la nada. Me tapé la cara con las manos y comencé a llorar.

–Te estoy diciendo que no fue porque no me importaras... Ya está. Vete si es lo que quieres. Déjame aquí solo, como un desgraciado.

–Derick... ¿estás llorando? –preguntó asombrada.

Invadido por la furia me mordí el labio con tanta fuerza que mis colmillos perforaron mi labio inferior. Con el resto de mis dientes me hice una línea vertical; sentí el sabor de un líquido espeso, excesivamente fuerte y dulce. Era mi propia sangre. Un dolor muy agudo me hizo chillar; escupía saliva con sangre azul. Mi labio ardía como fuego.

–Aaah... No, lo hiciste a propósito –dijo Clara, mientras se alejaba hacia la puerta.

–No fue a propósito... –respondí mientras me sostenía el labio y me llenaba la palma de sangre dándole la espalda–. Es tu culpa. Me vuelves loco con tus jueguitos. Primero dices que me amas y luego me rechazas; te explico los motivos que me llevaron a serte indiferente durante los últimos dos años, igual sigues rechazándome... Vamos, Clara, eres tú la que se está divirtiendo a costa mía.

Clara no dijo nada.

–¡Admítelo al menos! –grité ojeándola con desdén.

–No...

–Solo eres una provocadora que se hace ver como una inocente. Lamento haber llorado por ti. No lo vales... ya vete, Clara... ¿Para qué vas a quedarte a ver a este pobre diablo?

Se hizo un silencio abismal mientras me las ingeniaba para dejar de sangrar tapando el labio con las manos para no seguir inundando el piso de sangre. Los de mi raza tenemos muchos vasos sanguíneos alrededor de la boca, lo que genera que se rompan los más débiles cada vez que nos transformamos, provocando un efecto amenazador de sangre azul en las encías.

–Lo siento... –dijo lamentándose–. ¿Quieres que pida ayuda?

No le respondí. Clara estaba a punto de cruzar la puerta para irse, cuando supe que las cosas no podían terminar en esa ridícula situación. Para mí, ella había provocado indirectamente que me mordiera el labio, pues me había rechazado como al mayor de los perdedores. Mi orgullo de príncipe había quedado por el suelo y no podía permitirlo... Si la dejaba marcharse ya no podría recuperar nunca más esa parte de orgullo que me había robado con sus encantos... No iba a rebajarme tan fácilmente, no sin antes dar pelea. En ese momento se me ocurrió hacer algo que para muchos sería una locura, pero también era el único recurso que tenía.

–Espera... No te vayas. Bésame en la boca...

Clara se quedó petrificada mirándome con los bien abiertos.

Cualquiera hubiera pensado que le había pedido una inmundicia, pero no era así. La sangre de los sangre azul es la única cuyo sabor es excesivamente delicioso, mil veces más dulce que la sangre humana. Eran contados con los dedos de una mano los amantes afortunados que pudieron probar sangre azul, ya que el vampirismo es denigrante si se practica entre vampiros. Según esos testimonios, el sabor es una experiencia que no puede describirse con palabras. Incluso el olor dulce de mi sangre podía obligar a morderme a cualquier vampiro joven impulsivamente.

Pero eso no era todo. Las vampiresas *morois* tienen un don especial: sus besos poseen la capacidad de curar hasta las más profundas heridas y resucitar a las personas. Ese poder es exclusivo para el marido de esa *morois*, ya que ese tipo de besos curativos hacen que la persona que los recibió quede enamorada de la *morois* por el resto de su vida.

Le estaba pidiendo que me hiciera un encantamiento a cambio de practicar el vampirismo conmigo lo que, en definitiva, era una verdadera locura, algo impensable. Como estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por recuperar mi orgullo, no importaba.

Me miró rígida, parpadeando los ojos con desconcierto.

–¿Cómo...?! Derick estás loco...

Clara no era la primera persona que me llama loco, por actuar sin pesar, tampoco será la última vez que me llaman así, está en mi naturaleza ser ...algo impulsivo.

Antes de que pudiera irse la corrí hasta la puerta sujetándola por la muñeca. Me acerqué a pocos centímetros de su cara. Su respiración se agitó y sus pupilas se hincharon. En su rostro había una expresión desesperada. Me alegré de que no pudiera controlarse. Yo buscaba ganar esa batalla y lo estaba consiguiendo. Su instinto de vampiresa no se resistiría al olor de la sangre más dulce del mundo, no a su corta edad.

Mi mirada revelaba malas intenciones y mi sonrisa con los colmillos llenos de sangre decían que no iba a soltarla hasta lograr lo que quería.

–No tienes opción, Clara. Tendrás que besarme. No te soltaré hasta que lo hagas.

Clara abrió la boca temblando, mirándome fijo con una mezcla de entre

exaltación pura y de pena.

–Derick... ¿Eres consciente de lo que me pides? Sabes que si lo hago, no habrá vuelta atrás.

Estaba tensa. Empecé a escuchar los latidos acelerados de su corazón resistiéndose al olor de mi sangre.

–Suéltame, por favor, antes de que sea demasiado tarde –susurró.

Sin hacer caso a sus palabras y con esa misma mirada maliciosa me acerqué tanto a ella al punto de que nuestras bocas casi se juntaron. Notaba cómo se aceleraba el ritmo de su corazón. Parecía que en cualquier momento le daría un ataque. La tomé de las manos. Estaba temblando compulsivamente y sudada. Sonreí pues disfrutaba a obligarla a hacer lo que yo quería.

–Conozco las consecuencias... y no me interesan... Bésame...

Casi tocando sus labios sentía su aliento fresco, la manera precipitada en que respiraba, el tormento que le generaba el olor de mi sangre. No aguantaba más. Me besó apretando mis labios. Tenía los ojos cerrados. Suspiró por el éxtasis del sabor de mi sangre. Mi corazón se agitó y sentía como si ese beso me quemara. Percibí que mi herida se cerraba. Todos mis sentidos estaban concentrados en mis labios. El tiempo y el sonido se habían detenido. Estaba parado en una nube de placer inmenso. Ella cambió la dirección de su beso dirigiéndose a mis comisuras; las perforaciones de mis colmillos iban menguando hasta desaparecer. Esa sensación fue lo más profundo y hermoso que había vivido. Luego de unos minutos, que para mí fueron horas, mis heridas desaparecieron. Ella dejó de besarme. Salí de ese trance recuperando la conciencia.

Quedé frente a Clara que me miraba con cara de culpa. Luego del beso sentí una conexión emocional muy fuerte que me unía a ella. Quizás era el efecto del encantamiento... o solo la impresión del momento.

–¡Oh... no! ¿Qué hice? –exclamó tomándose la cabeza con las dos manos y comenzando a sollozar–. Toda la vida me acordaré de esto y me sentiré culpable. Esto no debió haber pasado...

Tomé a Clara por la cintura y la llevé hasta el sofá más cercano.

–No es para tanto. Hiciste bien en besarme, así puedo perdonarte.

Ella extendió las manos a centímetros de su cara mirando al horizonte con espanto.

–Tú no entiendes nada. Esto ya no tendrá vuelta atrás. Ahora estarás enamorado de mí por el resto de tu vida.

–Me enamoré de ti cuando te vi, antes de que me besaras. No me importa estarlo para toda la vida.

–No puedes saber lo que querrás toda la vida.

Clara se tomó la cabeza entre las manos suspirando, afligiéndose por lo que había hecho. Yo, en cambio, me quedé a su lado, escuchando sus inútiles lamentos.

–No te estaba sujetando muy fuerte. Podrías haberte ido corriendo cuando te obligué a besarme. Supongo que aún sientes algo por mí –susurré mientras me apretaba las palmas nervioso por sus posibles sentimientos, los cuales definirían mi paz y mi felicidad, al menos por los próximos años.

–Eso no importa... –respondió indiferente mirando hacia abajo. Mi corazón comenzó a sentirse muy abatido por temor a no ser correspondido, pues estando bajo el hechizo no podría enamorarme de otra vampiresa nunca más en la vida. Eso sería terrible. Ella notó mi malestar y me miró de reojo.

–Siempre me gustaste, Derick. Pensé que te darías cuenta algún día.

Suspiré de alivio al escuchar sus palabras. Le froté la espalda con una mano y ella apoyó la cabeza en mi hombro.

–¿Por qué te daba vergüenza decírmelo? Eres muy hermosa. Cualquiera querría estar contigo.

Apartó su cabeza y dijo:

–Todas las que conozco mueren por ti. No pensé te fijarías en... –hizo una pausa y siguió– bueno... en mí.

Tan linda y modesta. Me enamoraba más a cada minuto.

–Ya pasó, Derick... Solo hubiera deseado que nuestra historia comenzara de una forma diferente.

Luego me miró con esos ojos celestes, profundos. Abrí la boca como para decir algo, pero no se me ocurrió qué. Ella se acurrucó debajo de mi cabeza, la abracé y la besé. Sentía que había encontrado la joya más bella del mundo. “No puedo dejarla, y si pudiera tampoco lo haría. Clara es única, especial; lo sentí cuando la vi y más ahora que logré ver dentro de

su corazón”, pensé.

6. Un casamiento inesperado

Jamás hubiera imaginado que me enamoraría de mi amiguita de la infancia, esa niña con la que salía a jugar con mi hermano y otros niños a la mancha, a las escondidas, cuando era más pequeño iba a su palacio con mi hermano y jugábamos a trepar por los árboles. Nunca hubiera imaginado que esa niña sería mi novia algún día.

Pero el tiempo que pasó en mi ausencia la embelleció aún más. Clara es la niña más hermosa que alguna vez vi. Solo mirando su bello rostro de muñeca podía darme cuenta de lo que mi corazón me dictaba, que era la indicada y cuando la escuchaba hablar confirmaba aún más mi certeza.

–Derick... no me mires tanto, me haces sentir avergonzada –me dijo Clara con aires de inocencia, poniéndose colorada de vergüenza.

La miré atónito y parpadeando, su pudor dignos de una doncella refinada como Clara me generaban hasta ternura. Realmente se me hacía muy difícil ocultar mi enamoramiento, dejar de observar su hermosura que me dejaba tan cautivado.

–Clara, nunca pensé que me enamoraría de mi amiguita, debes saber... –me muerdo el labio, nervioso; yo también siento vergüenza– que el tiempo te hizo... –se me traba la lengua cuando miro su rostro, me quedo unos segundos mirándola fijo con la boca abierta y acariciando su mano sin decir nada– aún más hermosa de lo que ya eras y encantadora, me siento muy afortunado de tener el privilegio de que me llames tu novio, por eso no puedo dejar de mirarte.

Clara se ruborizó, bajó la cabeza y me miró tiernamente. Me moría de ganas por besarla, pero aún no me atrevía a hacerlo. Lo que pasaba dentro de mí mientras la observaba hacer esos gestos tan tiernos era demasiado fuerte.

Era preciosa como un ángel caído del cielo, como una diosa celestial que, apiadándose de mí, bajó a la tierra para deslumbrarme con su hermosura tanto por dentro como por fuera.

–¿Cómo dices esas cosas tan dulces? ¿Es que acaso merezco que el príncipe de Oulu me brinde tanta atención y elogio? ¿Qué tengo de especial?

–Todo, todo tienes de especial –caminé dos pasos hacia Clara, mirando a sus ojos y luego a sus labios– te amo Clara –susurré.

n impulso fuerte se apoderó de mí. Rode su cara con mis manos tocando la comisura de sus suaves y rosados labios con mis pulgares. Clara cerró los ojos. Rosé su labio inferior con los míos, luego el superior y le sonreí; ella me devolvió la sonrisa. Seguimos besándonos, bajé mis manos a su cintura y ella las puso sobre mis hombros. Cerré por completo los ojos y disfruté del momento más especial y mágico que había vivido: mi primer beso verdadero.

–Yo también te amo, te amo mucho Derick, siempre te he amado
–susurró una vez que dejé de besarla.

La abracé nuevamente, balanceándola tiernamente. Ella es petisita, pero no demasiado, aun así yo soy demasiado alto y le sacaba dos cabezas.

Estaba feliz. Vivía mi primer amor... Ese momento era único, mágico. Mientras la abrazaba me di cuenta de que yo también estaba muy enamorado de ella.

De repente empezó a oírse una melodía desde uno de los salones de fiestas, próximo a nosotros. Clara se dio vuelta mirándome con una sonrisa.

–Escucha –dijo y sonrió mientras la melodía avanzaba.

Miré hacia el horizonte ubicando con la vista el salón del cual venía la música.

–Es Tchaikovsky, el vals de *La Bella Durmiente*. Proviene de uno de los salones de baile.

–¡Qué lindo! Su melodía me encanta, es tan dulce... –me dice con los ojos llenos de brillo

No necesité preguntarle nada. Con sus ojos almendrados y brillantes, me pedía que bailara el vals con ella.

–Lo siento, Clara... –dije con timidez y sintiéndome culpable. No quería defraudarla cuando me miraba con esos ojos haciéndome derretir de ternura-. Es que... yo no sé bailar

–¿Cómo no vas a saber? Todos saben bailar, más aun los príncipes–dijo con un profundo asombro.

Miré hacia un costado, incómodo.

–No me gusta bailar ninguna danza, me resulta algo muy aburrido. Lo sé, es raro que un príncipe no baile porque toda la clase noble disfruta de los bailes de salón... menos yo, quizás sea porque la mayoría del tiempo no

me sienta como un príncipe, ni siquiera me siento parte de la nobleza.

Miré al horizonte, pensativo. Nunca me sentí de la realeza y mucho menos como un príncipe. Soy como un pez fuera del agua, como si estuviera en el cuerpo equivocado. Clara sonrió de nuevo.

–¡Qué raro! –exclamó asombrada.

–Sí. Es como si no fuera un príncipe –bajé la cabeza y levanté las cejas. Lo que iba a decirle expresaba la forma en que me sentía todo el tiempo y era sumamente importante su respuesta–, como si no fuera de la realeza.

Clara subió los hombros y apretó la boca, como diciendo “No sé”.

Miré al horizonte, pensativo. Nunca me sentí de la realeza y mucho menos como un príncipe. No pensaba como un príncipe ni actuaba como tal. Me sentía como un pez fuera del agua, como si estuviera en el cuerpo equivocado. Parecía extraño, pero era así.

_ Está bien Derick, todos tenemos gustos distintos... igual me gustaría enseñarte si me dejas- sugirió Clara mirándome de reojo, haciendo esa sonrisa compradora

La mire de reojo por unos segundos, pensando si me convenía o no aceptar, solo unos segundos pude resistirme a su petición, y su sonrisa compradora.

Acepte con la cabeza. Clara puso una de mis manos en su cintura y la otra tendida a nuestro costado. Ella me indicaba cómo mover los pies. Al principio tenía miedo de pisarla. Era muy torpe para los bailes de salón. Las pocas veces que había bailado, no paraba de pisar a mi compañera. Increíblemente, no sucedía eso con Clara.

–Hay, si sabes bailar, lo haces bien –dijo Clara con una sonrisa.

–Siempre me resultaba tedioso bailar el vals, pero contigo... Contigo me gusta. ¿No te pisé, verdad? –dije nervioso mirando al piso.

–No

La melodía, la luz de la luna sobre los árboles que teníamos alrededor y la brisa de la noche hacían del lugar un sueño. Perdí la noción del tiempo y del espacio. Pensé que tal vez no volvería a tener un momento más especial que ese.

_ Eres el primer chico al que beso- me susurro al oído mientras

bailábamos

Como que me asuste. La confesión de Clara me dejó con la boca abierta además de muy avergonzado. Realmente no me lo esperaba, Clara es además de muy hermosa, una muchacha muy recatada y pudorosa. Quizás por eso tuvo su primer beso recién a los dieciséis años, mientras que yo, dos años menor que ella, había besado a varias niñas. Aunque Clara es mi primera relación, las otras no eran más que andadas pasajeras

_ Bueno- Sonrió sin mostrar los dientes- quisiera decir lo mismo

Clara me mira y yo desvié la mirada de sus ojos. Por mi mente pasan como si fuera una película, todas las niñas con las que he tonteado, antes de estar con Clara, ahora me siento muy arrepentido. La miro de reojo notando su cara de confusión

_ Tú eres mi primera novia, las otras eran cosa del momento

_ ¿Fueron muchas?

_ No se Clara, olvídalo

Este era un tema muy incomodo. Antes de estar con Clara, solía andar picoteando con una luego con otra, Lucio era mi compañero en esas andanzas. Ahora que estoy enamorado de Clara ya no quiero saber nada con todo eso, tampoco quiero que Clara sepa de las cosas que hacía porque de lo contrario podría perderla

Seguimos bailando me quedé mirándola fijo mientras la música cesó hasta apagarse. Dejamos de bailar. Ella me generaba una ternura inmensa. Parecía que no podría ser más perfecta. Igual a la chica de mis sueños

La atraje hacia mi cuerpo y la besé. Ella enterró sus manos en mis rulos mientras yo recorría las estrechas líneas de su cintura y de su espalda.

Hasta que con mi oído hiperagudo que alguien se acercaba. Dejé de besarla apresuradamente moviendo la cabeza para tratar de ver. A lo lejos, visualicé a mi madre caminando con Christian de la mano y se me erizó la piel.

Desprevenidamente, tomé de la mano a Clara y, corriendo, nos escondimos atrás del arbusto más cercano. Mi corazón latía acelerado. Hubiera sido horrible que ella nos viera.

Mamá consideraba algo malo que mi hermano y yo tuviéramos “noviecitas”, como ella las llamaba. Decía que a nuestra edad eran distracciones vanas y perjudiciales, pero a mí me parecía que pensar así

era una gran tontería.

–¿Qué pasó? –preguntó Clara confundida.

Sin darle importancia, miré a través de un hueco entre las ramas del arbusto. Mi madre se dio cuenta de que había alguien, pero estaba buscando en una dirección distinta a la nuestra. Si guardábamos silencio, con suerte escaparíamos de ese brete.

“En un parque tan extenso justo tienen que caminar por donde estoy yo. Mucha mala suerte la mía”, pensé.

–Mi mamá está cerca. No puede vernos, no le gusta que tenga novia.

Clara hizo otro hueco entre el arbusto y comenzó a mirar.

–Yo solo veo un puntito muy chiquitito.

–Porque tienes vista humana –dije con naturalidad mientras seguía observando.

Ellos estaban como a tres cuerdas de distancia, más yo podía verlos a la perfección. Se sentaron en una banca, chocando las cabezas mirando la luna llena. Por entre medio de los dos se podía ver que estaban tomados de la mano. Lo que más me llamó la atención fue que Christian ya no tenía su alianza de casado; supuse que se la habría sacado cuando se separó definitivamente de Giselle, como contó Lucio. Sinceramente, no comprendía por qué se había separado. Decían las malas lenguas que Giselle era una vampiresa muy buena con Christian. Pero bueno... ese no era mi tema.

Dejé de mirar y me senté al lado de Clara.

–No va a venir, pero hay que hablar muy bajito –susurré.

Clara se me acercó suplicante.

_ Preséntamela, por favor. Dile que solo soy tu amiga. Quiero conocer a Sophia Órcelo. NO existe un solo vampiro en todo el mundo que no mencione su nombre con gran elogio y admiración. Gracias a su inteligencia y dotes para la batalla los licántropos casi nunca nos atacan ¿Derick como se siente ser el hijo de la heroína de los vampiros?

_Puuf- murmure- será una heroína para ustedes, pero para mí solo es mi madre

Ella apretó las manos mirándome con una sonrisa de súplica.

–Porfis...solo un ratito, ella no tiene porque darse cuenta

–¡No! –exclamé. Su insistencia empezaba a fastidiarme. Al mismo tiempo la entendía. Todos los vampiros sentían admiración por mi madre y Clara no tenía por qué ser la excepción-. Se daría cuenta de que no eres solo mi amiga. Es muy inteligente mi madre

Ella me miró con los ojos muy abiertos, como si fuera una cría que pregunta cómo se hacen los bebés.

–¿Por qué no le gusta que tengas novia?

–Haces demasiadas preguntas, Clara... mi mama es muy hostil y desconfiada con la gente que no conoce. Siempre dice que nosotros no debemos distraernos con novias, que ahora debemos concentrarnos en los entrenamientos y en la escuela... Son esas tonterías de madres, ya sabes...

–No lo sé, mi madre murió cuando tenía cinco años por la leucemia.- ahora logro que me sintiera culpable, pienso- Mis hermanos también son sobre protectores. Imagínate, soy la menor de siete.

–Conozco a todos tus hermanos.

Ella sonrió con una sonrisa luminosa en honor al afecto que les tenía.

Seguí mirándola con cara de pavor, recordando a esos hermanos que tantas veces me hicieron pasar por momentos tan incómodos.

–Tus hermanos varones son unos ogros, sin ofender. Cuando iba con Germán a visitarte a tu palacio, ellos nos apresaban haciéndonos pasar por un interrogatorio de cientos de preguntas que no tenían ni pie ni cabeza.

Clara me miró por encima del hombro.

–Puede que a veces sean un poco exagerados... pero no los culpo. Lo hacen porque me aman –clavó sus ojos en los míos mirándome con pena y desilusión. En cuestión de segundos supe que algo andaba mal.

–Derick, te extrañé mucho durante los últimos dos años. Nunca respondiste una sola carta... Creí que nunca volvería a ser parte de tu vida. Me sentí tan desilusionada y herida...

Su imagen me enterneció hasta las entrañas, la abracé olvidándome que

debía guardar silencio para que no nos descubriera mamá.

–Clara, lo siento mucho. Yo también te extrañaba. Decidí no hablarte por cobardía; me alejé por miedo a enamorarme.

Luego de soñar con esa niña desconocida que me impactó un día, quedé muy confundido. Esa niña era Clara... pero también alguien más. Ante la confusión decidí simplemente alejarme, aunque me doliera no ver más a Clara. Fue una pésima decisión, cual festejo fracasado. Y agregué:

–Sé que nada puedo hacer o decir. Que es imposible arreglar lo que ya te hice, y lo lamenté. Pero si de algo te sirve... te juro que no volveré a alejarme de ti jamás.

–Hijo, ¿qué estás haciendo?

¡Aaaaayyyyy! Escuché la voz de mi madre a mis espaldas y el pánico subió hasta mi pecho. Me di vuelta inmediatamente y ahí estaba ella, mirándome seria con los brazos cruzados en compañía de Christian. Me paré de un salto, gritándole a Clara:

–¡Corre!

Antes de poder dar un paso para escaparme del monstruo de mi mamá, me tomó de la muñeca con un suspiro de hastío y me arrastró detrás del arbusto. Luego me soltó y, sin decir nada, volvió a cruzarse de brazos mirándome muy enojada.

Puse los brazos atrás de mi espalda, bajé la cabeza en un intento por parecer inocente. Observé a Clara. Estaba deslumbrada, con la mirada clavada en mi madre y su soberano.

–¿Te parece forma de comportarse para un príncipe? –Sus palabras cortantes eran como cuchillas–. ¡Mejor que no vuelva a verte merodeando entre los arbustos y menos a estas horas de la noche! ¿Qué pensarían mis súbditos si te vieran? –Dijo con vergüenza mirando hacia otro lado; volvió a mirarme nuevamente enojada–. Encima pretendes burlarte de tu madre escapando.

Desvíe la mirada hacia mi izquierda. No quería responderle. El día era perfecto hasta que apareció ella.

Se preocupaba por mi comportamiento, muy poco ortodoxo para un príncipe. Se había molestado mucho y me hizo sentir terrible. Yo solo deseaba ser yo. Con la presión de cómo debe comportarse un príncipe me sentía encarcelado, atrapado en costumbres y en tradiciones que no

compartía, que no me gustaban y que no tenían nada que ver conmigo.

Después de unos minutos de silencio, Christian le apretó un hombro a mamá, como diciendo: "No seas tan dura con el chico". Ella levantó la cabeza mirándome altiva.

–¡No deberías estar aquí solo! Deberías estar en la otra parte del jardín con tus amigos y tus hermanos. ¡Sabes que yo no te dejo merodear por el jardín a estas horas de la noche, sin la compañía de un adulto! –gritó en forma autoritaria.

Me di vuelta arqueando las cejas, extrañado, si yo solo tenía un hermano... ¿De qué hablaba?

–¿Hermanos...?

Ella se relajó, movió la cabeza en una actitud ambigua y dijo:

–Es una forma de decir... Lucio y Mili serán tus hermanastros en poco tiempo.

Miró a Christian amorosamente. Él la miraba con amor y con admiración desde que empezó su discurso. Mutuamente se dedicaron una sonrisa y se dieron un beso en la boca.

Me quedé mudo, con la mandíbula floja y tartamudeando. No sabía qué decir. Todo me pareció tan inesperado que ni siquiera tuve tiempo de asimilar mis sentimientos al respecto.

–¿Cómo? ¿Qué? ¿Se van a casar? No puede ser –dije seriamente, con los ojos entrecerrados y una mano en el mentón.

–Si, hijo. Christian ahora es mi novio, el pidió mi mano y yo acepte casarme con él. Nos casaremos muy pronto, no pasara de este mes

Me quedé mudo. Ahora todo me cerraba... Con razón Christian se había sacado la alianza de casado con Giselle

Nunca creí que ella aceptara casarse con él, pero era predecible. Christian pasaba tanto tiempo en nuestro palacio con ella. De todas formas no comprendía por qué ella aceptaba casarse con él cuando, hasta no hace mucho, estaba muy decidida a no volver a casarse.

–¿Pero hace cuanto son novios y cuando se van a casar exactamente?
–pregunté rascándome la cabeza, disimulando lo afectado que me sentía por la noticia.

No solo me había caído como un balde de agua fría, sino que además sentía una angustia tremenda. Tenía una pelota en la garganta producida por las ganas de llorar contenidas.

Sabía que las cosas no volverían a ser como antes, y eso era lo que más nostalgia me daba. Christian me parecía una buena persona, lo quería y, de hecho, si hubiera tenido que elegir a alguien para mi mamá, sería él. Pero no quería que se casaran, o al menos, no por el momento.

–Hace menos de un mes que Christian pidió mi mano, no pasaran mas de unas semanas hasta que nos casemos. Solo falta decidir la cantidad de invitados y esas cosas. Era lo que estábamos charlando... –extendió su mano hacia mi mejilla y la acarició–. ¿Sucedó algo, mi vida?

Me di cuenta de que estaba con los ojos rojos, a punto de largarme a llorar. Los pensamientos y la confusión me invadió, ya me estoy imaginando a Lucio de intrigante llevando chismes de un lado a otro, metiéndose en mi cuarto sin ser invitado y sacando cosas, siendo atrevido, las peleas maritales a toda hora, porque ellos no se llevan bien, seguro van a estar todo el tiempo discutiendo, sin siquiera mencionar el trabajo que va a dar Milagros cuando sea mayorcita, si ya con cinco años se nota que es caprichosa no quiero ni pensar cómo será cuando llegue a la adolescencia. Que desgracia, ese matrimonio va a terminar acabando con la paz en este palacio y mi amistad con Lucio, incluso podría acabar con mi amistad con Germán, va a ser una pesadilla, ya me estoy viendo venir el infierno.

¿Con que necesidad se casan, si todo está yendo bien cada uno por su lado? Qué gran tontería la de casarse otra vez

–No... es que, como se reconciliaron hace poco y así, de repente, se casan... Es todo muy inesperado, apenas lo estoy asimilando... pero estoy bien.

Mi “estoy bien” resultaba poco convincente; sonaba como si tuviera algo en la garganta.

Trataba de calmarme, pero las emociones me hacían la tarea difícil. Mi corazón quería hacer un berrinche

Levanté la cabeza. Ella me miraba con mucha ternura y compasión. Se dirigió a mí dedicándome una sonrisa diminuta de ternura.

–Faltaba decírtelo a ti, hijo. Germán, Lucio y Mili ya lo saben.

“¡Oh! ¡Genial! Se lo cuentan a una nena chiquitita, que seguro no entendió nada, y a mí me lo ocultan como si con eso la noticia me afectara menos”,

pensé.

–Bueno. ¿Puedo irme, por favor? –supliqué a regañadientes.

–¡No! ¿A dónde quieres irte? –miró a Clara de arriba abajo despectivamente–. ¿Y esa, quién es?

Mi corazón se aceleró pensando que ella atacaría a Clara con algún comentario ofensivo.

–¡Es solo una amiga! ¡Lo juro!

–¡Sí, claro! Y yo soy María Magdalena – respondió enojada cruzando brazos cruzados.

Se hizo un silencio incómodo. Mamá me miró decepcionada, como si supiera lo que había hecho. Y seguro que lo sabía. No lo del hechizo, pero sí todo lo demás. Me limité a bajar la cabeza rogando que toda esa terrible charla terminara. No me molesté por su comentario, ya que podría haber sido más hostil. Me fastidiaba cómo ofendía a Clara. Ella no se merecía pasar por esa humillación. Por otra parte, era de esperar que mi madre se enojara, porque siempre fue así de grosera con los desconocidos.

Christian, que hasta entonces no había hablado, se acercó a mi madre diciéndole algo al oído.

–Los acompaño.

–No estás obligado a molestarte –le respondió mi madre.

–No es molestia. Los acompaño –contestó él con su sonrisa

Se besaron en la boca y ella se fue. Ni bien se alejó no pude evitar sonreír suspirando de alivio. Christian nos miró con una pequeña risa cómplice. Sin decir nada, caminó en medio de nosotros, invitándonos a que lo siguiéramos.

Clara se quedó a unos metros de distancia de mí. Caminaba lentamente, con la cabeza gacha. Se notaba que el comentario de mi madre, como era de esperar, la había afectado. Me acerqué, la abracé y la besé tres veces en la frente hasta que sonrió.

–Tu mamá es más hermosa de lo que imaginaba. Heredaste su rostro, son idénticos. Lástima que me odie –su voz sonaba desilusionada.

–No te preocupes por mi madre. No te odia. Es así de hostil con todos los que no conoce. Además, cuando tus hermanos sepan que soy tu novio, me van a odiar y tendré que esconderme de ellos para que no me peguen

–respondí.

–Con lo buena persona que eres y tratándose del hijastro de nuestro rey no creo que tengan problema alguno, sino al contrario –dijo con un tono suave y dulce mirándome a los ojos.

Christian volteó sonriendo amistosamente y nos llamó. Yo tomé la mano de Clara y nos acercamos a él.

–¿Me presentas a tu amiguita? –preguntó mirándola amistosamente.

Le respondí con palabras cortadas, como si estuviera confesando una travesura.

–Es mi mejor amiga y mi novia.

Me miró como si lo que hubiera dicho le provocara simpatía.

–Ahora comprendo por qué estabas tan ido.

Clara se puso totalmente colorada como un tomate. Volvió a mirarme sonriente y yo le devolví la sonrisa.

–Fue mi mejor amiga desde los siete años, antes de que viajara a Cataluña, hace dos años y medio. Como sentía algo más que amistad y no quería enamorarme, nunca más volví a hablarle desde entonces. Solo Germán siguió manteniendo la amistad con ella. Vino hoy porque él la invitó. Como sabía que volvería a verla estaba preocupado.

Christian se rió y dijo:

–Derick, yo no pienso que esté mal que tengas una noviecita. Yo tenía solo un año más que tú cuando comencé a cortejar a tu madre. Lo que pasa es que tu madre no entiende ... tu la conoces sabes lo estricta que es con respecto a lo que implica tu crianza y la de tu hermano.

–¿Estricta? Más que estricta yo diría “molesta”.

–No hables así de tu madre. Ella te ama –dijo Christian con tono paternal mientras me miraba de igual forma–. Solo quiere lo mejor para ti

Suspiré harto de fastidio.

–Todo el mundo me dice lo mismo. La gente no se da cuenta de cuánto me molesta que no me deje ser...

Christian carcajeó acariciándome la cabeza, sin decirme nada. Supuse que

era una característica de los padres: no dejar ser.

–Creo que te he visto antes señorita, ¿eres la sobrina de Greta la representante de los morois, hija del archiduque Henri McLageen o me equivoco?

Clara sonrió muy segura de sí.

–Así es, Soy la hija del archiduque Henri McLaggen.

Christian abrió los ojos mirándola a Heidi, como si tuviera oro en la cara.

–Henri...El hermano mayor de Jasón, mi concuñado Henri, Conozco al archiduque escocés Henri. Fue uno de los mejores consejeros de mi padre. ¡Qué extraño! Él es escocés; yo noto por tu acento que eres española, ¿o me equivoco?

–Mi padre tuvo tres hijos de su primer matrimonio en su país natal. Cuando se divorcio emigro a Cataluña, donde se proponía ayudar a la reina Sophia en su misión de reducir los ataques de los licántropos sobre nuestro pueblo, donde conoció a la condesa Isabelle, mi madre. Tengo cuatro hermanos de madre y padre y tres medio hermanos del matrimonio anterior de mi padre.

–Los conozco, ellos son mis mejores consejeros-. Vaya, vaya, vaya... Sabía que Henri había tenido más hijos, pero no que tenía una hija tan chica.

Christian la miró con cierta admiración y ella se ruborizó.

Todo este interrogatorio de Christian sobre la familia de Clara, tenía su propio objetivo.

No está bien visto que los príncipes tengas relaciones amorosas ni de amistad si no es solo entre las familias más influyentes e importantes de la nobleza. Por fortuna Clara paso muy aprobada la prueba que comprometía la aceptación al menos de mi nuevo padrastro, Christian. Clara era hija de los McLageen, su padre era concuñado de Christian, su tía representaba a los moroi, su familia era una de las más importantes e influyentes dentro de la nobleza. Por no decir la más destacada luego de la familia real Orcelo y McCruin

Llegamos al salón de fiestas. Mamá estaba sentada lejos, rodeada de la madre, la hermana de Christian y su esposo. Nos miró con desdén.

Christian pasó su mano por mi cabeza, sonriendo.

–Derick, diviértete y no hagas más travesuras.

Se dio vuelta y fue hacia mamá.

7. Riñas, Celos

Tomados de la mano, llegamos a la parte del jardín donde se encontraban todos nuestros invitados. No me esperaba escuchar los reclamos de una vampiresa

–¡Al fin aparecieron! ¡Miren a Romeo y a Julieta! –exclamó Fernandina adelantándose un paso a las demás, con una mirada maliciosa.

Todas las vampiresas *morois* se habían reunido a un costado y cuchicheaban sobre nuestra llegada, mientras Riley y Angélica, vampiresas *strigois*, permanecían a un costado, detrás de Lucio y de Germán que se reían cómplices, como quienes planean una maldad

Los miré a cada uno con el ceño fruncido, tratando de comprender por qué actuaban de esa forma tan extraña

Fernandina dio un paso adelante mirando a Clara, que estaba a mi lado tan confundida como yo.

–Ven, Clara, vamos a contarte lo que pasó mientras no estabas.

–¡Ah! ¡Sí, claro! Y yo... ¿qué? ¿No puedo saber qué pasó? –intervine.

–¡Tú no puedes! –se adelantó gritando Fernandina.

–¿Alguien me dice qué es lo que está pasando aquí? –dijo Clara confundida.

–¡Eso a ti no te incumbe! ¡El problema es con él! –le grito Fernandina. Tan mal educada como es de costumbre

Me miraba furiosa. Advertí cuán celosa estaba de mí por Clara, ya que ella siempre quiso tener algo conmigo y nunca fue correspondida. Crucé mis brazos meneando la cabeza. Fernandina se está ganando todo mi desprecio y mi asco con esa forma grotesca y atrevida de demostrar sus celos idiotas

–Ah ... - murmure- ¿Estas celosa Fernandina? ¿Qué es lo que tienes para decirle a mi novio?

–Claro ahora resulta que tienes novia- chillaba Fernandina con los ojos vidriosos y llenos de rabia hacia mi - pero no hacia ni dos semanas nos besábamos entre los matorrales, sin que nadie nos viera y cuando te

preguntaba porque no querías que seamos novios tu me decías que no estabas preparado para asumir un compromiso serio

Clara me miro con el ceño fruncido y los brazos en taza

–Derick, ¿tú tenias algo con Fernandina? ¡Quiero que me digas la verdad!

–No, somos amigos.

Celeste intervino:

–Derick, acepta que tuviste algo con Fernandina... No le mientas a Clara...

–No voy a aceptarlo. No voy a decir que hice algo que no hice –giré mi cabeza hacia Clara–. Fernandina solo es una amiga; siempre fue y será solo una amiga. Ella se obsesionó conmigo eso es todo

Dirigiéndome a Fernandina agregué:

_ No te quiero Fernandina, no sigas insistiendo en querer estar conmigo, nosotros solo somos amigos. Pero después de haberle gritado a mi novia y de venir a mí, con mentiras, puedo decir que te ganaste mi desprecio. Lo mejor que puedes hacer es irte de mi vista si es que no quieres seguir ganándote mi odio

Interiormente sabía que Fernandina decía la verdad. Solía esconderme entre los matorrales con ella, nos besábamos mientras Lucio hacia la guardia vigilando que no nos vieran, luego yo le devolvía el favor haciendo lo mismo por el cuando quería besar a alguna niña o... tener relaciones. Lucio no era virgen como yo, hacía tiempo que tenía relaciones. Pero eso es un secreto que solo yo y Germán sabemos.

Fernandina fue realmente la primera chica que bese, pero no la única, como Fernandina hubo muchas, nunca sentí nada por ninguna. Con Clara conocí lo que es el amor, las otras niñas eran una diversión para mí, pero no había amor

Celeste se cruzó de brazos, mirándome enojada. Ella era la prima y la mejor amiga de Fernandina, por lo que la iba a defender en todo momento.

_ ¡Mentiroso! se escondían tras los matorrales, Luciano vigilaba que nadie los vea mientras se besaban

Lucio abrió los ojos tocándose el pecho con una mano

_ ¿Yo? ¡Es mentirai- intervino Lucio tratando de quedar impune de sus

intrigas

Tomé a Clara por la cintura y la alejé de los comentarios maliciosos de esas arpías, así podríamos hablar en paz.

–Derick... Esto me genera desconfianza. Si sucedió algo entre tú y Fernandina, será mejor que me lo digas. No me voy a enojar y sabré comprender.

–Te juro que nunca pasó nada con Fernandina. Ella estuvo siempre enamorada de mí y ahora no puede soportar que esté contigo. Celeste inventó lo de los besos porque es suprima y quiere ayudarla en su plan macabro, pero no es cierto.

Fernandina golpeó mi hombro. Me di vuelta.

–Vete Fernandina, me cansaste, vete de mi vista y nunca mas me vuelvas a hablar

–Está bien, Derick. Siempre supe que estabas enamorado de alguien más. Lo veía en tus ojos. Veo que es Clara a quien siempre amaste- Fernandina poso la vista en Clara- Clara, tan bonita, fina y delicada, de una de las familias más importantes dentro de la nobleza ¿Quién mejor para el príncipe Derick, sino la archiduquesa Clara? – Fernandina me dedico un suspiro y una mueca de descontento. Yo no deje de mirarla con disgusto y cruzado de brazos esperando a que salga de mi vista- No te molestaré más. Discúlpanos a mí y a Celeste. Que seas feliz Frederick, suerte

Y se fue, pero solo pasaron segundos cuando Celeste interrumpió gritando desde la otra punta:

–¿Es cierto que mojabas la cama?

–¡¿Qué?! ¿Quién te dijo eso?

El corazón me latía a mil. ¡Qué vergüenza!

–Germán –respondió Lucio con una sonrisa de felicidad.

Mojaba la cama hasta no hace pocos años, fue hasta los 12, por el terror que sentía hacia mi madre, tan exigente y autoritaria.

Empecé a agitarme pensando en todas las cosas que podía haber dicho de mí. ¡Traidor! ¿Cómo se había atrevido? ¡Soy su hermano!

Fernandina, Celeste, Riley y Angélica me miraban con los brazos cruzados y con sonrisas de satisfacción. “¡Manga de arpías! Se han unido a esos dos traidores! Pero la peor basura es Germán, el único que sabía mi secreto,

mi propio hermano me traicionó”, pensé furioso.

Miré a Clara. Estaba atónita.

Con la mirada les pedí a Angélica y a Riley que me dieran una explicación por la actitud corporal que mantenían. Parecían las únicas dispuestas a brindarme de una respuesta a todo lo ocurrido.

–Derick... Germán y Lucio han contado cómo mojabas la cama y dormías con tu madre hasta los 12 años a todos los aquí presentes –anuncio Angélica.

Por un segundo reinó un silencio abismal. Germán le dedicó una mirada furtiva a Angélica. Yo le clavé mis ojos como cuchillas, sintiendo bronca e indignación. No podía creer que mi hermano me hubiera hecho eso. No había justificaciones ni razones para que me ridiculizara en público de esta forma.

Él no era así. No hacía esas cosas. Viniendo de Lucio hasta podría esperarlo, pero no de Germán. Sabía el dolor que me generaban esos malos recuerdos, pero no le importó. Me demostró lo malo que podía llegar a ser.

Una bronca terrible invadió mi pecho. Sentí un nudo en la garganta y tuve que hacer fuerza para no llorar. Quería entender por qué me había traicionado, pero era inútil. No había razones. Tuve el impulso de pegarle, de pegarle muy fuerte y de llorar, pero no.

Riley y Angélica eran vampiresas *strigois*. Mi madre era la reina de los *strigois*, por lo que ellas le debían respeto a ella tanto como a sus príncipes. Fernandina y Celeste seguro estaban de lado de Lucio, que a su vez estaba con Germán, no porque se llevaran bien, ya que *morois* y *strigois* no se tratan, sino porque Lucio es legalmente el hijo de su rey, por lo tanto su príncipe.

Me tapé la cara con las manos, llorando nervioso y muy herido.

–¡Mi hermano y me mejor amigo me traicionaron! ¿Qué más sigue? ¡Los dos son unos malditos! ¡Los odio! –dije llorando aún más fuerte y dirigiéndome a la zona más oscura del parque.

Angélica y Riley me detuvieron tomándome por las mangas, pero yo seguía haciendo fuerza y llorando para irme.

–¡Derick! ¡No puedes ir allí, tu madre no te deja y es peligroso! –gritó Angélica mientras me sujetaba.

–¡Mejor! ¡Que me pase algo, así se sienten culpables por la forma en la que me hacen sufrir!

–¡Derick, no es para tanto! –intervino Riley.

–¡Si que lo es gracias a las intrigas de Germán me dejaron en ridículo, y a ese otro traidor de Lucio, quien lo sigue adonde valla, ya no se cual de los dos son mas canallai

_Quizás Germán actuó por impulso, quizás este molesto por algún motivo-
prosiguió Riley

–¡Me odian. Se burlan de mí...traidores, traidores i

–No es así, Derick. Por favor razona. Va a venir tu mamá y las cosas se van a poner realmente feas...

Riley tenía razón. Si llegaba mamá se iba a enfadar mucho. Decidí ir al lado luminoso del jardín.

Miré el pasto. Estaba consternado; sentía tanta vergüenza como no había sentido jamás, pero esa fue la manera en que también sufrí la ausencia de mi padre. Germán sabía muy bien que estas cosas tenían mucho peso para mí... No le importó nada. Lo contó todo... clavándome un puñal por la espalda.

Mis ojos se pusieron vidriosos. Suspiraba y lloraba mientras pensaba cómo habrían sido capaces de hacer eso y por qué razón lo hicieron. Noté los pies de Lucio a mi lado.

–Ricitos de oro, como te encanta llamar la atención... –dijo en tono burlón.

Apreté los dientes mirándolo con odio. Si había algo que me enojaba era que me llame con ese sobrenombre tan humillante.

_ ¡Al que le gusta llamar la atención es a ti Lucio, eres tan intrigante y pendenciero ¿hasta que punto pretendes que sea paciente contigo con tus provocaciones?i

Lucio me miro asombrado por unos segundos, nunca antes lo había tratado de esa forma, pero era lo menos que se merecía

Mi bronca acumulada llegó a tal extremo que me transformé en cuestión de segundos. Mis colmillos crecieron y comenzó a salir sangre azul de mis encías. Los ojos se pusieron rojos y la piel pálida. De mis manos salieron garras. Ya no era dueño de mi mente. Solo sabía que quería tirarme de un zarpazo arriba de Lucio para darle una paliza, y lo hubiera conseguido de

no ser por las siete personas que me detuvieron. Me tranquilicé y volví en mí en pocos minutos, sin haber hecho ninguna locura que luego tendría que lamentar.

Lucio me miraba horrorizado.

–¡No es una persona cuerda! ¡Reaccionas como lo haría un animal salvaje Frederick! –exclamó corriendo hacia Angélica. La tomó y se tapó con ella como tratando de protegerse de mí. Lo señalé indignado mientras me sostenían.

–¡Traicionero! ¡Decías ser mi amigo, pero eres un traidor y una basura!

–¡Germán fue el que dijo que mojabas la cama! ¡Yo no te hice nada, si ni siquiera lo sabía!

Rogué que me soltaran y así lo hicieron. Estaba más calmado, pero aún muy enojado. Me dirigí a Germán con la mandíbula y los puños apretados. Él se reía e intentaba frenarme con las manos mientras yo lo empujaba hacia atrás.

–¿Por qué lo hiciste, eh?

Seguía riéndose en mi cara, como si fuera una broma. Yo volví a increparlo:

–¡¿Por qué?!

–¡Oye! ¡Vuelve a tocarlo y verás lo que te sucede! –me amenazó Lucio a pocos metros de distancia.

–¡Tú no te metas con mi hermano!- grite resaltando la palabra mi- ¡Esto es entre mi hermano y yo!

Germán aprovechó el minuto en que me distraje mirando a Lucio para escaparse entre risas. Enseguida lo alcancé y lo tomé de la manga. Lucio intentó golpearme, pero lo esquivé y ambos terminamos tomándonos de los pelos y pateándonos en el piso mientras gritábamos.

No tardaron en llegar mi madre y Christian. Ella me separó a mí y Christian a Lucio. Ambos llorábamos rojos de ira, con todos los pelos parados y sucios, deseosos de escapar de los brazos de nuestros padres que nos sujetaban con fuerza.

–¡Se supone que ustedes eran los mejores amigos! ¿Ahora qué les pasa? ¡¿Se han vuelto completamente locos?! –gritó Christian consternado.

–¡Él no es mi amigo! ¡Es una basura igual que el maldito de Germán!
–exclamé.

–¡A nadie le importa lo que hacías...! No era para que te violentaras de esa manera con Germán que es más débil que tu. ¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño?

Se me anudó la garganta. Nunca me sentí tan furioso como en ese momento.

–¡No iba a hacerle nada, aunque se lo hubiera merecido...!

Me moví rogándole a mi madre que me soltara, que no iba a pegarle a nadie. Me soltó y me fui corriendo al lugar oscuro del parque. Allí podría estar solo y tranquilo, rodeado de millones de árboles. Me acurruqué al lado de un bonsái y me largué a llorar agazapado. A los pocos segundos sentí que mi madre se sentaba a mi lado. Me abrazó mientras lloriqueaba en su hombro.

–¿Qué pasó, hijo? Dime –susurró suavemente mientras me acariciaba la cabeza.

–Es Germán. Les dijo a todos que yo mojaba la cama y que dormí contigo. ¡Es un traicionero! Él sabe lo que esos secretos significan para mí, pero no le importo. Lucio trató de defenderlo y por eso lo golpeé.

–Te entiendo. Pero no debiste reaccionar con violencia. Menos contra tu hermano, eso es una cobardía muy grande. Yo no te eduque así Derick

–¡Lucio mereció que lo golpe, ojala que le duela mucho la zarandada que le di, a ver si así aprende a no meterse en los problemas con mi hermano! ¡Quería matar a palos a Germán cuanta rabia siento mamá!

La cara de mi madre cambió de la comprensión y de la ternura a una expresión rígida.

–Estás muy violento, hijo... Sabes muy bien que los semi vampiros tienen muchas menos habilidades y fuerza que los vampiros. Tú, que eres un vampiro, querías golpear a un mestizo. Eso es el colmo de la cobardía. Encima te pavoneas de golpear a Lucio que poco tenía que ver en el asunto. Me decepcionas mucho... Realmente, creí que eras mejor persona.

Me soltó y se alejó un poco. Supe que tenía razón, pero estaba tan inmerso en mi indignación y en mi bronca que no podía detenerme a pensar que Germán no podría defenderse de mí.

–Derick... –susurró a mi espalda la voz arrepentida de Germán.

–¡Fuera de mi vista, traidor !

–¡Ey! No seas así de grosero con Germán. Él viene con buenas intenciones- dijo mama

–¡Yo no tengo intenciones de platicar nada con él! ¡Es un maldito!

Mamá se había compadecido de Germán y lo estaba abrazando como si fuera la víctima, siempre con su cara de ángel, haciéndose el bueno... Hipócrita. Ver eso me asqueó.

A su lado estaban Lucio y Christian, a quienes no los había escuchado venir.

Me levanté para irme a un lugar en el que pudiera estar solo.

–¡Derick, te quedas donde estás!- grito mama

Me detuve alzando los hombros, la miré de reojo. Estaba con los brazos en la cintura, firme y enojada.

–¡No comiences otra vez a traerme problemas, te habías compuesto, seguí así! ¿Quién te crees que eres para que todos te anden atrás? ¡Quédate aquí, no voy a repetirlo!

No me quedó otra que hacer lo que mi madre me ordenaba. Fui hasta donde estaba ella, me paré en frente de Germán, mirando por debajo del hombro a él y a Lucio.

–Supongo que le deben varias explicaciones, ¿no? –sugirió Christian, mirando a Germán y a Lucio uno a la vez.

Lucio se adelantó un paso, con una actitud afligida.

–Derick... pensé que Germán estaba mintiendo, creí que se trataba de una broma inofensiva, si hubiera sabido que eso te iba a afectar tanto no le habría seguido el juego. Lo siento –susurró arrepentido e intimidado por mi mirada de odio.

Aflojé un poco mi gesto y miré a Germán.

–Yo... –tartamudeó Germán.

En sus ojos visualicé lo arrepentido y lo mal que se sentía por lo que me

había hecho. No hablaba, estaba a punto de llorar.

–Muchachos, creo que no comprenden la gravedad de sus actos. Revelar intimidades del otro es una falta de respeto gravísima. Aprendan a respetar a sus semejantes si quieren que les vaya bien en esta vida –intervino Christian.

El justo diciendo eso, debería decírselo a su prometida que poco lo respeta, pienso

–Los tres están castigados. No saldrán del palacio. Lucio y Germán por lo que hicieron y Derick por golpear a Lucio–dijo mamá con voz tranquila.

Luego se fueron, dejándonos a los tres solos. Me quedé con deseos de gritar que no era justo para mí, ya que ellos habían generado el problema, pero con eso no lograría nada, solo un castigo más severo.

–¡Ay, no...! –chillé, tapándome la cara.

–Yo... lo lamento, Derick... –susurró Germán bajando la mirada y tocándose los dedos–. Es que a mí me dio bronca lo que hiciste.

Levantó la mirada mirándome fijo. Observé en sus ojos lo indignado y enojado que se sentía por haberme hecho hechizar. Él creía que me había arruinado la vida asesinando mi libertad. Pensaba que no era consciente de lo sucedido. Lo miré con odio. “Excusas. Nada justifica lo que hiciste”, pensé.

Germán se fue seguido de Lucio. Volví a quedarme solo. Me arrodillé en el piso mirando el hermoso pasto verde, tupido y sano y me sentí un poco mejor.

En mi mente, sentía la voz de Germán hablándome:

–Me da bronca que siempre actúes según tus impulsos, por eso conté tu secreto. De todas formas a nadie le importa lo que hacías y, si aún hubieras quedado en ridículo... tampoco era para golpear a Lucio, el no tuvo nada que ver, incluso creía que era mentira...

–¿Por qué te haces el que no lo sabes? –le pregunté.

Desde que llegó Lucio a nuestras vidas empecé a notar que mi hermano me desplazaba por él. Nunca manifesté mis celos; los padecía por dentro, en silencio. En dos años y medio nunca mencioné el problema y ahora él actuaba como si no lo supiera. Apreté los puños y la mandíbula y, bajando la cabeza, me puse a llorar.

–No es así –me respondió.

–¡Sí que lo es! ¡Desde que llegó Lucio me dejaste de lado por él! Seguro que ya no te importo... ve quédate con Lucio... ¡tu nuevo hermano!

–¡Nunca te dejé de lado! Tú eres mi hermano y siempre te voy a querer más que a cualquiera.

–Hace dos años y medio que me siento desplazado por Lucio, tu eres el único que lo sabes muy bien, sin embargo nunca me hablaste de eso, yo necesito hablarlo

Germán no me respondió, pero pude sentir su aflicción. Lo sé, el quiere mucho a Lucio, es su mejor amigo, pero me quiere aun mas a mi porque soy su hermano. Ahora lo veo claramente. Son mis celos que lo lastiman y lo único que lo alejan de mí

–Perdóname, Germán... No quise pegarte porque hayas hablando. Quise hacerlo porque estaba tan furioso que hasta olvide que eres semi vampiro. Lo siento.

–Estás perdonado. Yo lamento haber dicho todas esas cosas de ti.

Ahora todo estaba mejor. Todo había vuelto a la normalidad.

Bajé la mirada pensativo. Germán siempre me hacía entrar en razón... Él era mi lado sensato, el que apaciguaba mi casi nulo autocontrol.

Lucio se me apareció haciendo un sonido gutural:

–Ya que todo se resolvió, ¿por qué mejor no volvemos? –giré mi cabeza mirándolo. Sus ojos verde esmeralda revelaban dolor; su boca de labios gruesos, estaban flojos, dando una expresión de perrito mojado. Estaba arrepentido.

Lucio era demasiado consciente de que no era hijo de Christian. Él le decía “papá”, y Christian lo trataba de “hijo”, pero no se sentía tan así. Había *morois* que lo miraban por lo bajo, haciéndole creer que no merecía el lugar que ocupaba. ¡Malditos canallas! Aún no sabíamos quiénes eran. Solo esperaba que no se tratara de su otra familia. Sentí vergüenza de mi, por haberlo golpeado, me sentí una bestia, un bruto, también sentí mucha pena por él, porque no se merecía pasar por esas humillaciones.

Lo miré fijo, aflojando la mandíbula, moviendo la cabeza asintiendo.

–Sí...

8. Graves problemas con Lucio

En paz fuimos caminando hasta la parte luminosa del parque donde esta el resto de nuestros amigos. Noté a Lucio caminar con la cabeza gacha, parecía angustiado. Le apreté el hombro para consolarlo. Se dio vuelta mirándome con una sonrisa conformista.

Nos encontramos con Germán. Él se adelantó tirándose a la espalda de Lucio para que le hiciera caballito. Lo llevé a cuestras durante todo el recorrido. El suele subir a la espalda de Lucio, es un juego extraño entre ellos que yo nunca entendí

Germán era poco más bajo que yo, de contextura muy delgada. Lucio, en cambio, era grandote y un poco gordito. Los dos se volvieron muy íntimos, inseparables, desde que Lucio llegó al palacio, me cuesta mucho no sentir celos de mi hermano cuando antes de que llegara Lucio nuestra amistad era más estrecha, aunque sé que es egoísmo de mi parte

Germán se dirigió a mí ni bien llegamos a la parte luminosa del parque, sacándome de mi distracción.

–Derick yo me siento fastidiado con tu actitud impetuosa, deberías pensar un poco antes de actuar. Nunca razones actúas siempre impulsivamente, por emoción, así como un animalito sin juicio

Decidí ignorarlo, aunque sentía decesos por enojarme con él. suficiente tuve que soportar que me humillara por que no soporto que me haya hecho hechizar por Clara en ese salón, como para encima tener que soportar sus quejas, recién lo había perdonado y yo no soy un muchacho que tenga de mucha paciencia, al contrario mi temperamento es colérico, suelo enojarme con demasiada facilidad

–Germán, ¿para qué vamos a pensar en esas cosas? Mírame a mí, soy totalmente impetuoso, tanto o mas que Derick, siempre me he dejado dominar por mis emociones y no me ha ido mal con mi forma de ser

Germán se limito a mirarlo de reojo, con una mirada que lo decía todo

–Oye, no creo que lo que haga este mal, solo tengo 15 años, estoy en plena adolescencia es natural en mí el divertirme, el romper las reglas, ser descontrolado. Es que mi papa es demasiado anticuado- responde Lucio

–No, tu padre tiene razón, en cada palabra que te dice- dice Germán señalándolo

–Además necesito desquitarme de alguna manera –siguió Lucio, luego hizo una pausa, continuando con otro tono–. Eres igualito a mi padre, se

toma estas cosas de la conducta y la cordura tan a pecho...

_ Christian tiene mucha razón en sus consejos, deberías escucharlo, además se porque lo haces, debes saber... que romper artefactos públicos, crear disturbios en el mundo de los humanos no te dará la paz que necesitas, solo te hará sentir bien momentáneamente, pero también te recarga de más odio y rencor contra los moroi y tu pasado

Lucio se cruzo de brazos poniendo cara de enojado y con la mirada al horizonte.

Lo que le dijo Germán había tocado una fibra sensible de su ser, sus palabras eran cien por ciento ciertas, quien mejor que Germán para decir las palabra justa, el conoce el interior de Lucio mejor que cualquiera, no solo por sus grandes habilidades síquicas. Lucio es mas que su mejor amigo, el es también su confidente

Lucio no respondió. Siguió en silencio por unos minutos hasta que susurró:

-Todos ya me tienen harto metiéndose en mi vida.- y se fue

Como era de esperar en Lucio el siempre se estaba yendo ofendido. Qué extraña forma de mostrar disgusto, irse. Como era de pensar Germán fue tras de el dejándome solo.

No importaba, yo me sentía muy feliz contemplando la belleza de Clara, mi novia, inundado en mi propio deleite, observarla bajo la penumbra de la luna, admirarla en silencio era como un bálsamo a mi alma. Hasta que volví a escuchar, para mi desgracia, la voz chillona de mi futuro hermanastro

_ ¡Derick! -Lucio chasqueó los dedos en mi cara. -¡Derick! ¡Autista, tonto, baja al planeta tierra! -siguió gritando en mi cara.

_ Basta Lucio, deja de molestarme, parece que lo haces a propósito, esa manía que tienes tu de fastidiar me tiene cansado

-Tranquilo no voy a seguir molestándote- me dijo con una sonrisa amistosa, por momentos creí que quizás no venía a molestar. Cielos, a veces pienso que ese chico también se desquita fastidiándome de gusto - entiendo lo que sucede... esa niña te atrapo ¿no?, te enamoro la archiduquesa McLagguen. Está bien Derick, su familia es muy destacada entre la sociedad no seria para menos -Lucio me miró como lo hacía Christian cuando me dijo: "¿No estarás enamorado?", también se comportaba igual que el, como cuando Christian me acompañó a mí y a Clara, fijándose en la posición social. Seguramente si se trataba de una muchacha de una escala menor dentro de la nobleza vería mal mi

noviazgo con ella

Lucio es demasiado parecido a Christian, además de físicamente, compartían muchos gestos y mañas e incluso algunos ideales como la importancia de la posición social

–Aún es muy pronto. No creo que llamarlo “amor” sea la palabra apropiada. No sé... Debe ser otra cosa.

–¿Tú qué sabes de esas cosas, Derick? Solo tienes catorce años.

Nos quedamos unos segundos callados, mirando al horizonte cuando vimos venir a una vampiresa alta de figura esbelta, rubia, de pelo lacio y largo. A su lado, un vampiro alto, flaco y musculoso, mucho menos robusto que Christian, de pelo hasta el cuello color caoba, entre ondulado y rizado. Eran la hermana menor de Christian y su esposo Jasón.

Ni bien estuvieron lo suficientemente cerca, Lucio se puso pálido de golpe, tragó saliva clavando sus ojos en Jasón. Se veía a simple vista que le tenía mucho miedo, tanto que no podía disimularlo. No me explicaba el porqué.

Germán, Angélica, Riley y yo notamos al instante su cambio anímico y nos acercamos a su cara mirándolo perplejo. La voz de Ariadna, la hermana de Christian, nos interrumpió:

–Derick, tu madre ha preguntado por ti. Te está buscando.

Levanté la cabeza boquiabierto.

–Mi mamá... ¿por qué?

Ariadna frunció la boca, levantó la cabeza y me miró por lo bajo. Jasón intervino:

–Encontraron el suelo de uno de los salones reales empapado de sangre azul.

Me puse pálido de golpe. No lo podía creer.

–Mi hermano, cuando encontró semejante desorden, llamó a unos sirvientes para que limpiaran. Todo el suelo estaba repleto de sangre. ¿Qué pasó, Derick?

Mi corazón empezó a latir fuerte. Revoleé los ojos de un lado al otro, con cara de pavor. No podía creerlo. Había dejado que mi sangre corriera manchando todo el suelo. No podía pasarme nada peor. Me daba miedo mentir y decirles que me había caído, pues quizás no me creyeran y toda

la verdad saldría a la luz. Entonces ahí sí estaría frito.

–Fue Christian... –susurré con una voz gutural. No se me ocurrió decir otra estupidez más grande.

–¿Mi hermano? –Ariadna se acercó a mí, molesta, enojada–. Jamás haría cosa semejante. Fuiste tú –dijo, como si la hubiera insultando culpando a Christian.

Dejé caer mi cabeza suspirando por la desesperación de pensar en lo que vendría.

–Lo siento. Me caí.

–Tu madre quiere que vayas ahora.

–Ariadna, ahora estamos ocupados. Derick irá después –intervino Germán, apresuradamente.

Entre muchos de sus dones estaba la coerción. La utilizaba con facilidad mirando a los ojos a la persona. No tuvo muchas oportunidades de presumir de ese don, pero esta vez parecía ser uno de esos días en los que necesitaríamos mucho de sus dones.

Lucio seguía duro, mirándolo a Jasón de reojo, acongojado y con la cabeza gacha. Él, por su parte, ni siquiera advirtió su existencia, solo cuando se estaban yendo le dedicó una mirada furtiva.

Germán y yo nos miramos asombrados. Era el cuñado de Christian quien estaba molestando a Lucio y quién sabe hacía cuánto tiempo. Incluso después de irse Jasón, Lucio continuaba con la cabeza gacha, suspirando agobiado y temblando.

Germán se arrodilló frente a él, apoyando las manos sobre sus rodillas. Yo me ubiqué a su lado. Lucio levantó la cabeza y fue cuando él lo vio a los ojos que me apretó del brazo y juntos nos trasladamos hacia ese episodio de su vida metiéndonos adentro de su cuerpo.

Aproximadamente a las 8.10 de la tarde habían llegado la tía y los primos de mamá.

Lucio había optado por quedarse solo, sentado en una punta, apartado de las miradas curiosas, tranquilo con sus pensamientos hasta que apareció Jasón y se paró frente a él.

–Es un lindo día hoy, ¿no te parece? –dijo con un tono amenazante.

Lucio lo miró de reojo sintiendo terror.

Jasón fue el primero en insultarlo y en ofenderlo cuando tenía nueve años. Lo molestaba haciéndole entender que siempre iba a ser un bastardo y una molestia porque ningún *moroi* quería a un *strigoí* como príncipe.

Él fue quien durante su niñez lo atormentó y Lucio jamás dijo una palabra.

–¿Qué quieres?

Jasón sonrió conforme reclinándose hacia atrás

–No te preocupes, niño. Hoy mi visita es con fines más directos.

Lucio frunció el ceño. Su corazón empezó a latir fuerte. Se sentía cada vez peor en compañía de Jasón. Sin embargo, no se largaba de ese lugar. El dominio de Jasón sobre Lucio era impresionante.

Jasón lanzó una carcajada.

–¿Así es como obtienes la protección de tu tío, mi soberano? Poniendo cara de criatura desamparada...

Lucio agachó la cabeza mordiéndose las uñas, haciéndose chiquito en la silla.

–Déjame en paz... –susurró con voz llorosa–. ¡Ya me dijiste todo lo que debía saber! ¡Ahora déjame tranquilo!

Lucio empezó a derramar lágrimas de sus ojos. Jasón se consternó mirando hacia delante, vigilando que nadie haya escuchado el grito. Una vez que se aseguró de que nadie había oído, le manoteó una oreja tironeándolo hasta el medio de la mesa, mientras vigilaba que no se acercara nadie.

–Escúchame una cosa, bastardo insolente. Vuelve a gritar así y te aseguro que será el último día de tu asquerosa vida. No tienes idea de lo fácil que es mandar a matarte... Te lo advierto, bastardo... Si quieres salvar tu vida y la de tu hermana, tendrás que escuchar cada palabra que te diga y seguir mis indicaciones.

Jasón lo soltó. Lucio quedó adolorido del tirón, miró con la intención de irse, pero fue detenido por las palabras de Jasón.

–En tu lugar, ni pensaría en irme. No darías tres pasos vivo...

–¿Por qué me haces esto?

–Vamos, Luciano, yo te desprecio. Pero no creas que mi odio por ti es tan alto como para desear tu muerte, además... –Jasón se acercó a su cara susurrándole en secreto– si solo eres un bastardito cualquiera que tuvo suerte enterneciendo a un rey... Bien sabemos que tu lugar es en un sucio orfanato lleno de ratas, no bajo el ala del rey de los *moroi*.

Jasón volvió a su lugar sonriendo, disfrutando del tormento interior que sus palabras le generaban a Lucio.

–¿Sabes una cosa...? Sé quién fue tu creador. Sé que viviste unos meses en la calle y sé que fue él quien te golpeó y te violó el mismo día en que Christian y Sophia te encontraron casi muerto.

Esa era la dolorosa verdad de Lucio. Un lastimoso recuerdo por el que seguía sufriendo.

Lucio se puso pálido de golpe, sintiendo su corazón como un tambor en la garganta, recordando ese día que lo marcó para siempre. Sus ojos se nublaron de lágrimas; su cuerpo tembloroso se desplomó arrastrándose debajo de la silla, haciéndose uno con el suelo.

–Sophia estaba buscando a ese canalla. Me había encargado a mí el trabajo de eliminarlo. Era difícil localizarlo. Un vampiro demasiado poderoso... Justo cuando lo conseguí, terminaron siendo otros los que se encargaron de él.

Jasón trabajaba para mi madre aún antes de convertirse en el cuñado de Christian, localizando a los *strigoi rebeldes y callejeros que estaban a favor de los licantropos y en contra del reino vampiro* con sus poderes síquicos y su don de rastreo de personas.

–Basta, por favor –rogó entre lágrimas.

Jasón se acercó a su cara, serio.

–Escucha, Luciano, los vampiros de Helsinki ya no soportan tenerte como príncipe y quieren eliminarte. Los *strigoi* han sido durante siglos vistos como una amenaza para nosotros. Antes de que Sophia sea declarada reina de Oulu, los *strigois* callejeros eran millones y atormentaban a cuanta familia *moroi* se les cruzara matando a sus hijos y a sus padres, llevándose a las vampiresas, quemando palacios y muchos abusos más, que no quiero nombrar. Sophia eliminó a los *strigoi* rebeldes fuera del sistema cuando se hizo reina y ahora los callejeros casi no existen. Por esa razón los *moroi* y los *strigoi* pueden estar hoy bajo el mismo techo, lo que no implica que hayamos olvidado todos los abusos de los que fuimos víctimas. Menos aun la guerra que implanto nuestra tan profunda

enemistad, como olvidar ese echo. Hoy en día no hay tanta diferencia; mientras nosotros tuvimos un pasado limpio y tenemos vampiresas capaces de producir de sus vientres las dos razas más impresionantes y poderosas de guerreras vampiresas... ustedes tienen una reina que vale más que todas sus generaciones... Sophia puede hacer lo que le plazca, pero Christian no es tan extraordinario, y tenerte como príncipe a ti es una provocación para nosotros. Va a comenzar una guerra civil si tú no sales de su vida ahora.

Lucio levantó la cabeza mirándolo con horror.

–No quiero abandonar a mi papá. Él me salvó y me lo dio todo. ¿Por qué voy a hacerte caso? ¿Quién me asegura que no me estás engañando?

Jasón sacó de su bolsillo una carta y se la mostró.

–Esto fue escrito hace como un mes, en una reunión privada entre Christian y su representante mayor, Greta.

Lucio, confundido, miró primero a Jasón y luego la carta.

–Sabía que no me creerías, por eso me las arreglé para averiguar el día, la hora y el lugar de esa reunión y mandé a un chivo expiatorio para que copiara.

28 de diciembre

El problema era muy claro. Greta le explicaba a Christian lo fastidiado que se sentía el pueblo con el príncipe Luciano porque era de su raza enemiga, pero no solo eso, sino que, además, compartía con su hermana *moroï* un vínculo sanguíneo y afectivo estrecho.

Los vínculos afectivos y o sanguíneos entre los *moroïs* y los *strigoïs* eran repugnantes ante la sociedad. El vínculo afectivo y sanguíneo entre Luciano y Milagros era una provocación para el pueblo.

Entonces, el problema no solo era el desprecio al príncipe Luciano, sino, además, que este tuviera una relación afectiva con una *moroï* que, casualmente, era su hermana.

Greta explicó con exactitud lo cerca que se sentía la guerra. Las manifestaciones y el malestar eran constantes.

Christian se aferraba a seguir conservando a Lucio bajo su cuidado a toda costa, asegurando que él tomaría la situación en sus manos y la arreglaría. Greta no le dio esperanzas de conseguirlo, sino lo contrario.

Ambos discutieron fuerte durante dos horas sin llegar a ningún acuerdo.

Lucio rompió en llanto. Su cara se desfiguró en gestos de dolor y de desesperación recordando los años que pasó junto a Christian, en el palacio, con nosotros y su hermana, el dolor de entender que lo mejor era desaparecer de su vida y de la de todos a los que apreciaba. Era como volver a ser golpeado y abusado por ese *strigoi* que casi lo mata.

Jasón lo observaba indiferente.

–Hay una casa de refugio a unos cuantos kilómetros de aquí. Debes ir allí. Te proporcionarán una familia sustituta en un país alejado de Rumania. Puede que en ocasiones pases mucho frío, hambre y te golpeen si no cumples tus deberes de criado, pero entiende que ese es tu lugar... Seguro es difícil para ti... Christian te mimó como no te lo merecías y te dio un lugar que no te corresponde. Pero las cosas deben ser así. Ya has disfrutado... Es tiempo de volver a la realidad.

Lucio se tomó la cabeza con las manos. Temblaba como una hoja de papel y lloraba sin cesar.

–No quiero dejar a Christian y a mi hermana, ni a mis amigos Germán y Derick... No puede ser que no haya otra solución...

Jasón lo miraba tranquilo. En sus ojos se veía el asco que le producía Lucio.

–No la hay... Y si quieres algo a tu hermana Milagros, te recomiendo que huyas hoy mismo porque cuando se produzca la guerra querrán matarlos a los dos, y bien sabes lo fácil que es asesinar a una vampiresa *moroi* de apenas cinco tiernos años.

Lucio levantó la cabeza haciendo esfuerzos por calmarse.

–Está bien... Lo haré –dijo con total decisión y dolor.

–A la una en punto te estará esperando en la puerta un vampiro encapuchado con una capa negra. Él te llevara hasta allí. Sé puntual. Cálmate y que no noten que has estado llorando.

Lucio le dedicó una mirada de bronca, de dolor y de odio, con la cabeza gacha, apretando los dientes. Jasón le respondió con una sonrisa de desprecio y se marchó.

Germán, Lucio y yo salimos de ese viaje mental hacia ese episodio del cual no sospechábamos nada.

Lucio temblaba y suspiraba con lágrimas en sus mejillas, mirándonos a ambos con pavor.

Estábamos horrorizados. También llorábamos, compartiendo su angustia como si fuera nuestra.

Aún no podíamos comprender cómo, durante los últimos dos años de compartirlo todo con él, ambos ignorábamos por lo que había pasado Lucio. Definitivamente, no era como nosotros. La vida lo había maltratado y necesitaba ayuda. Aunque ahora comience a entender porque mi mamá se va a casar con Christian, 28 de Diciembre, un mes es casi el tiempo que mi madre lleva de novia con Christian. Ahora las cosas tienen mas sentido

Germán quiso correr hacia el salón de fiestas real donde se encontraban Christian, mamá y los demás, pero Lucio lo detuvo.

–¡Germán! Por favor, ustedes tienen un corazón muy puro y han sido fundamentales en mi vida, pero ya no hay más nada que puedan hacer por mí –dijo con voz forzada entre temblores y llantos–. Tener que huir es condenarme al peor de los infiernos... Tengo mucho miedo y no quiero hacerlo, pero no hay otra forma de salvar a mi hermanita.

–Pues yo creo que no es tan así, Luciano... –dijo Germán con calma, mirándolo a los ojos.

Lucio comenzó a tranquilizarse. Creía en las palabras de mi hermano, pues su mirada franca era esperanzadora.

Luego, Germán se dirigió rápidamente al salón y Lucio volvió a desestabilizarse emocionalmente. Riley y Angélica se colgaron de sus extremidades con la intención de calmarlo. Les pedí que no lo dejaran ir a ninguna parte y salí corriendo detrás de Germán. Lo que más me preocupaba era no se dejara llevar por la ira del momento echándolo todo a perder. Conociéndolo, sabía que su deseo era romperle la cara a Jasón en mil pedazos, pero esa no sería la solución. Había que decírselo a Christian con palabras exactas y con calma.

Cuando entramos al salón, ubicamos a Christian. Estaba con mamá, Melisa, Jasón y Ariadna, tendiendo en los brazos a la pequeña Mili. Todos se hallaban sentados a la mesa conversando animosamente.

Germán corrió hacia ellos como un torbellino y yo lo seguí. Se paró en el medio de la multitud observando a cada uno con la mirada desquiciada. Fijó los ojos en Jasón con odio y desprecio. Todos se sintieron muy incómodos. Miraban a mamá como preguntándole qué le pasa a su hijo.

Ella los miraba alternativamente a Germán y a Jasón.

–¡Jasón! ¡Amenazaste a Lucio! ¡Le dijo que si no huía a un orfanato se desataría una guerra en Helsinki! –y luego se dirigió a todos–, ¡envió un chivo expiatorio para que escribiera la discusión entre Christian y Greta para demostrarle que si no lo hacía se iniciaría una guerra civil que pondría la vida de él y la de Mili en peligro!

Christian se sobresaltó con un grito que hizo llorar a Mili.

–¿Qué?!

–¡Amenazó con matarlo si no hacía lo que le ordenaba!

–¡Está mintiendo! –saltó Jasón colocando su rostro a la defensiva, contorsionado de miedo.

Germán lo señaló gritando más fuerte y generando aún más alboroto.

–¡Viene provocándole desde los nueve años! ¡Es un mal tratador!

Jasón agarró a Germán por la muñeca.

–¡Compórtate, niño!

–¡Quita las manos sucias de encima de mi hijo! –intervino mamá parándose de la silla enojada

Christian se había transformado. Se tiró encima de Jasón y le rasguñó la mitad del traje quedando con el pecho al aire.

Mamá lo sujetó de la espalda haciéndolo volver en sí.

–¡Christian! ¡Aquí no, Christian! ¡Basta!

Mientras tanto, Jasón trataba de incorporarse con dificultad, los cuatro rasguños profundos a lo largo del pecho largaban mucha sangre. Mi madre casi le arranca la mejilla.

Christian estaba enloquecido.

–¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! ¡Te voy a matar, hijo de puta!

–Christian, Milagros... –dijo mi madre mirando a Mili.

Ariadna estaba aterrada llorando por su esposo con Mili llorando aterrada

por la reacción de su padre pegada a su cintura.

–¡Alguien lleve adentro a mi hija! – ordenó Christian

Ariadna se la entregó a la niñera que estaba más cerca.

–¡Sal fuera, Jasón! ¡Debemos hablar! –le gritó Christian a Jasón con una sonrisa de satisfacción por el castigo que iba a imponerle a su enemigo.

Ariadna abrazaba a su esposo mientras salía. Melisa estaba a su lado, acariciándole la espalda a su hija como consuelo. Christian y mamá caminaban unos metros delante de ellos.

Una vez fuera del salón, Christian se dio vuelta y de un salto estrelló el cuello de Jasón contra la pared mientras Ariadna se tiraba al piso desesperada, rogando a su hermano que no le hiciera daño.

–¿Así que te gusta meterte con los niños? ¡Maldito! ¡Basura, te metiste con el chico equivocado! ¡¿Quién te crees que eres para amenazar a mi hijo?! ¡Te voy a matar, basura! ¡Hijo de puta!

Lo golpeó y lo maltrató, y lo hubiera matado de no ser porque mamá intervino.

–¡Christian, no lo mates!

–¡Quiero que me diga todo lo que le hizo a mi hijo! Si lo dice, tal vez considere la posibilidad de dejarlo vivir...

Ariadna se levantó del suelo gritando desesperada:

–¡Solo le dijo la verdad! ¡No puedes seguir conservando a ese *strigoi*! ¡Por protegerlo la guerra se avecina en Helsinki! ¿Acaso no vez que es un bastardo?

–¡Vuelve a llamarlo así y no me importará que seas mi hermana! ¡Traidora! ¡Seguro tú sabías lo que este canalla le hacía a mi hijo!

–¡Mamá también sabía lo que Jasón le hacía a ese *strigoi*!

Christian miró a los tres con horror, mientras daba unos pasos hacia atrás.

__ ¿Ese *strigoi*?... – Christian observaba con horror a cada uno de los tres- ¡Lucio no es ese *strigoi*! ¡él es parte de la familia! ¡tu sobrino y tu nieto! ¡Hijo de mi hermano gemelo Helioi, ¡quien con tanto cariño nunca se alejó de mí, mi compañero, mi mejor amigo, confidente, compadre, quien estuvo a mi lado aun cuando todos me habían abandonado!- Christian

rompió en llanto, emocionándose por el recuerdo de su hermano-
inosotros éramos como Derick y Germán, o incluso más compañeros...
iyo, yo estaría muerto de no ser por Helio quien en más de una ocasión
me salvo la vida, tanto sufrí su muerte como ninguna de ustedes dosi.
Cuidar a sus hijos, protegerlos, amarlos y criarlos como si fueran míos
propios es lo menos que puedo hacer y aun quedaría corto al lado de todo
lo que Helio ha hecho por mii

Melliza se veía quebrada por el discurso de su hijo. Pero su hermana
Ariadna seguía rígida, e imparcial

_ Te hubieras quedado con Milagros y le dabas a Luciano a alguna familia
que lo quiera si se trataba de una cuestión del deber – le respondió
Ariadna

_ ¡¿Me crees tan cruel como para separar dos hermanitos Ariadna?i

–Pero si de todas maneras no vas a poder quedártelo Christian, tu pueblo
está furioso, los morois ya no toleran mas esta ofensa, se avecina una
guerra, todo por tu capricho. Los morois no toleran a los strigoi ¿o ya te
olvidaste el oprobio que sufrió tu pueblo a manos de los que son de esa
raza? ¿Te has olvidado de la guerra de 1514, en donde esos vampiros
strigoi planearon y atacaron a los vampiros morois, tu pueblo, en gran
masa quemando palacio, cobrándose millones de vidas, ¿todo para qué?
Para satisfacer sus decesos lujuriosos, llevarse cautivas algunas
vampiresas moroi como lo hacen esos pérfidos licántropos?

_ Estamos en el 2008 Ariadna, de aquello paso casi 500 años, desde que
surgió esa enemistad los strigoi rebeldes se duplicaron hasta que Sophia
asumió la corona y apaciguo el problema. La enemistad entre moiors y
strigoi es algo que debe acabar, no permitiré que sigan padeciendo
inocente como Lucio por causa de esa ridícula enemistad, mi pueblo
debería volver a tratar con ellos como fue desde el principio iNo se puede
estar todo una vida sintiendo resentimiento de nuestros propios
hermanosi iSomos todos hermanos, seremos de distintas razas, pero
todos somos vampiros, los lazos sanguíneos nos unen, Helsinki y Oulu,
son reinos hermanos, somos uno

_ iTu no vas a ser quien reconcilie a los morois con los strigoi ellos nunca
van a olvidar esa ofensai- respondió Ariadna

En una esquina vimos a Lucio. Se las había ingeniado para liberarse de
sus amigas y para venir donde estábamos nosotros. Estaba paralizado,
pálido, agitado, asustado y lloraba.

Christian lo miró con los ojos muy abiertos.

–¡Lucio! –le gritó ni bien salió corriendo hacia la puerta de salida. Corrió hasta alcanzarlo y lo sujetó con dificultad.

Él gritaba y lloraba. Tenía la cara colorada por los nervios y por la angustia. Revoleaba los brazos y las piernas al azar. Luego de varios minutos, logró tranquilizarse. Ambos se sentaron muy agitados. Lucio se amarró al brazo de Christian llorando, mientras él le acariciaba la espalda y le daba largos besos en la coronilla de la cabeza y en el hombro derecho.

–Tengo mucho miedo... No me quiero ir... No quiero que te obliguen a dejarme. Temo que tengas que hacerlo y terminar en un sucio orfanato, como dijo Jason –susurró con una voz que denotaba profundo dolor.

Christian tensó los grandes músculos de sus brazos alrededor del torso del regordete niño vampiro de quince años, apegándolo a su pecho. Con la mano que tenía cerca del cuello le acarició una mejilla y apoyándole la cabeza en su hombro, la besó.

–Nunca te voy a dejar ni permitiré que te alejen de mi lado. No dejaré que te hagan daño... Te amo a ti, y a tu hermana más que a nadie en este mundo, y no renunciaré a ustedes. Son mis hijos, sin importar lo que digan las demás personas.

–Pero... y si se desata la guerra... será por mi culpa.

–Shhhh... –susurró Christian apoyando su mano musculosa y grande sobre la cabeza de Lucio–. Eso no va a pasar. Tengo todo bajo control. Créeme... ¿Recuerdas lo que te prometí cuando te encontré?

–Sí...

–Nunca permitiré que te vuelva a pasar nada malo. Te dije que te cuidaría y que jamás te faltaría nada si aceptabas quedarte conmigo.

–Lo sé...

Christian retiró la mano de su cabeza hacia el hombro y la besó varias veces.

–Todo saldrá bien... Tú me diste un regalo muy grande Lucio. Me devolviste la alegría de volver a ser padre, luego de que Ladislao murió. Te lo agradezco, hijo. Siempre te lo agradeceré...tu eres mi hijo aunque el vinculo de sangre diga que eres mi sobrino. Eres mi hijo Lucio, eres mi hijo y yo te amo mucho

Lucio cerró los ojos dejando salir las últimas lágrimas y levantó la cabeza. Christian le besó la frente. Le acarició el cabello, mientras el muchacho

escondía la cabeza en su hombro.

Era imposible no conmovirse y llorar ante una escena como esa

Christian se levantó para llamar a unos sirvientes que estaban a varios metros de allí.

–Lleven a Lucio, y también a Germán y a Derick que están atrás de aquel arbusto, a la sala de estar principal y que no se muevan de allí hasta que su majestad la reina y yo vayamos.

Dos vampiros *varacolaci* nos tomaron de los brazos sacándonos de allí

9. Viaje a París

Permanecemos en la sala de estar principal.

Lucio se tiró en el sillón blanco a llorar. Nosotros lo consolábamos sosteniéndolo de un extremo y del otro, pero no conseguíamos que se calmara. Se lo veía fatal; tenía la cara colorada. La temperatura corporal le había subido y temblaba.

–Lucio, basta, por favor... Ya no llores. Nos afliges a ambos–dijo Germán con cara de preocupación.

–Tengo miedo de que si me quedo con Christian, los vampiros moroi me maten a mí y a mi hermanita. Además, él se está peleando con su familia por mi culpa.– respondió Lucio lloroso

_No sucederá tal cosa, se porque lo digo- la mirada de Germán sobre Lucio revelaba un secreto- en cuanto a Melliza y Ariadna, no son más que unas miserables, quien desprecia al hijo de su propio hijo y de su hermano no merecen nada

–Melliza y Ariadna, no me coincidieran hijo de Helio, mi verdadero padre, desde el día en el que me transformaron en vampiro strigoi, para ellas yo no paso de ser un bastardo y una amenaza, para ellas su única nieta y sobrina es mi hermanita

–¡Pero eso es muy injusto!– intervine

_ Así son las cosas Derick, Melliza, mi abuela es una vampiresa moroi y Ariadna es la esposa de un vampiro moroi... por eso ellas detestan a los que son de mi especie, ustedes son hijos de la reina de los strigoi, por eso no existe esa enemistad entre la familia Órcelo, pero si entre los McCruin, no debieron haber dicho nada... Todo sería mejor si yo hubiera huido

–respondió Lucio.

–Justamente porque Christian se va a casar con la reina de los strigoi es porque no deberías preocuparte por esa guerra que no va a realizarse- dijo Germán

Lucio miro de reojo a Germán, moviendo su cabeza hacia el muy lentamente

–Es cierto...

Germán bajó la cabeza mirando y sonriendo de un modo cómplice.

–Todos los vampiros morois, strigoi, varacolaci o Boath sit tiemblan ante la soberana de Oulu, mi mamá, y los *moroi* la recuerdan con profunda admiración. ¿Crees que ellos se atreverían a meterse con alguien de su familia? Hasta Jasón menciono la excelencia de mi madre ¿no recuerdas?. Además cuando esto acontezca ya no serán dos reinos divididos, sino un solo imperio. El imperio vampiro

Lucio se tildó bajando la mirada a un costado, con la boca abierta como meditando.

–De todas formas no creo que los vampiros moroi abandonen esa enemistad ... pero, reconozco que tienes razón Germán, si Christian se casa con Sophia, entonces los vampiros moroi no se ateeverian a hacerme daño, ahora lo entiendo... - Lucio frunce el ceño con cara de confundido- ¿pero porque lo haría? ¿Por qué se sacrificaría Sophia, casándose con alguien que no ama? ¿Solo para protegerme? ¿Por qué? no soy su hijo, no soy nada de ella

Germán y yo nos miramos mutuamente. En sus ojos lo veía, el único capaz de contestar esa pregunta era Germán, el sería el único que conocía esas razones misteriosas.

El continuaba mirándome de reojo, lo sé, quería que también lo supiera aunque no podría decírselo a Lucio, porque no entendería, ni seria lo mejor.

Todos sabemos que Lucio y mi madre tuvieron un hijo mientras estaban casados, mi hermanó de parte de madre Ladislao, quien la tragedia de una muerte prematura se lo llevo ¿Cuánto podría parecerse Lucio al fallecido Ladislao?

Pero el interés de nuestra madre no era solo por Lucio, Milagros la pequeña la movía algo más que solo el deseo por ser madre de una niña,

algo que yo desconocía

–Bueno... Tú eres nuestro mejor amigo, vives aquí en el palacio hace tres años. Yo creo que te quiere.

Lucio recorrió el lugar con la mirada, y esa expresión de confusión.

–Que raro... no es por ofenderlos, pero además de ustedes dos es extraño que Sophia quiera a alguien

Lucio permaneció callado y serio, meditabundo. Mientras yo y Germán no dejábamos de mirarnos preguntándonos mutuamente si sería buena idea decirle a Lucio, la persona que recuerda nuestra madre cuando ella lo ve a los ojos

Fue entonces cuando mamá y Christian aparecieron por la puerta y se sentaron detrás de Lucio sin que se diera cuenta. Christian delante de mi mamá, le tocó la cabeza en un mimo. Él se aferró a su pecho aflijido

Suspiré de angustia por ver a mi mejor amigo sufriendo tanto. Observarlo me generaba deseos de matar a todos los que le hicieron daño, así al menos las cosas serían un poco más justas.

–¿Habrá guerra? –preguntó Lucio entristecido

–Sh... –pronunció mamá frotándole la espalda y besándole el hombro–. No habrá guerra. Nadie te hará daño ni a ti ni a Mili.

Lucio no dijo nada. Se quedó sollozando en el pecho de mamá.

–Hijo, estás ardiendo de fiebre.

–Pero ellos me detestan. Van a hacer todo lo posible por matarme.

Lucio volvió a llorar fuerte, poniéndose más nervioso y colorado de lo que ya estaba.

–¡Tengo mucho miedo!

–Ven –le susurró, y así dejó de llorar acomodándose tímidamente bajo el cuello de mi madre.

Se lo veía acongojado, pero a la vez sorprendido por la repentina muestra de afecto de mi madre, que lo abrazaba y le acariciaba el pelo, como si fuera su propia mamá.

–Cuando yo me case con tu padre, los reinos pasarán a ser un imperio. Si los *moroi* quieren hacerte algo ya no se enfrentarán solo con su propio

rey, sino también conmigo. Cariño, estás muy afiebrado.

Mientras hablaba le acariciaba el pelo y Lucio empezaba a calmarse. Ella lo besó en la cabeza. Dirigiéndose a una de las sirvientas, le ordenó:

–Traigan agua y medicamentos.

Le alcanzaron un vaso con agua fría y la pastilla indicada e hizo que Lucio la tomara.

No me daba celos ver a mi madre mimarlo, lo que me producía era una sensación de extrañeza, pues ella jamás había mostrado afecto con otros. Solo era así con sus hijos.

–Ma... Nos vamos a dormir. Buenas noches –dije y miré a Germán para que me acompañara.

–Debo hablar con ustedes, en especial contigo, Derick... –dijo apenada. Definitivamente, sabía lo que había pasado.

Miré a Lucio entre sus brazos y luego a ella.

–Sí –susurré con la cabeza gacha.

Ella me miró como si tuviera un año.

–Dame un beso, mi vida –me dijo, extendiéndome su mano.

Le rodeé el cuello y le di un beso en la mejilla. Enseguida apareció Germán y se le tiró al cuello apretándole la mejilla con los labios haciéndola sonreír.

–Te amo, hijo.

–También te amo, ma.

Nos fuimos caminando hasta nuestra habitación sin decir nada. La situación que habíamos vivido se había descontrolado, pero más allá del accidente ocurrido con Lucio y la familia de Christian, había algo que me preocupaba desde hacía tiempo.

–Germán, dime que mamá no sabe lo que pasó entre Clara y yo y lo del hechizo, por favor... –le supliqué, mientras nos desvestíamos para ponernos nuestras ropas de cama.

–Hubo hechos más importantes, además de la estupidez que hiciste...

–Germán me miró con los ojos muy abiertos y se rio meneando la cabeza, como recordando algo gracioso mientras se metía en su cama–. Te

salvaste, hermano...

–Lo sé...

–Ay, Derick. Ya veremos si te ríes tanto cuando te des cuenta cómo tu alma quedó ligada a la de Clara para la eternidad.

Fruncí el ceño haciendo una "o" con la boca.

–¿Cómo ligada a la de Clara eternamente?

–Claro. Tu cuerpo, tu alma y tu espíritu se unieron al cuerpo, al alma y al espíritu de ella. Te hiciste uno con ella en ese beso. Su alma quedó ligada a la tuya... Ahora nada, ni siquiera la muerte, los separará.

Chistó metiéndome en la cama.

–Esas son fábulas. Leyendas que inventaron por ahí para conseguirse novias.

–No, Derick. No es ninguna fábula; es la verdad.

Germán se quedó mirándome fijo, entonces comprendí cuán en serio estaba hablando. La sonrisa se borró de mi rostro. Por una eternidad... Una eternidad es demasiado con una sola vampiresa... No lograba imaginarlo y eso me asustaba. Pero quizás solo eran jabulas

Golpearon a la puerta. Por la forma, advertí que era mamá. Cuando entró, se notó en su semblante lo agobiada que estaba. Se sentó en la cama de Germán, suspirando.

–¿Cómo está Lucio? –preguntó Germán, preocupado.

Frunció el ceño mirando hacia abajo.

–Mejor. Se afiebró mucho. Al ponerse tan nervioso es normal que le bajen las defensas. Pobrecito... es tan chiquito, solo tiene quince años. Gracias a Dios que visualizaste la discusión con Jasón. Esto podría haber terminado en una tragedia si se iba.

Germán le miraba la expresión apenada que no desaparecía. Ella hizo una pequeña sonrisa forzada.

–¿Va a estar bien?

–Por supuesto... Miren, chicos, con Christian, debido a los problemas que hubo con Lucio y su familia, hemos pensado tomarnos unas vacaciones, una "luna de miel con hijos", o como quieran llamarlo. Nos casaremos en

secreto en París. El tema es delicado. Conviene que estemos todos despejados de problemas...

Confundido, miré a Germán de reojo y luego a ella.

–¿Vacaciones...?

–Serán unas vacaciones de un mes.

El planteo era extraño puesto que durante catorce años nunca habíamos salido de Rumania.

–¿Cuándo salimos?

–Mañana.

–¿Es por Lucio?

Mamá miró hacia el piso y se mordió los labios, pensativa.

–No voy a engañarlos. La situación de Lucio nos preocupa. Es necesario que nos vayamos mañana para evitar una guerra civil que ponga en peligro su vida y la de Mili. Mientras no seamos los seis una familia de hecho, la vida de los príncipes de Helsinki corre peligro.

La idea de que la vida de Lucio corría peligro, de que querían matarlo, me horrorizaba.

–¿No les pasará nada, verdad? –pregunté muy preocupado.

–Claro que no. Ustedes no se preocupen. Tengo todo bajo control. Un mes de vacaciones es suficiente para resolver este problema... –suspiró de cansancio–. Supongo que me veré obligada a relegar mi puesto a Alexander durante esos días.

Alexander era el representante de los *strigois*. Los cinco representantes de cada raza son su segunda autoridad. Son como “virreyes”, a excepción de los que representan a la raza *varacolaci* y a los *boathsith*, que trabajan en conjunto.

–Nunca te tomas un descanso. Será divertido salir de este palacio al menos por una vez.

–A mí no me emociona. Estarán en contacto con humanos; pueden notar nuestros colmillos o que nuestro aspecto les llame la atención.

–Pero nunca nunca hemos salido del palacio –reclamó Germán con el ceño

fruncido.

–Es por su seguridad. La sangre de esas criaturas expulsa un olor fuerte y muy dulce que incita a morderlos. Ustedes aún son pequeños como para controlar ese tipo de emociones, no quiero arriesgarme a que surja un accidente.

Germán bajó la cabeza desilusionado, mientras ella le acariciaba el pelo. Me miró a mí, volviendo a su estado anímico normal.

–hoy fue un día largo, difícil y agobiante. Llegó el momento de decir “hasta mañana”.

Volvimos a saludarla. Ella apagó la luz y se fue. Yo no podía dormir pues dentro de mí surgía una gran duda.

–Germán... –susurré.

–¿Qué te pasa, Derick? Quiero dormir.

–¿Deberás pensar que mama lo protege a Lucio con ese matrimonio, porque le recuerda a Ladislao, nuestro hermano?

–Claro que si Derick, ¿acaso nunca viste una foto de nuestro medio hermano Ladislao? , deberías ver una foto de Ladislao a los dos años y compárala con otra de Lucio a esa misma edad y te sorprenderías, era muy parecido...ella lo recuerda a través de Lucio, no puedo leer su mente pero lo noto en sus gestos, la forma en la que lo mira, lo mira a él y a Mili como nos mira a nosotros Derick

Recostado en la cama mire al techo con un brazo atravesado

–Quizas también es Christian que lo recuerda cuando lo ve, él le dijo a Lucio que le devolvió la alegría de ser padre desde que Ladislao murió, ¿Por qué le dijo eso? ¿Por qué menciona a Ladislao? aunque no se qué tiene que ver Mili... ¿y ella a quien le recuerda?

Germán se movió de la cama poniéndose de costado.

–Yo sé algo Derick

–¿Qué?

–Christian no puede tener hijos, es estéril.

Me quedé pasmado, parpadeando de puro asombro.

–¿CÓ... có... cómo? –pronuncié atónito con los ojos como platos.

–Parece que fue cuando quiso matarse, Helio su hermano y verdadero padre de Lucio impidió su suicidio, lo se porque Christian a veces piensa en ese echo

Me quedé duro de la impresión. No podía creer lo que había escuchado.

_ Increíble

_ Si, Derick, hay muchas cosas que desconoces... eso no es nada

Lo mire con asombro durante minutos hasta que mi hermano dijo la ultima palabra

–Hasta mañana, Derick.

–Buenas noches.

10. Simplemente invivable

Me desperté alrededor de las diez de la mañana. Como era sábado estaba relajado y tranquilo.

Miré hacia el costado y vi a Germán sentado en su cama. Estaba concentrado observando la mañana por la ventana. Se hallaba sumergido en su propio mundo, que era un misterio para mí. Volteó su cabeza y salió de su profunda concentración.

–Buenos días.

–¿Hace mucho que estás despierto? –le respondí.

–Una hora y media.

–Ajá... –lo mire de arriba abajo dos veces mientras me acomodaba en la cama–. ¿Y qué hiciste, además de mirar por la ventana una hora y media?

Germán sonrió.

–Solo eso.

Lo miré de arriba abajo otra vez. Una hora y media solo mirando por la ventana...

–Estuve pensando mucho en Lucio –dijo con la mirada preocupada y de

nuevo pegada en la ventana.

–Nosotros ya hicimos nuestra parte metiéndonos en ese episodio de su vida y diciéndole a Christian lo que Jasón pensaba hacer con él. Cuando mamá se case con Christian, Lucio pasará a ser parte de la familia como un hermano más y estará a salvo.

–Eso ya lo sé, Derick... –me interrumpió–. No es eso lo que me preocupa, Lucio sufrió demasiado, hace muchas locuras tratando de aplacar su dolor... temo por el mal rumbo que está tomando su vida

Miré el piso. No sabía qué decirle. Germán era muy sensible y se preocupaba demasiado. No sabía si eso era bueno.

–¿Quieres ir a ver a mamá? –le sugerí como para cambiar de tema.

Me respondió con una mirada amistosa y, tomándome de la mano, me llevó hasta la puerta de la habitación de mamá.

La abrimos sigilosamente. Cuando entramos estaba sentada en un extremo de la cama de seis plazas. Con una mano sostenía el rostro de Lucio y con la otra lo tomaba de la mano. Él estaba tirado a lo largo, apoyando su cabeza al lado de su abdomen.

Mis emociones con respecto a esa imagen eran ambiguas. Me sentía celoso porque estaba con mi madre, pero también quería mucho a Lucio. Deseaba lo mejor para él.

A medida que nos acercamos, Lucio se fue despegando de los brazos de mi madre hasta recostarse en la cama. No se lo veía nada bien. Tenía la cara acalorada y ojeras. Se notaba que estaba enfermo.

–Lucio... te ves fatal –le dije.

–Estoy engripado –dijo con voz ronca.

Meneé la cabeza con el ceño fruncido. Nunca me enfermé. Los sangre azul somos inmunes a las enfermedades. Solo un par de veces Germán estuvo enfermo y en cama; una fue a los nueve cuando tuvo varicela y, a los once, paperas.

–Lucio está afiebrado. Tiene tos, mucho catarro. Necesita descansar y tomar la medicación hasta que se recupere.

–Ah... –susurré mirándola de reojo–. Entonces... hoy no viajaremos a París.

–No, viajamos hoy –dijo de manera autoritaria.

Me quedé duro. No me parecía bien emprender un viaje con Lucio enfermo. Aún así, no me convendría contradecirla. Lo que ella decía no eran palabras, sino órdenes. Se hacía lo que ella ordenaba sin chistar y eso era todo.

Tenía ganas de pedirle amablemente que considerara la posibilidad de viajar al día siguiente, pero conociéndola sería solo tiempo perdido. Recorrí la habitación con la mirada buscando a Christian.

–¿Y Christian? ¿Dónde está?

–Llegará en cualquier momento con Alexander, Jose, Dalila y Greta. Lo mandé a que los llame. Ellos se ocuparan de los reinos por ahora.

Lucio la miró poniendo cara de pena, como sintiendo culpa.

–¿Por qué me ayudas? No soy tu hijo.

Mamá permaneció en silencio mirándolo fijo por unos instantes. Frunció el ceño. Sucedió algo raro... Algo escondía ese silencio.

–No importa. Yo te quiero mucho, Lucio. Mis hijos, todos te amamos en este palacio...

Lucio tragó saliva engrosando la línea de su entrecejo. Ella puso la mano arriba de su cabeza besándosela y continuó diciéndole:

–Sé que he sido indiferente contigo este tiempo, pero juro que las cosas serán diferentes de ahora en más. Seremos una familia...

Christian apareció de pronto con Mili de su mano. Greta estaba a su derecha y del otro lado Alexander. Representate de los strigoi, Dalila representante de las Boath sit y Jorge representante de los varacolicis.

Al ver Greta la escena de mi madre abrazando maternalmente a su “enemigo natural”, no pude evitar dar un paso adelante mirando a Lucio con repugnancia. Mamá dejó de abrazarlo y se cruzó de brazos mirando a Greta con altivez.

–¿Supongo que ya conocen cada una de sus obligaciones?

–Su majestad Christian nos ha explicado vuestro viaje a París. El pueblo moroi no dejará de verlo como una fuga –dijo Greta

–Vuestras majestades viajarán a París para casarse. Ya sabéis que se exige que ocupen el palacio real y tomen nuestras obligaciones durante un

mes, ¿no? –la interrumpió mamá.

Greta la miró abriendo la boca con un sonido gutural.

–Pero... –pronunció Greta.

Mi madre la miró con aún más desdén levantando la cabeza y frunciendo una ceja.

–¡En mi palacio se acatan mis órdenes!

–Pero, su majestad, no creo que sea conveniente –murmuró Greta.

Mamá se dio vuelta con una mirada desafiante. Se aproximó a ella observándola de arriba abajo. Greta encogió los hombros con temor, mientras mamá la hacía retroceder unos pasos.

–¡Aquí nadie cuestiona mis órdenes! ¡Se habla solo con mi permiso! ¡Si van a tomar una decisión, cualquier decisión, antes me consultan a mí! ¡Se camina solo cuando yo lo permita, ni siquiera se respira si yo no lo permito! ¡Nadie aquí tiene voz ni voto! ¡Solo yo soy la que da órdenes y quiero que las obedezcan! ¿Entendieron? –dijo dirigiéndose a Greta especialmente

–Sí, su majestad. Perdón –respondió encorvándose sobre sí misma y con la mirada baja. Luego de que mamá explicara algunas cuestiones a los cuatro los invito a que se retiren

Christian todavía estaba de brazos cruzados, con el ceño fruncido, parecía enojado.

–¿Y a ti ahora qué te pasa? zozco –le preguntó mamá.

–No me gusta la forma en que trataste a Greta

–Que entienda quien da las órdenes aquí

–No me gusta que seas así, Sophia. Ya no seré tu amigo; voy a ser tu esposo en unos días. Voy a exigir mi lugar en este palacio y voy a querer que se me respete y se me considere. Ya no quiero que andes atemorizando a las personas, exigiendo ni amenazando. A mí esas cosas no me gustan. Fuiste demasiado dura y tirana con Greta. Eso ya no puede seguir pasando.

Mamá se cruzó de brazos mirando a Christian como si fuera una broma.

–¿Así que piensas dominarme como hacías con tu ex esposa Giselle? No

soy como ella, Christian.

Él la miró con la boca abierta por unos segundos.

–Sé que no eres como ella... Tú eres muy independiente, segura de ti, dominante. No voy a ir en contra de tu naturaleza, solo te estoy pidiendo que me consideres porque seré tu esposo.

–Ay... sí, sí, Christian. Me aburres –refunfuñó agitando la mano.

–¡Bueno! ¡Esto ya es el colmo! Trato de ser paciente contigo y te burlas en mi cara. Mira que a mí no me vas a manipular. ¡Yo soy rey, igual que tú!

–¡Rey de pacotilla! ¡Tú no serías nada si no fuera por mí! –le respondió señalándolo.

–¡Oye, a mí no me vas a faltar el respeto, maleducada, caprichosa! ¿Cuándo vas a cambiar, Sophia? Pareces una nena. Y agradece que sea yo quien te hace los discursos en público porque tú no sabes hablar.

–¡Y tú no puedes hacer nada frente a los ataques *licántropos*! ¡Si no fuera por mi ejército de *boathsit*, *varacolacis* y *strigois*...!

–¡*Boathsith* que tienes gracias a mis vampiresas *morois*, y mejor ni hables de los *strigois* que el año pasado el número de *strigois* callejeros aumentó y hubo una pequeña guerra. ¿Qué pasó, excelencia, no ha podido controlarlos?

–Como el vampiro que creo a Ladislao, perdón, digo a Lucio? – Dijo mama con una doble intención maliciosa

Christian abrió muy grandes los ojos dando un paso hacia atrás.

–¡Me tienes harto...! Cada vez que intento de razonar contigo, más siento que eres... simplemente invivible. Eres invivible, insoportable. Sophia, no se puede razonar contigo. No sé cómo pude haberme casado contigo. La verdad es que no sé cómo hice para soportarte tantos años.

–Vete, si quieres. No nos casemos. Yo tampoco tengo interés en tener otra vez que aguantar un esposo insoportable.

–¡No, no puedo irme y sabes por qué!

Mamá no dijo nada. Solo se quedó mirándolo por unos segundos con los brazos cruzados.

–Te esperaré para irnos abajo en quince minutos con los chicos –antes de

irse nos beso a los tres, ignorando por completo a Christian.

Él se sentó sobre la cama, sosteniendo su cabeza con las dos manos y suspiró. Nosotros no sabíamos qué hacer. Ese era el problema de llevar a cabo un matrimonio sin amor.

–Yo amo a Sophia, la amo mucho, pero ella no me ama a mí... nunca me amo, ni siquiera cuando estuvimos casados ... –Christian nos miró de reojo y se levantó–. Olvídenlo... Mejor bajemos antes de que se enoje la loca.

Los tres nos miramos mutuamente antes de irnos con Christian. Esa era una muestra de lo difícil que sería ese matrimonio, del caos que se avecinaba en el palacio

Tres carruajes salieron rumbo a París. En uno llevaban vestimentas y objetos que nuestra madre consideraba necesarios. En otro viajaron Christian, Mili y Lucio y, en el tercero, Germán, mamá y yo.

El viaje al principio fue muy tenso y estresante.

Mamá estaba molesta por tener que salir de Rumania por primera vez en cientos de años, además de seguir muy enojada con Christian, por lo que no hablaba con nadie, se quedaba seria con el ceño fruncido, mirándolo desde el otro carruaje, de vez en cuando, con la mirada altiva.

Eso hacía que Christian se mantuviera afligido, con la cabeza gacha como un pobre diablo.

El día pasó. La noche fue más incómoda de lo habitual. No es lo mismo dormir en una cama de cuatro plazas que en un carruaje

Al día siguiente, Lucio se descompensó. El viaje le había hecho mal. Mamá se cambió de carruaje y Christian pasó a quedarse con nosotros.

–Siempre queriendo llamar la atención. Hace dos días que estamos viajando y no ha dejado de mirarme con cara de enojada, como si le hubiera hecho algo y solo le pedí respeto. Podríamos ir hasta Paris corriendo, no tardaríamos mas de unas horas si no fuera porque la señora desea llevar montones de sus cosas desde Rumania a Francia, esos son puros caprichos

El tercer día fue un poco más agradable. Lucio ya se sentía un poco mejor, por lo que mamá volvió al carruaje con nosotros y Christian con Mili y con Lucio.

Al final de ese día mamá y Christian parecían haber olvidado su pelea anterior. Se mimaban y se besaban bajo la luz de la luna, en el asiento de adelante, mientras Germán, Lucio, Mili y yo estábamos atrás, hablando

con mucha emoción sobre lo bello que debía ser Francia y todo lo que habría para ver, recorrer y experimentar. Ninguno de los cuatro conocía Francia y para mí y mi hermano, era la primera vez que salíamos de Rumania, más exactamente del palacio. Estábamos mucho más excitados, felices y emocionados por llegar que ellos.

Al final del cuarto día llegamos a Francia, pero no paramos en París.

Mamá reflexionó sobre los riesgos y sobre la incomodidad que generaría en la familia el contacto con los humanos, por lo que compró una mansión desolada en una costa de Calais, prometiéndonos viajar para conocer París y otros lugares de Europa los últimos quince días de las vacaciones, luego del casamiento.

Fue la primera vez en la vida en la que pude disfrutar de que una temporada como una familia común, sin personas a nuestro alrededor, ni obligaciones, ni tareas... nada, solo nosotros como familia, tranquilos en una mansión en la costa del mar.

Christian se las apañó para ir hasta la ciudad a comprar los víveres para la única persona que gustaba de consumir comida humana, Germán. Mientras, yo aproveché la paz que me brindaba el momento para escribirle una carta a Clara, explicándole mi inesperado viaje a París,

Le dije que volvería dentro de unos días, que la quería y que la extrañaba muchísimo. Hacía días que éramos novios, pero ya sentía que la extrañaba y que la quería como si siempre hubiera sido así. En esa carta le pedí que me escribiera.

Sentía nostalgia por tener que estar alejado, aunque fuera por poco tiempo, de mi enamorada. No podría negar que los días que pasé en Calais con mi madre, mi hermano, mis hermanastros y mi padrastro fueron los mejores de mi corta vida, pero tampoco puedo negar que no dejé de pensar en ella ni un solo día.

La alegría de levantarme por las mañanas sin ningún subdito a mi alrededor, sino solo con mi familia, era inmensa. Durante la tarde solía caminar por la costa con Germán, mamá y, a veces, también con la pequeña Mili. Por las noches hablábamos, reíamos y nos divertíamos todos, en familia, frente al fuego de la chimenea. Fueron unos días mágicos, inolvidables.

El primero de Febrero, a las diez de la mañana, Christian y mamá se casaron finalmente. De sus contactos solo invitaron a dos amigos de Christian que sirvieron como testigos. Fue una ceremonia secreta. Ellos necesitaban que todo fuera así para evitar cualquier posible problema

hasta el día en que llegáramos a Rumania.

Al día siguiente, mamá por fin cumplió con su palabra. Lucio ya se sentía curado por completo, por lo que no fue un obstáculo para que fuéramos a pasear a París, a conocer Europa.

Además conocimos lo que son los humanos, las criaturas más embriagadoramente exquisitas que alguna vez vi, o al menos eso parecían. De aspecto similar al de los vampiros *strigois*, pero con glándulas sudoríparas que los hacían sudar con un olor delicioso. Los latidos de ese delicado corazón se sentían tan audibles, como provocando a detenerlos. Esa deliciosa sangre que corría por sus venas, una sangre que expandía el aroma más exquisito que alguna vez había sentido. Era casi embriagador e incitaba todos nuestros instintos a querer cazarlos.

Era muy difícil tenerlos en frente sin comerlos, casi imposible. Todos se inquietaban frente a un humano, menos Germán que era semivampiro. No sé cómo hizo mamá para casarse con un humano sin comérselo antes.

No pudimos ir a exposiciones ni concurrir a lugares poblados. Si un humano llenaba la atmósfera de un ambiente espeso de olor delicioso e inimaginablemente tentador, cientos y en un solo lugar, serían la perdición.

Nos fuimos de Calais con nostalgia por dejar un estilo de vida que nos había encantado a los seis, pero, por otra parte, yo estaba feliz de volver a reencontrarme con Clara. Germán, Lucio, Mili y yo mirábamos hacia atrás con la esperanza vana de volver a tener otras vacaciones en Europa o en otro lugar.

Me juré que esa no sería la primera ni la última vez que viajaría a Europa, sino que sería la primera de muchas.

11. Una verdad que lo cambia todo

Mi mamá, prometió que me contaría la verdad acerca de mi extraña condición de vampiro sangre azul cuando cumpliera los catorce años y ya hacía casi tres meses que había cumplido los 14 años. El día de conocer toda esa verdad había llegado.

Los minutos sucedieron lentos en la fría mañana de Abril, cuando ella se decidió a llevarme a dar un paseo por el bosque.

Trataba de entender lo que estaba pasando pero no podía. Mi mente se nublaba para volver a llenarse con millones de preguntas sin respuestas y temores: "¿Qué tal si lo que me hizo fue terrorífico y después no puedo

perdonarla?”.

Nunca imaginé que ella pudiera ser capaz de hacerme algo que me perjudicara.

La observé. Se notaba en su actitud cuánto dolor le generaba tener que contármelo.

–Vístete, te espero abajo, a las once –fue lo único que susurró con la voz más penosa que alguna vez le escuché, casi llorando, antes de irse por la puerta ignorando a Germán que la seguía preocupado.

Su actitud totalmente atípica era lo que faltaba para alterarme muchísimo por lo que debía decirme: Me angustié a tal punto que llegué a desear que no me dijera nada. ¿Para qué quería saber algo que me arruinaría la vida? No gracias, prefería ignorarlo, pero al menos estar tranquilo.

Me vestí y acicalé de mala gana, con esa sensación de congoja y de preocupación. Hubiera preferido millones de veces correr hasta abajo en pijama, con todos los dientes y la cara sucia, gritándole a mi madre que no quería saber nada y que no me importaba.

No lo hice por dos razones: estaba traumatizado y tampoco quería verla pasar el peor momento de su vida, pues conociéndola, me lo hubiera dicho ahí mismo, entre gritos. Lamentablemente, se trataba de una verdad que necesitaba conocer.

Bajé al patio con un nudo en la garganta. No sentía que me dirigía a ver a mi madre para saber la verdad sobre mi condición, sino que iba a la horca. Un viento frío me sopló en la cara y me hizo lagrimear. El césped estaba escarchado por el rocío matutino, había una neblina bastante espesa, pero que no me impidió verla a veinte o treinta metros de distancia.

Estaba con un vestido verde, su color favorito. No se había recogido el pelo en una media cola alta, como solía hacer; llevaba los rulos marrones como la arcilla bailando al viento.

A sus costados había dos caballos, uno blanco con manchas marrones y el otro era una yegua color melocotón. Los mejores caballos, Yasmín y Nelson, a los que solo se los sacaba en ocasiones especiales. Casualmente, esa era una de ellas.

–¡Derick! –gritó Germán, sorprendiéndome por mi derecha–. ¿Estás asustado?

Bajé la cabeza con una mirada penosa tragando saliva. El pavor que me

dominaba no me dejaba dar una respuesta apropiada.

–Te entiendo. En tu lugar también me sentiría así –me dijo bajando el tono de voz, lo que me dio a entender cuánto le preocupaba mi actitud.

No sabía cómo podría tranquilizarme en esta horrible transición. Sentía como si un peso de mil toneladas me cayera del cielo y me clavara el cuerpo a la tierra. El viento me soplaba en la cara, desparramando mis rulos dorados y agitando un poco mi traje.

–Estoy horrorizado... –susurré después de varios minutos de inercia–. No me interesa saber nada de lo que ha hecho conmigo. Ya no me importa... Antes me importaba, ahora ya no... –dije con la mayor lentitud que pude, remarcando cada palabra como la más importante de toda la frase.

No pretendía que Germán me ayudara a huir de mamá. Conociéndolo, él se pondría de su parte insistiéndome para que reflexionara. El único que no podía elegir era el perjudicado en todo esto.

Me abrazó con todas sus fuerzas. Hundí la nariz en su hombro derecho apretando los ojos, los dientes y los puños sobre sus brazos mientras chillaba de pura impotencia. Lo que más deseaba en ese momento era irme de allí, despertar de esa pesadilla horrible, darme cuenta de que todo había sido solo un mal sueño, pero no, era la cruda realidad y no me quedaba más que afrontarla como un adulto, siendo aún un niño.

–No te preocupes, Derick... Te juro que todo saldrá bien. Tal vez no la entiendas ahora, pero con el tiempo comprenderás que si las cosas se dieron así fue por una causa justa. Lo que sabrás es parte de lo que eres –Germán me susurraba al oído entre sollozos sumido en la mayor emotividad de la que era capaz, dándome la fuerza que necesitaba para seguir adelante–. Ojalá que cuando mamá te explique lo que hizo cuando estaba embarazada, no la odies y puedas entenderla y perdonarla.

Fruncí el ceño, mirando a un costado mientras lo abrazaba. Me molestó que cambie de tema mencionando a mamá. Mi voluntad para perdonar no tenía nada que ver con la situación; parecía que se preocupaba más por ella que por lo que yo estaba sufriendo. Preferí olvidar ese pensamiento porque era nocivo.

Me despegué de ese abrazo. Germán había llorado, se secaba las lágrimas con timidez. Ojeé para mi derecha y ahí estaba mamá, mirándonos fijo, seria. Pude distinguir en la neblina su cara de preocupación y de congoja.

–Bueno... Ahora ve con ella... Te está esperando.

El viento me soplaba en la cara, los labios se me pasaron y parecía que

lloraba. Mientras lo miraba vacilando, dije:

–Adiós... –salté a abrazarlo desde los hombros–. Te quiero mucho, Germán.

–Yo te quiero más.

Caminé hacia mamá, que seguía parada en el medio de los dos caballos, con pasos firmes pero lentos. Sentía el sonido del viento frío sobre mi cara, las ropas se me agitaban y mis rulos largos hasta el cuello se desparramaban hacia la derecha.

La niebla se volvía cada vez más y más liviana hasta desaparecer cuando estuve frente a mi madre.

–Sopla mucho viento hoy... –dijo gritando por la intensidad del viento que le daba en la cara haciéndola ver blanca como la nieve–. No es un buen día... –miró al cielo y sus rulos largos hasta la cintura y marrones se le tiraron en la cara; ella se los corría con la mano–. Parece que habrá tormenta.

Miré al cielo achinando los ojos y corriéndome los rulos de la cara. Estaba todo gris. Me toqué los labios que se me habían hinchado aún más de lo que ya eran por naturaleza.

Mamá se acercó y me abrazó frotándome el brazo como para darme calor. Sus manos estaban tan frías como las mías.

–Vamos –dijo deshaciendo el abrazo y colocándome una mano en lo alto de mi espada para guiarme hacia la yegua Yasmín. Subí al animal, luego lo hizo ella. Se puso detrás de mí, atajando todo el aire frío que venía desde el sur. Salimos del palacio cabalgando hacia ese rumbo. Mamá no decía nada, ni siquiera me miraba. Su silencio no era como el cotidiano; era como el que calla, pero por dentro guarda un montón de sentimientos.

Estaba muy preocupada y atormentándose por tener que afrontar la situación más difícil de su vida. Lo sabía. Se sentía tan mal como yo.

Apreté los ojos y los dientes con fuerza largándome a llorar. Recordé el día en que me transformé. Nunca me hubiera imaginado que eso implicaría una noticia tan terrible hasta que hablé con Germán al día siguiente. Entonces pensé que no se trataba de nada bueno... pero tampoco hubiera imaginado que sería tan malo.

Pasaron cinco minutos hasta que ella detuvo la yegua y bajamos.

No podía dejar de llorar. Ella me retuvo en su torso acariciándome la espalda con una mano y con la otra tomaba mi mejilla. Apoyaba su cabeza sobre la mía y me besaba la coronilla con afecto.

–No llores, hijo. No vale la pena. Yo me siento peor que tú.

Tragué saliva dejando de llorar. Ella me tomó el rostro entre sus manos, mirándome por unos instantes con una sonrisa maternal, me besó en la mejilla y me soltó. Ambos dirigimos nuestra mirada al horizonte. A lo lejos, entre la neblina, visualicé una cabaña abandonada, llena de enredaderas y de plantas. Tenía las paredes negras y las ventanas rotas. Estaba muy descuidada. Era un lugar horrible y desagradable a los ojos.

Ella fue hacia la cabaña. Yo no me movía de su lado. Estaba ansioso, nervioso, preocupado.

–iFrederick...! –se dio vuelta gritando a metros de distancia.

Su grito era inaudible para un humano debido a los vientos que apocaban su voz desde esa distancia, pero no para mí. Me acerqué con la cabeza gacha, caminando como la víctima hacia su verdugo.

Apoyó su mano en el medio de la espalda cuando estuve a su lado, dirigiéndome adentro de la cabaña. Levanté la cabeza. Abrió la puerta con una mano pues no tenía llave. Entré a un lugar sombrío y aterrador. Casi estaba completamente a oscuras, pero unos penosos rayos de luz atravesaban la superficie desde afuera por los agujeros de la casa y dejaban entrar un poco de luz. Había retazos de trapos y de sábanas viejas colgando de los muebles y objetos por todos lados. Sillas dadas vuelta, cortinas rotas, papeles, suciedad. Seguro también habría toda clase de bichos, ratas y seguramente murciélagos. Era un lugar tenebroso.

Había una mesa redonda, con sillas llenas de papeles, suciedad y ratas. Apenas entraba luz por una gran ventana desalineada llena de moho tapada por una sábana vieja y maloliente.

Ella me dirigió hasta la silla que no estaba inundada por el polvo y quitó la sábana de la ventana de un tirón. Me senté aterrorizado como si fuera a sorprenderme algún fantasma en ese lugar.

Un montón de luz entró por la ventana verde y amarilla de suciedad. Visualicé el grado de desarreglo y de abandono de la casa que se escondían de la luz entre los escombros y me dio asco.

–Hace catorce años que dejé este lugar. Era de esperar que se encuentre en pésimas condiciones –dijo, mientras se acercaba a mí y se sentaba a

mi lado.

Mis ojos recorrieron toda la superficie del techo, lleno de agujeros. Era un techo alto, de madera. Seguramente, había sido una bonita cabaña del bosque.

Estaba sintiéndome muy incómodo, pero se me ocurrió que tal vez estaba esperando que le hiciera una pregunta. Pensé en algo que había despertado mi curiosidad.

–Mamá, ¿por qué eres tan poderosa?

Sus ojos grandes y grises como el humo se posaron en mí, misteriosos.

–Es por los lazos sanguíneos. El virus v5 se fortalece al entrelazar las familias con miembros de sangre azul. Esto fortalece a la raza. Tu abuela Alma, mi madre, era prima directa de tu abuelo mi padre y, a la vez, era la prima del rey de Helsinki, el padre de Christian. Fue un matrimonio arreglado como lo fue el de los padres de Christian...

Fruncí el ceño confundido. Demasiado lío de parentescos. No entendía nada. Solo sabía que Christian y mamá eran primos hermanos de parte de madre, y que Alma, mi abuela y Meliiza, madre de Christian son hermanas mellizas.

La condición de sangre azul se da solo en el primer hijo de solo dos familias en el mundo, los Mac Crinain y los Órcelo. Es por el virus v5. Un virus que modificó las características humanas, primero en Jacqueline –primera hija de Pedro Órcelo, rey de Hungría– y Jonatan –primer hijo de Dunchand Mac Crinain, rey de Escocia, hacia el año 1000.

Meneé la cabeza, más confundido.

–¿Sabes una cosa...? –dijo con los ojos fijos en mí–. Fuiste tú quien me cambió. Gracias a ti soy la persona que observas ahora. Antes era muy malvada y despiadada. No soy así gracias a ti. Te lo agradezco, hijo mío.

Abrí la boca y los ojos con admiración, imaginándome a mi madre cómo había sido antes de mi nacimiento. Una villana despiadada, de esas que se ven en las tiras de acción, indiferente a la muerte, sin corazón ni escrúpulos...

–¿Germán y yo? –respondí corrigiendo su supuesto error.

No dijo nada por unos segundos, mientras apoyaba el puño en su mentón y el codo en la mesa.

–No, solo tú... –dijo con naturalidad sin dejar de mirarme con esos ojos tan profundos como los míos, pero grises como la ceniza. Me puse pálido, bajé la mirada frunciendo el ceño y preguntándome por qué se refería solo a mí. ¿Acaso tenía algo especial? Todo sonaba demasiado raro. No la miraba por temor a lo que pudiera seguir diciendo-. Amo a Germán con todo mi corazón, es mi hijo y daría la vida por él sin pensarlo, al igual que lo haría por ti, pero no fue él exactamente quien me cambió... Fuiste tú y el modo en que naciste –dijo explicando su amor incondicional por ambos, quebrándose en lagrimas.

Subí la mirada algo agitado, cobrando coraje para escuchar lo que tenía para decirme, apenas meneé la cabeza y susurré:

–No entiendo.

Ella se acomodó en la silla con un suspiro.

–Bien... –murmuró-. Te diré lo que pasó... Cuando mi investigación concluyó, solo quedaba buscar un donador apropiado para el proyecto, una tarea de lo más sencilla... –la miré de arriba abajo recordando los millones de pretendientes que ilusos le mandaban obsequios que ella siempre rechazó; los vampiros también la admiraban por otra cualidad con la que yo también fue bendecido: su inigualable belleza-. Encontré un príncipe humano; me llamó la atención por su buen aspecto, era el hijo menor del rey de Alemania –movió los ojos hacia un costado recordando-. En ese entonces yo tenía treinta cuatro años humanos y él diecisiete, un niño. Investigué sus orígenes. Era de sangre pura, el menor de siete, descendiente de Jacqueline y de Jonathan, los primeros sangre azul del mundo. Ese último dato fue el decisivo para que yo me mostré ante él. Eso bastó para que quedara encantado con mi belleza. Él pensaba estar relacionándose con un ángel y en su familia lo llamaban loco. Por eso, un año después lo llevé a vivir al palacio donde descubrió que yo no era un ángel... sino una reina vampira. Nos casamos en secreto. Y lo encerré en una torre

Me miró de reojo, indiferente.

–Jamás hubo amor en todo eso. Era mi instrumento para legar a ustedes y él solo estaba encantado, creyendo estar con un ángel o con una diosa. Sufrió mucho al ser separado de su familia, encerrado en el palacio, atendiendo mis demandas como un esclavo. aunque murió por una enfermedad, fue como si lo hubiera matado –hizo una pausa mirando al horizonte con un dedo en la boca, como arrepentida de todos los abusos a los que había sometido a mi padre-. Tenía relaciones con él en su encarcelamiento en el palacio. Debía fortalecer el virus v5 e incluirlo en el embrión para que mute todo su material genético y crear la nueva raza. Nuestras tecnologías aún no conocen el ADN lo suficiente como para modificarlo, pero yo lo investigué durante décadas y sé hacerlo. En un

futuro, hasta los humanos modificarán su ADN. Durante nueve años intenté siempre lo mismo, pero no lograba quedar embarazada. Un año después, Gabriel enfermó de anemia, por las pésimas condiciones en que lo mantenía, a los treinta y uno. Su enfermedad no me importó, me consternaba más el futuro del proyecto... estaba perdiendo las esperanzas. Pero sucedió un milagro y quedé embarazada de trillizos. Inyecté el virus fortificado en mi vientre a los tres meses de embarazo con la seguridad de que todo saldría según lo había planeado –bajó la cabeza derramando lágrimas de profunda tristeza–. A los cinco meses me descompuse y tuve un aborto espontáneo –incliné mi cabeza hacia ella con los ojos aún más enormes–. Era una niña; sus células no soportaron las mutaciones genéticas y por eso falleció.

Una sensación de escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Solo pensaba que lo que estaba escuchando no podía haber sucedido. En mi mente dominada por el terror no cabía otro pensamiento. Ahora comprendo porque la quiere también a Milagros, quizás ese suceso haya tenido que ver. Ella continuó:

–Hice reposo absoluto para no perder los otros bebés. Pero era un embarazo de riesgo y yo perdía las esperanzas de que resultara –me miró con tanto temor como yo, pues en ese momento estaba en shock, totalmente horrorizado–. El virus es incompatible con el material genético de un embrión casi humano... Un sangre azul nacido bajo esas mutaciones genéticas sería un vampiro destinado a padecer enfermedades mentales. El virus no solo mutaría en cosas simples, como en tu caso el color púrpura de tus ojos, sino también en funciones neurológicas básicas –volvió a llorar mirándome a la cara–. Estarás predispuesto a enfermedades mentales como la esquizofrenia, la bipolaridad, los delirios y las alucinaciones. El cerebro de un sangre azul con un virus v5 fortalecido, llega a parecerse al de un mestizo con defectos neurológicos; desarrolla una capacidad antinatural para comunicarse con los espíritus. Esto último es terrible para un vampiro. Sus víctimas podrían vengarse a través de posesiones y de tormentos. Un vampiro nacido en tales condiciones, está predispuesto al suicidio y a la locura.

Me quedé con la mirada perdida sufriendo el peor vuelco emocional que jamás había vivido. No podía creer lo que escuchaba. De todas las cosas que podría haber imaginado, nunca pensé que hubiera sido capaz de hacerme tanto daño.

Me agarraba la cabeza y los pelos. ¿Cómo iba a seguir sabiendo que tenía predisposición a las enfermedades mentales de por vida, gracias a mi propia madre? Esto lo superaba todo.

Mi corazón se desgarraba en pedazos a medida que pasaba el tiempo e

iba asimilando todo lo que había escuchado.

En el medio del shock, ella habló con la voz llorosa, sin mirarme:

–¡Toda la vida me odiaré por haberte dañado, aunque era necesario, necesitaba un heredero! Si supieras, Frederick, la responsabilidad que cargas sobre tus espaldas... –me tomó de la mano y empezó a besármela; la miré con la mente en blanco, trastornado–. Germán y tú nacieron a los siete meses y medio. Germán tuvo un peso mas estable; tú naciste demasiado prematuro. Estuviste un mes y medio en terapia intensiva. Ver a una criatura tan frágil luchar por su vida... Mi propio hijo me hizo cambiar... Me juré a mí y a tu padre que yo te protegería con mi vida y te daría todo mi amor para hacerte feliz.

Salté alejándome dos metros de ella. Me paré en el medio de la habitación con la respiración agitada, con lágrimas corriendo por mis mejillas mientras afuera escuchaba el ruido de la tormenta. Ella se paró mirándome fijo. Yo también la observaba con una mezcla de amor y de odio. Por un lado, la seguía amando porque era mi madre; por otro lado, la odiaba porque ella fue quien me enfermó. Podría haberle perdonado cualquier cosa, pero nunca imaginé que lo me diría sería tan fuerte. Aún no podía creerlo, ni entenderlo ni asimilarlo.

Respiraba agitado. Me sentía mareado por toda la información trágica que me había dado. Inconsciente de mis acciones, giré con la intención de irme corriendo, pero mi madre me detuvo tomándome de la muñeca.

–¡No! –exclamó.

–¡Quiero ir a casa!

–¡Está tronando! ¡No puedes irte así!

Me paré, la miré desilusionado y ella soltó mi muñeca.

–Ahora te importo... –comencé a llorar gritado–. ¡Hace catorce años no te importó enfermarme! ¡Dices que me amas, pero tú no puedes amar a nadie!

–¡Derick! –gritó cuando me estaba yendo.

Me fui corriendo y llorando, sumido en la desesperación en medio de la tormenta. Mi pelo y mi ropa se empaparon en menos de cinco minutos. Mis zapatos se llenaron de barro. En un momento rocé la rodilla cayendo en cuatro patas. La mano de mi madre me levantó del suelo rodeándome con sus brazos mientras sollozaba por la tristeza. Ella quería llevarme a alguna parte, pero yo me resistía con las pocas fuerzas que me quedaban. Salí corriendo. Trataba de escapar de ella a toda costa, pero no lo

conseguí. Me desmanché. Cerré los ojos, inconsciente.

12. Zira

Desperté en mi cama vestido con un pijama blanco. Me sentía mareado y me dolía la cabeza. No recordaba con exactitud los hechos sucedidos esa tarde, solo hasta que había caído desmayado en el lodo.

Mamá estaba sentada a mi lado, acariciándome la cabeza. Apenas abrí los ojos y los cerré cuando noté su presencia. No quería que se diera cuenta de que había despertado. Estaba afligida. Despacio, se inclinó hacia el lado derecho de mi frente y me besó.

Unos segundos después sentí que alguien entraba a la habitación. Abrí apenas los ojos y vi que mamá se dirigía hacia Christian. Aproveché ese segundo que no me veía para taparme la cara con la frazada y ver todo lo que pasaba a través de un hueco que hice con la mano.

Christian se acercó y la tomó de la cintura, besándole la frente como para consolar su abatimiento. Ella apoyaba los brazos en su pecho. Tenía una expresión de mucho dolor, los ojos rojos por haber llorado. Sus voluminosos y grandes labios expresaban una mueca de tristeza...

–¿Qué paso? No me digas que... –susurró Christian.

–Sí, amor, se puso como loco. En un ataque de nervios huyó y tuve que correrlo hasta Alemania... Se desmayó en mis brazos.

Christian la iba abrazando cada vez más fuerte a medida que ella se ponía más y más sensible.

–Tal vez hice mal en decirle la verdad. Esto no hubiera pasado si no le decía nada. Christian, ¿qué voy a hacer si él ya no me quiere más?

–Era necesario que lo supiera ahora y no que se diera cuenta más adelante y comprobara que no era normal, o cuando su vida corriera peligro. Has hecho bien, amor. No te preocupes más. Ahora estará aturdido, pero cuando se le pase comprenderá y olvidará. Derick no te odia; él te ama, eres su mamá.

Ella acariciaba sus labios con un dedo, pensativa.

–Mi amor...

–¿Qué pasa, mi vida?

–Tengo miedo... –susurró e hizo una pausa– de que Zira pueda

encontrarlo y atacarlo.

–Gabriel, su padre, jamás lo permitiría. Él lo salvó cuando cayó por las escaleras, lo tocó para que se transformara en vampiro cuando esos malditos lo estaban matando.

–Tienes razón, Christian... Gabriel no permitiría que algo malo le suceda a Derick o a Germán. El los conoció hasta los dos años, su último deseo antes de morir fue que nadie les hiciera daño

Me quedé atónito. Lo sospechaba, pero nunca me atreví a creerlo. Había sido él el que me sujetó en mis sueños, el fantasma que me atravesó cuando estaba muerto y quien precipitó mi transformación en vampiro. Siempre fue mi padre, Gabriel.

Se quedó unos minutos más, lamentándose. Se fueron al fin de mi pieza, dejándome solo.

Me levanté de la cama en puntitas de pie y cerré la puerta con llave. Me sentía angustiado, necesitaba pensar y estar solo, sin que nadie me molestara. Volví a meterme en la cama e inmediatamente me largué a llorar. Mordía las sábanas, apretaba los ojos y los puños entre sollozos debido al dolor que me atormentaba por dentro. Por fin sabía lo que era. Había sido desgarrador, como si ella misma me abofeteara en la cara. Incluso pensar en lo que me había hecho, en lo que era y en lo que podía pasarme me generaba dolor en el pecho... Eran la decepción, la impotencia, la congoja que me hacían sentir un gran peso sobre mis espaldas...

A las seis de la tarde, mamá llamó a mi puerta.

–Hijo, por favor, no comiste nada en todo el día. No es necesario que vayas a cazar conmigo. Ve con Chistan. Te lo suplico...

A esas alturas mi estómago rugía como si tuviera sapos adentro. Me sentía un poco débil por el prolongado ayuno. De todas formas no pensaba salir.

–¡No!

Volvió a golpear la puerta un poco más fuerte.

–Derick, después vuelve a tu cuarto si te sientes mal, pero no puedes quedarte encerrado todo el día.

–¡No!

–¡Solo quiero que salgas cinco minutos! Te amo y me hace mal verte así, me preocupa.

Después de dos o tres minutos más de ruegos inútiles intervino Christian golpeándome la puerta y hablando con un tono entre autoritario y comprensivo. Él no era mi padre; solo es mi padrastro, que no tratara de hacerse el padre conmigo, dando órdenes. No iba a obedecerlo. No hacía dos meses que se había casado con mamá. Gritándome en la puerta, solo me molestaba ganándose mi desprecio.

Pasó como una hora desde que había escuchado los gritos de Christian exigiéndome que saliera y los sollozos interminables de mamá gritándome lo mismo, hasta que Germán y Lucio intervinieron. Para colmo, tenía a toda la familia en mi puerta, tratando con consejos y sermones que abriera. El bullicio que generaban no me ayudaba; solo me hacían sentir más deprimido, presionado y molesto. Les respondía gritando y llorando que me dejaran en paz, que quería estar solo y que nadie me molestara.

Todos se fueron preocupados después de una larga pelea. A las once de la noche el sueño me atrapaba, me envolvía. Mordiéndome la almohada entre lágrimas me quedé dormido.

Los pajaritos cantaban en mi ventana. Veía los rayos de sol asomarse. Serían como las cinco de la mañana cuando una mano de largas uñas como garras me tironeaba mechones de pelo desde la coronilla con la intención de elevarme por el aire. Pronuncié un sonido gutural de dolor elevando las manos a la cabeza. Cuando abrí los ojos visualicé unos aterradores ojos blancos y una sangrienta sonrisa de odio sobre mi rostro.

Era el espíritu de Zira que estaba arrodillado encima de mí y me elevaba por el aire. Creí que me arrancaría la cabellera entera. El terror no me permitía reaccionar, suspiraba, sudaba y temblaba como nunca antes. Mi corazón sonaba como un tambor en mi cuello que amenazaba con salirse de mi cuerpo en cualquier momento. Mis ojos giraban hacia todas las direcciones derramando lágrimas. En mi mente solo estaba el deseo desesperado de que mi hermano me viera, pero estaba tan aterrorizado que no conseguía concentrarme por un minuto para llamarlo con la mente.

Zira se reía de mi terror y de mi dolor a medida que me elevaba por el aire. Se carcajeó y dijo:

–¿Qué es esto...? Se supone que eres el soberano que hará historia entre su linaje, pero yo solo veo un incompetente y mimado niño.

Su mano pasó de sostenerme desde los pelos a ahorcarme el cuello mientras se reía. Mi agonía era el motivo de su regocijo. Yo hacía sonidos guturales, tomándole de la mano en un intento desesperado de expulsar

esa mano poderosa que me estaba matando. Boleé los ojos recordando a mi madre, lamentando haberme encaprichado... ¡Cómo deseaba en ese momento que ella viniera...!

Zira reía. La miré con los ojos rojos llorosos por el ahorcamiento.

–Estúpido niño... Deseando que venga tu mamita a rescatarte. Sácate esa esperanza porque hoy morirás –de algún modo supo lo que estaba pensando; miré al cielo llorando, hundido en la desesperación, llamé a mi hermano con la mente, pues él era mi única esperanza de salir vivo de esta situación–. ¡Qué insulto afirmar que tú serás el emperador de los vampiros! Es imposible. Tu alma es débil –sonreía socarrona–. Mi media hermana solo se equivocó en una cosa, y esa eres tú. De nada sirve que te haya creado para ser el precursor de una nueva era, el salvador de los vampiros. No lo vales y me da vergüenza saber que tú fuiste mi asesino. ¡Tenías que morir ese día! ¡No importa porque hoy morirás!

Zira me miraba de reojo sonriendo. Me apretó el cuello más fuerte, hasta que dejó de pasarme aire por completo. Mi vista se nubló. La mano de Zira me estrechaba con fuerza. Pensé que había llegado mi fin cuando ella me soltó, segundos antes de perder la conciencia.

Caí en mi cama haciendo arcadas y mucha fuerza por tratar de respirar mientras sentía esas risas de placer por mi sufrimiento. De a poco me fui recuperando mientras me cargaba de bronca para ir a atacarla. Junté las pocas fuerzas que me quedaban para saltar a su cuello como había hecho la vez que la maté, solo que en lugar de morderla, mi cuerpo atravesó el suyo, estrellándome sobre la biblioteca.

Aterrorizado por lo que podría llegar a pasar de ahí en más, me di media vuelta y, antes de tener tiempo a reaccionar, ella se abalanzó sobre mi pegándome un rasguño voraz en mi cachete derecho que me dejó al menos tres marcas azules e hirvientes. Grité de dolor. Me elevó en el aire dándome una patada en el vientre que me hizo escupir sangre.

Yo nací como el vampiro más afortunado de la tierra y moriría como un pobre diablo, sufriendo, víctima del espíritu de una *snefedis* que venía a cobrarse venganza.

Un pensamiento pasó por mi mente. No debí ser tan duro con mi madre. Me arrepentía por no haberla perdonado.

Era el vampiro joven más poderoso, pero mi cuerpo se encontraba desecho, débil y dolorido. Mi boca sabía a mi sangre. Solo unos golpes más faltaban para acabar con mi vida.

–Antes de matarte te confesaré un secreto... ¿Sabes por qué se suicidó tu abuelita Alma? –sonreía disfrutando de su maldad–. Mi padre la encarceló

y la violaba todos los días. Un año y medio estuvo la reina desaparecida hasta que la encontraron ahorcada en un árbol... En el transcurso de ese tiempo me tuvo a mí. Le hicieron una autopsia cuando la encontraron; algunos dicen que estaba embarazada de cinco meses de una *snefedis*. Tu madre no podrá protegerte, puede que me hayas matado a mí y a mi padre, pero ¿sabes una cosa? –hizo una pausa y se inclinó a centímetros de mi cara; su sonrisa no tenía aliento, era un demonio–. Los *licántropos* y las *snefedis* siempre conseguimos lo que venimos a buscar... –volvió a poner su mano sobre mi tráquea con la intención de quebrármela– y lo que busco es tu sangre...

Cerré mis ojos, por un segundo gritando en mi mente: "iiiGermáaaaaáán ven yaaaaai!!!".

Escuché que la puerta se abría. Volteé la cabeza. Eran Germán y mi madre. De inmediato, Zira desapareció. Estaba agotado, física y emocionalmente. Mi cuerpo estaba desecho, no tenía fuerzas ni para levantarme.

Mamá me levantó con sus delgados pero fuertes brazos.

–iGermán, pídele a una sirvienta que te dé mi caja de primeros auxilios y vuelve rápido!

–Sí –respondió y salió corriendo.

Estreché mi cuerpo contra el de ella como una reacción instintiva en busca de refugio. Ella apoyó su mano sobre mi cabeza y me estrechó contra su tórax. Estaba en shock, no paraba de temblar, no quería despegarme de su abrazo.

Mi madre siempre fue la única persona que me protegió. No había otra persona con la cual pudiera sentirme más seguro.

Levanté mis ojos y la vi más demacrada que nunca. Ella era muy coqueta, siempre estaba espléndida. Tenía la cara lavada, sus rulos desalineados, unas grandes ojeras violetas de cansancio le recorrían alrededor de esos ojos que antes expresaban fortaleza, pero en ese momento se veían tristes. Estaba agotada, agotada por todo lo que me estaba pasando. Extendí mis brazos alrededor de su cuello apoyando mi cabeza debajo de la suya.

Germán apareció por la puerta corriendo agitado. Puso una maletilla frente a nosotros y se sentó al lado de mamá. Ella la abrió con una mano, con el otro brazo seguía sujetándome. De la maleta sacó gasas y las mojó con una crema verdosa. Sin decir nada me las puso sobre la herida. Fruncí el cachete; esa crema sobre mi piel dañada y acalorada producía un efecto refrescante, tenía olor a aloe vera y la notaba suave. Me relajé mientras

ella me colocaba gasas sobre el cachete.

Recordé a Zira cuando habló sobre mi desconocida abuela. Miré a mi madre concentrada en ponerme los vendajes como una médica experta. Su gloria no le impidió vivir engañada, nadie supo cómo fue que su madre apareció muerta, luego de haber desaparecido durante casi dos años pero... ¿Y si solo me lo dijo para trastornarme aún más? ¿O era eso lo que necesitaba pensar? Trastornarme más de lo que ya me sentía era imposible.

Miré a Germán que me observaba petrificado. Había leído mis pensamientos sobre nuestra abuela Alma y estaba tan aterrado como yo.

–Mamá, ¿Zira hubiera podido matarlo? –preguntó Germán ni bien ella terminó de vendarme el cachete.

Ella frunció el ceño pensativa mientras guardaba sus productos de medicina.

–Un muerto no puede matar a un vivo, solo puede atormentarlo y herirlo, a no ser que...

Germán se inclinó hacia ella, preocupado y alerta.

–¿A no ser, qué?

–A no ser que exista un vínculo de sangre entre el muerto y el vivo... y solo si el segundo fue su asesino... –dijo mamá levantando la mirada hacia Germán, inexpresiva.

Germán y yo nos miramos con pavor.

–¿Quién te atacó? –me preguntó en un susurro mi madre.

–Zira.

–Ella no es familiar tuyo, solo era la primogénita de Che'Tan zi, el exlíder *licantropo* –respondió tranquila.

Germán volvió a mirarme escondiendo un secreto en nuestras miradas. Él sabía quién era Zira. Yo lo preocupaba, pero no quería que lo supiera mamá y seguir sobrecargándola con problemas.

Ella bajó la cajita al suelo y volvió a abrazarme acariciándome los rulos con la intención de terminar de calmarme ya que seguía temblando.

–Hay maneras con las que podremos poner fin a esto... –dijo mamá–. Mañana empezarás a tomar medicamentos para la sicosis. Te ayudarán.

Deberás dormir en la misma habitación que tu hermano. No te quedes nunca solo e intenta no resentirte ni enojarte, pues eso es lo que les facilita el acceso a ti...

–Sí –respondí en voz baja.

Y sin decir ni una palabra más, se marchó.

Con Germán nos miramos. Él me preguntó:

–¿Quieres que duerma contigo hoy?

–Te lo iba a pedir.

Germán se acercó y se metió dentro de la cama conmigo, chocando nuestras espaldas. Se me escapó una risita.

–¿De qué te ríes?

–Es que esto de dormir juntos parece un poco homosexual.

–No seas tontito que soy tu hermano.

Ambos nos reímos infantilmente.

–Sí... ¡Ey! Papá es igual a ti, pero con ojos azules. Christian sabía que fue él quien me hizo volver a la vida el día que caí por las escaleras y quien me tocó cuando ese *licántropo* me estaba matando... Yo lo soñé una vez. Hoy escuché a Christian decírselo a mamá.

Germán meneó la cabeza, pensativo.

–Mamá no sabe que Zira es su media hermana –susurré.

–Mejor que no lo sepa nunca. Suficientes problemas tiene ya.

–Y... ¿si vuelve? –pregunté muy preocupado.

Germán se dio vuelta y tensó sus brazos alrededor de mí.

–No te quedes solo mucho tiempo, trata de no guardar rencor, odio... Eso es lo que les da acceso a ti.

Suspiré pensando.

–Fui muy duro con mamá.

–Lo sé... Es difícil comprender lo que ella debió hacer

–Sí, ya sé... No va a volver. Papá está a tu lado. Yo también, mamá y toda la familia. No estás solo, Derick.

–Sí –le respondí y ambos nos quedamos dormidos.

13. Resentimiento

Al otro día, Christian me despertó y me llevó a cazar antílopes a las seis de la mañana. Apenas pude dormir debido al hambre de los dos días de ayuno.

Christian estaba molesto por tener que despertarse a esa hora por mí y se le notaba ya que no me dirigió ni una sola palabra en toda la mañana. Solo me habló una vez:

–Hace tres años que eres vampiro, ¿no deberías haber aprendido a cazar tú solo?

No supe qué responderle. El problema que tenía cuando cazaba es que, al no poder controlar mi fuerza, mataba al animal antes de clavarle los colmillos y chupar su sangre, debía chupar la sangre del animal antes de que muriera del todo, consumir sangre muerta podría enfermarnos. Dependía de mamá y de Christian para poder comer, hasta que aprendiera la técnica de la caza. A veces me sentía un estorbo hasta que recordaba que, tal vez, el que aún no lograra aprender no era solo por mi culpa.

Luego de cazar durante dos horas y de desayunar dos antílopes adultos, debía ir a clase. Llegué diez minutos tarde. Noté que mi lugar habitual de la mesa, al lado de Germán, había sido ocupado por Lucio. Era lo que me faltaba para empezar mal el día... Me paré al lado de Lucio pidiéndole mi lugar, pero no quiso cedérmelo y Germán tampoco le pidió que se fuera a otro sitio. Tuve que sentarme en el antiguo lugar de Lucio, la mesa de atrás. Estaba enojadísimo y tan molesto.

Los minutos pasaban y yo me sentía más desgraciado. No podía prestar atención a nada de lo que decía la maestra e, incluso, no copié nada. Me pasé toda la hora mirando a Germán y cómo se reía con Lucio, ignorándome. Me hacía arder de celos, parecía una provocación, una provocación de su parte

Sonó el timbre de descanso y lo primero que hice fue enfrentarlo con los ojos. Germán ni se percató de mí ni me habló en todo el día y siguió su camino con Lucio a su lado.

Apreté los puños y los dientes con bronca, no aguantaba más. ¡Detestaba que se mostrara indiferente conmigo cuando estaba con Lucio!

En la siguiente hora de latín sucedió lo mismo. Germán ni me miraba y a Lucio no le quedaba otra que seguirle la corriente.

Terminó el día de clases. Las peores clases de mi vida. Cuando llegué al palacio, lo primero que hice fue darme un baño. Lloré una hora dentro de la bañera con movimientos inertes. Estaba tan desgastado que incluso tomar un baño me resultaba un sacrificio.

Fui a mi habitación y me encerré con llave. Me metí dentro de la cama acurrucándome con las sábanas para llorar y llorar, completamente deprimido.

Me llegaban mensajes de Clara diciendo: "¿Qué pasa, amor? Te extraño mucho. ¿Estás bien?", y cosas por el estilo... Desde que había regresado del viaje solo la había visto unas pocas veces, no la he visto, ni le he hablado desde que mamá me contó lo que hizo para que yo pueda nacer como soy.

Estaba en un momento delicado en mi vida. Me apenaba que sufriera por mi indiferencia, por las cosas que me estaban pasando. Ella no se lo merecía.

Pasaron las horas. El lunes tenía entrenamiento con Christian y no tenía ni las ganas ni la energía para salir de la cama. Lloraba y me sentía el ser más desgraciado de la historia... Estaba muy deprimido. Christian me tocó la puerta a las seis de la tarde, cuando ya había pasado una hora desde que tendría que haber bajado.

–¡Derick... otra vez lo mismo! ¡Estoy cansado, Derick! ¡Suficientes problemas me ocasiona mi hijo como para tener que lidiar también contigo!

–¡No me molestes!

–Está bien. Quédate a destruirte aquí solo si es lo que quieres. Después de todo, no soy tu padre... –creí que se había ido, pero no pasaron ni cinco minutos que me volvió a hablar-. ¡Vamos, Frederick! Sal, pones nerviosa a tu madre.

–¡No me molestes! –volví a responderle.

–Derick, por favor, sé lo difícil que es ser adolescente. Tengo un hijo de tu edad y cuando se pone rebelde no sé qué hacer, me enloquece. Luego recuerdo que es adolescente y que puede ser natural de su edad. Por

favor, Derick, sal a entrenar y luego vuelves.

No dije nada, solo deseé que se fuera y que me dejara en paz.

–Derick, no está bien que faltes a tus entrenamientos. Tu madre se va a enojar mucho y yo no me haré responsable por ti cuando Sophia se enfurezca.

–Déjame.

Lo escuché suspirar.

–Más no puedo hacer por ti.

No escuché nada más. Gracias a Dios se fue dejándome otra vez solo como quería. Sentí alivio al faltarme esa presencia molesta. La tranquilidad de mi soledad hizo que me sintiera un poco menos angustiado y dejé de llorar como un bebé desahuciado.

Pasó media hora hasta que cerré los ojos y tuve otro sueño extraño: me encontraba en una habitación totalmente blanca, sin puertas, ni ventanas ni temperatura atmosférica. Me veía fuera de mi cuerpo, parado en el medio de la habitación. Como un fantasma me acercaba lentamente hacia mi cuerpo y una vez que estaba lo suficientemente cerca abrí los ojos. Contemplaba a centímetros mi propia cara, mis ojos color púrpura con una veta lila, tan grandes y almendrados como los de mi madre, pero de un color que no existía. Los genes alterados siempre fueron parte de mí, aún cuando no lo sabía y el color de mis ojos, ni celestes como mi padre, ni grises como mi madre, ni verde lima como mi abuela, era un recordatorio constante de lo que ya sabía sobre mi condición.

La impresión invadió todo mi cuerpo desde la planta de mis pies hasta la coronilla. De repente estaba dentro de mi propio cuerpo, sosteniéndome desde un acantilado, cuando una mano femenina me ofrecía su ayuda. La tomé. Me subió a la superficie. Era la extraña de mis sueños... pero no era Clara, ella se veía algo distinta a Clara ¿o si era?... mi salvadora, que me miraba con esa sonrisa angelical y esos ojos que no se cansaban de irradiar dulzura y belleza. No pude contemplarla por mucho tiempo.

Mi madre me despertó. Estaba golpeando y gritando a mi puerta, parecía dispuesta a derribarla.

–¡Parááá, mamá!

–¡Abrí la puerta ahora o la tiro abajo! ¡Estoy harta de ti y de todos tus berrinches!

Salí de mi cama para abrirle la puerta a regañadientes.

Ella me dedicó una mirada de furia. Estaba hastiada de mi comportamiento, se le veía en la cara. Atrás de ella estaba Germán, que no sé por qué la acompañaba.

Me di vuelta desplomándome en mi cama mientras los dos entraban a la habitación.

–Christian ya me dijo que faltaste a tu entrenamiento. ¿Por qué? –dijo muy enojada.

–No me siento bien.

–¿Y por qué no te sentís bien? Esto ya es demasiado. Enloqueces a todos en este palacio. ¡No voy a permitir que vivas en estas condiciones! ¡No pienso lidiar con rebeldías adolescentes!

Se equivocaba. Lucio era el que cada noche enloquecía a todos en el palacio, no yo.

–¡Basta, mamá! ¡Ya no me molestes! Quiero que me dejes en paz. ¡No me entiendes, nadie me entiende!

–Tal vez, si fueras un poco más claro y me dijeras cuál es tu problema, en vez de encerrarte en la cueva de tu habitación a llorar, como si esa fuera la solución...

–Aunque te lo contara no me entenderías.

–No tengo tiempo para lidiar con esa tontería de que “nadie me entiende y por eso me aísla a llorar en mi pieza”. Te conviene decirme ahora lo que te sucede, si no tendré que recurrir a otros medios...

Otros medios significaban un castigo.

–¡Te odio! ¡Te odio por saber que gracias a ti estaré predispuesto a enfermedades mentales! ¡Te odio porque gracias a ti los espíritus me atormentan! ¡y te odio por saber todo lo que me hiciste! No te puedo perdonar –exclamé apretando los ojos mientras mordía la almohada. No podía ni verla, me daba asco.

Por un momento no se escuché nada.

–Tenías que saberlo en algún momento. Con el tiempo vas a comprender que las cosas debían ser así. Siempre lamentaré haberte hecho daño, pero entiende, si volviera el tiempo atrás, tú nacerías sin fortalecimiento del gen v5, como un mestizo normal. Yo, Christian y toda la raza vampiro

hubiéramos muerto a manos de los *licántropos*, porque no eres mi primer hijo, mi primero hijo Ladislao había muerto...

No le respondí, seguía llorando. Solo quería que se fuera, que se fueran todos, que no me siguieran molestando más.

Mamá me palmeó unas veces más la espalda y se fue.

Pasaron una hora, dos horas de silencio. Germán estaba acostado en la otra cama. No sabía si dormía.

–¿Qué haces acá? ¿Por qué no te vas tu?

–Porque estás rencoroso y no quiero que te vuelva a atacar Zira.

En ese momento sonó mi celular. Otro mensaje de Clara. El número quinientos ochenta y nueve del día. Ya empezaba a ser un poco molesto en mi situación. “Te extraño mucho no me respondes los mensajes. ¿Qué pasa? Necesito verte mañana. Te extraño, te extraño muchísimo”.

No era ese el momento para verla. Hubiera sido mejor conocernos antes, pero bueno... lo hecho, hecho está.

Le respondí: “Mañana paso por tu palacio después de mis clases, a eso de las tres”.

Miré de reojo a Germán que espiaba lo que estaba haciendo. Él se dio cuenta de que lo miraba e inmediatamente giró la cabeza. Me reí.

–Hoy en la clase ni me miraste. Te la pasaste con Lucio. Ni “hola” me dijiste.

–No me hables, Derick. Voy a dormir.

Indiferente, se tapó con las sábanas.

“¡Ah, bueno...! Está bien. Si es así, entonces yo también me voy a hacer el malo con él”, pensé.

Dándome media vuelta apagué la luz, me tapé y me quedé dormido hasta el otro día.

Me despertaron para ir a la escuela. Se presentaba como el peor día de mi vida. Lo único bueno era que luego de mis lecciones iría a ver a Clara.

Me senté alejado de Lucio y de Germán. No les dirigí la palabra a ninguno de los dos en todo el día de clases. A Germán lo miraba de vez en cuando

con el ceño fruncido y cara de malo. Él también me miraba así.

Al fin llegó la hora de ir al palacio de Clara. Ella me recibió con un fuerte abrazo y con una sonrisa ni bien crucé la puerta.

Fuimos a caminar por el jardín. Yo estaba muy distante, frío. No había dicho ni una palabra desde mi llegada.

–¿Qué te pasa, Derick? Te noto raro.

–No es contigo. Es que tengo muchos problemas con mi familia, por eso no pude venir a verte ni te respondía los mensajes. Perdóname. No te estoy dedicando el tiempo que mereces, Clara.

Ella seguía mirándome fijo.

–Está bien, no pasa nada... ¿No me quieres contar lo que te pasa? Vamos, te va a hacer bien hablar conmigo.

–No, Clara, no.

Ella se paró frente a mí mirándome con esos ojos redondos y llenos de ternura, suplicándome con voz tierna y encantadora:

–Vamos... por favor, quiero ayudarte...

No podía resistirme a esa mirada y a esa voz tan dulce.

–Está bien. Es mi madre. Ella me contó lo que me hizo mientras estaba embarazada de mí y de mi hermano. Estaré predispuesto a padecer enfermedades mentales, a los espíritus, por su culpa, además...- iba a decir que ella dejó morir a mi padre, pero recordé que ellos creen que mi padre es Helio, como mi madre les hizo crecer- . Me cuesta perdonar lo que ha hecho, aunque sé que era necesario que así fuera. Además, Germán me ha sido indiferente en las horas de clase. Todo el santo día se la pasa con Lucio. Anoche discutimos y hoy ni nos hablamos.

Clara se quedó mirándome fijo y me abrazó. Yo apenas le di unas palmaditas. No estaba para abrazos. No era un buen día para mí.

–Debes perdonar a tu mamá y a Germán.

–Germán debería entender algunos asuntos. A mamá intento perdonarla, pero no lo consigo. La veo y no puedo evitar no pensar en todo lo que me dijo, en el mal que me hizo –bajé la mirada sintiendo mucha pena en mi interior.

El día en que mamá me contó todas esas cosas de mi procedencia pasaba por mi mente, lastimándome, generándome un dolor en el pecho tan fuerte como nunca antes había sentido. Tal nivel de traición y de daño me parecía imperdonable.

Clara me rodeó la cara con sus manos levantándola hacia la suya. No la miré. Me daba mucha vergüenza estar llorando delante de mi novia. Ella me besó los ojos enterrando mi cabeza en su pecho.

–Esto no es justo para ninguno de los dos. Perdónala de corazón, ella te ama y si te hizo algún daño es porque no había otra manera. Debes perdonarla, Derick. El rencor te está envenenando, te está haciendo mucho daño. Habla también con Germán, dile cómo te sientes, pero díselo bien y en un buen momento.

–Eres muy buena, Clara.

–Gracias.

Me mordí la boca.

–Tienes razón, Clara. Voy a perdonar a mamá y a Germán. Tengo que abandonar el resentimiento. Solo me hago daño al cultivar ese sentimiento tan nocivo.

–Así me gusta.

Clara sonrió y sus ojos se iluminaron como dos estrellas.

–Prométeme que cuando llegues a tu palacio vas a hablar con tu madre, la vas a abrazar, la vas a perdonar y que también vas a hablar con Germán y van a resolver sus problemas.

Hice un gesto de “Mmm” con la boca. Dudaba en hacer todo eso, sinceramente yo no era así.

–Está bien, lo haré.

Clara saltó a mis brazos otra vez abrazándome muy fuerte.

Ella era tan cariñosa. Su amor tan profundo y puro me inspiraba a ser una mejor persona. Clara era lo que necesitaba.

*